

RENOVAR LA RENOVACION CARISMATICA CATOLICA

JUAN FRANCO BENEDETTO

**ESCUELA DE ORACION Y CRECIMIENTO
ESPIRITUAL
“CONTEMPLADORES DEL SAGRADO
CORAZON DE JESUS”**

INDICE:

INTRODUCCION

CAPITULO 1: QUE ES LA RENOVACION CARISMATICA

CAPITULO 2: LA AUTOCOMPRESION DE LA R.C.C. DESDE SUS COMIENZOS

CAPITULO 3: LOS OBJETIVOS DE LA R.C.C. Y SU CUMPLIMIENTO

CAPITULO 4: DIFICULTADES EN LA R.C.C. PARA EL CUMPLIMIENTO DE SUS OBJETIVOS.

CAPITULO 5: LA EXPERIENCIA DE “PROFUNDIZACION DE LA VIDA EN EL ESPIRITU”

CAPITULO 6: RENOVAR LA RENOVACION CARISMATICA CATOLICA

INTRODUCCION

La Renovación Carismática Católica (R.C.C.) es una “corriente de gracia”, como la definió el Cardenal Suenens, uno de sus primeros líderes mundiales, que irrumpió en la Iglesia Católica después del Concilio Vaticano II y se esparció como reguero de pólvora por todo el mundo.

Las estimaciones más confiables dicen que en el año 2005, treinta y ocho años después de sus comienzos, hay de unos cien a ciento veinte millones de católicos en todo el mundo que han vivido de una u otra manera la experiencia espiritual propia de la Renovación Carismática.

En estos números se cuentan obispos, sacerdotes, religiosos y monjas, y, mayoritariamente, fieles laicos, de todas las edades, niveles de educación y profesiones. Si bien un período de treinta y ocho años es un período muy corto en los dos mil años de la historia de la Iglesia, llama la atención la propagación de la Renovación Carismática, y muchos sienten que ya es el momento de hacer una revisión a fondo de este fenómeno religioso, una evaluación de lo logrado hasta ahora, para afrontar las respuestas a las preguntas más apremiantes en esta hora:

¿Hacia dónde debe ir la Renovación Carismática Católica en el futuro? ¿Ha logrado realmente en este tiempo cumplir con los objetivos de su aparición? Y otras por el estilo.

Son interrogantes muy difíciles de encarar, ya que la R.C.C. no es un movimiento de la Iglesia fundado por personas, con objetivos y fines definidos de antemano, sino que está claro que es una “gracia” suscitada por el Espíritu Santo, como consecuencia del Concilio Vaticano II del año 1965.

Por lo tanto, buscar las respuestas a las preguntas planteadas implica tratar de conocer lo más claramente posible la voluntad de Dios, su propósito divino, al regalar el don de la Renovación Carismática a la Iglesia.

Obviamente esta no es una tarea fácil, pero creo que es imperioso encararla, porque ya en los últimos tiempos se han estado advirtiendo en la R.C.C. signos y señales de cierto agotamiento, de un crecimiento que no se sostiene, y, sobre todo, de que no se observan con claridad frutos espirituales que realmente deberían verse en el mundo, con un número tan importante de católicos diseminados en cientos de países que viven o han vivido la experiencia carismática.

Esta es una inquietud que hace tiempo me ha asaltado en lo personal, y hoy, después de haber militado en la Renovación Carismática de la Argentina por más de dieciséis años, con experiencia en el servicio en los grupos de oración de una comunidad de Alianza, especialmente en el área de enseñanza y formación espiritual, siento que ha llegado el momento de plantear un punto de vista fundamentado, como aporte para ayudar a contestar los interrogantes que se plantean en la Renovación.

Durante ocho años, junto con un grupo de hermanos, comencé a recorrer el camino de una nueva experiencia, al menos para nosotros, en los grupos de oración. Este proyecto espiritual, que llamamos “Profundización en la vida del Espíritu”, fue avanzando, y a medida que nos dejábamos llevar, fuimos viendo, por un lado, ciertos puntos débiles de la Renovación Carismática que iban siendo subsanados, y por otra parte, se nos plantearon nuevos interrogantes y desafíos.

La conclusión después de ese tiempo, fue que la Renovación Carismática Católica, en el punto en que se encuentra hoy, está necesitando, valga la redundancia, una “renovación”.

Como toda renovación, esto implica beber nuevamente de sus fuentes originales, y ver en qué cosas se ha fallado, o donde se produjeron desvíos.

También hay que aplicar la regla de discernimiento más importante que nos ha enseñado el mismo Jesús: “el árbol se conoce por sus frutos”, y preguntarse: “el árbol de la Renovación Carismática ¿da realmente los frutos para los que fue plantado por el Espíritu Santo?”

Hoy, año 2007, han pasado cuatro años desde que, por circunstancias que la Providencia divina permitió, ese proyecto de “Profundización en la vida del Espíritu”, aún inconcluso, tuvo su fin dentro del ámbito de la Renovación Carismática.

Pero esa experiencia acumulada fue la base que originó el proyecto de la “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual”, tal como lo explicamos en esta Página en [“Quiénes Somos”](#), dirigida ya no solamente al ámbito de la Renovación Carismática sino a toda la Iglesia.

Siento el deber en este tiempo de compartir con los hermanos de la Renovación Carismática, dondequiera se encuentren, lo vivido en esos años de descubrimientos y de equivocaciones, a la luz de la experiencia hecha posteriormente, porque creo que podría ser de gran interés para plantear nuevos rumbos a explorar, con la libertad y capacidad que da el Espíritu Santo en aquellas almas que se han abierto a su poderosa acción.

El plan para tratar de cumplir con lo planteado en este estudio, escrito originalmente en el 2003 y actualizado en el 2007, presenta el siguiente esquema general: hay una primera parte en que, buceando en el material disponible en revistas y libros, que se refieren a los tiempos iniciales de la Renovación Carismática Católica y a la opinión de sus primeros líderes, se busca captar con la mayor claridad posible la comprensión que tuvo de sí misma la Renovación desde los principios, en cuanto a sus fines y objetivos.

Definidos y de alguna manera “sistematizados” estos objetivos, y actualizada la visión “moderna” de la Renovación, se entra en un análisis detallado de su cumplimiento hasta nuestros días, terminando por enfocar la mira sobre lo que todavía no ha logrado cumplir.

Comenzará entonces otra parte del trabajo, donde se buscarán respuestas para encontrar las razones de la falla en cumplir determinados objetivos planteados en sus inicios en la Renovación Carismática Católica.

Se desarrollará una síntesis de toda la riqueza de la doctrina del crecimiento espiritual o crecimiento en santidad que nos ofrece la Teología Ascética y Mística Católica, rescatada en su aplicación práctica entre los laicos precisamente por el trabajo que se hace en la “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual”.

Se estará así en condiciones de contrastar con este camino el que está recorriendo la Renovación Carismática, pudiéndose así determinar en qué están basadas las dificultades que ella encuentra para avanzar hacia los objetivos todavía no cumplidos.

A continuación, ya en el Capítulo 5, se hará una reseña de la experiencia espiritual desarrollada en la R. C. C. con el nombre de “Profundización en la vida del Espíritu” y las conclusiones que dejó.

A partir de allí nos plantearemos por qué se hace necesaria una “renovación” de la Renovación Carismática, y como aporte y posible respuesta a esto se presenta a continuación el camino que llevaría a ella.

Desde mi propia experiencia personal, y los testimonios recopilados a lo largo de más de doce años de avanzar por este nuevo camino por parte de las personas que así lo vivieron, surgirán muchas precisiones y conclusiones, que han sido en definitiva las que me han permitido escribir este libro nunca publicado.

Finaliza el estudio con un análisis de la Carta Apostólica del Papa Juan Pablo II “Novo millenio ineunte”, tratando de descubrir cómo se inserta este camino de “renovar la Renovación” en lo que el Santo Padre de venerada memoria pidió en su visión profética a la Iglesia Católica.

Las conclusiones finales resumirán las principales líneas de pensamiento de este trabajo, las respuestas que se fueron encontrando, y también las nuevas incógnitas y desafíos que aparecen en el horizonte.

Lo escrito aquí no es para aprender cosas nuevas, o para crecer en temas espirituales; es para leer buscando la luz del Espíritu Santo que ilumine, a partir de lo que se propone y describe, las propias experiencias e interrogantes de aquellos que están avanzando dentro de esta “corriente de gracia”,

Ojalá que los que lo lean puedan hacerlo con una mente abierta y libre de preconceptos, de manera que este aporte llegue a ser útil para ayudar a que la Renovación Carismática Católica se fortalezca en su caminar hacia las metas para las que fue suscitada por su fundador, el Espíritu Santo.

CAPITULO 1: QUE ES LA RENOVACION CARISMATICA CATOLICA

La Renovación Carismática Católica: su nacimiento.

Este trabajo está dirigido en general a lectores que tienen una experiencia de la Renovación Carismática Católica, o al menos un conocimiento de ella, pero para aquellos que no lo tengan, o que quieran saber un poco más sobre este fenómeno religioso que ha irrumpido en la Iglesia Católica después del Concilio Vaticano II, comenzaré por tratar de explicar sus orígenes y de qué manera se lo puede definir y caracterizar.

En cuanto a su historia me voy a basar en especial en un artículo publicado en un Boletín del ICCRS (International Catholic Charismatic Renewal Services), siendo este Servicio Internacional de la Renovación Carismática Católica un cuerpo reconocido desde el 14/9/1993 por la Santa Sede, a través del Pontificio Consejo para los Laicos, y tiene su sede precisamente en el Vaticano.

Con motivo de cumplirse los 25 años de la Renovación Carismática Católica, el Boletín de enero-febrero de 1992 publicó una reseña de la historia del comienzo de la RCC, el que voy a complementar con otros datos acerca de este tema.

En el año 1961 su santidad el Papa Juan XXIII convoca el Concilio Vaticano II, y en la Constitución Apostólica *Humanae salutis* del 25/12/1961 con la que llamaba a este Concilio, expresaba sus anhelos y sus plegarias en estos términos:

“Repítase así ahora en la familia cristiana el espectáculo de los apóstoles reunidos en Jerusalén después de la ascensión de Jesús al cielo, cuando la Iglesia naciente se encontró unida toda en comunión de pensamiento y oración con Pedro y en derredor de Pedro, Pastor de los corderos y las ovejas. Y dígnese el Espíritu divino escuchar de la manera más consoladora la oración que todos los días sube a Él desde todos los rincones de la tierra: ¡Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés, y concede que la Iglesia santa, reunida en unánime y más intensa oración en torno a María, Madre de Jesús, y guiada por Pedro, propague el reino del Salvador divino, que es reino de verdad, de justicia, de amor y de paz; Así sea”.

El 8 de diciembre de 1965 –festividad de la Inmaculada Concepción de María- finalizaba el Concilio Vaticano II, y todas sus Constituciones, Decretos y Declaraciones, fruto de tres años de intenso estudio, reflexión y oración, reflejan el interés de la Iglesia por llevar a los hombres elementos eficaces de profunda revisión y renovación espiritual.

El Concilio sin duda ha querido llamar la atención de los creyentes sobre la presencia dinámica del Espíritu Santo en su Iglesia, a través de los dones y los carismas, como medios formidables de renovación cristiana y evangelización en el mundo.

La Constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia, en el N° 12, dedicado a “El sentido de la fe y los carismas en el pueblo cristiano” dice:

“Además, el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (1 Cor. 12,11) sus dones, con lo que los hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras: A cada uno... se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad (1 Cor. 12,7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia. Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico. Y, además, el juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno (cf. 1 Tes. 5,12-21).”

Hacia mediados del año 1966, un año después de la conclusión del Concilio, algunos laicos católicos, miembros de la Universidad “Duquesne del Espíritu Santo”, de Pittsburgh, Estados Unidos de Norteamérica, estaban compartiendo sus frustraciones.

Era un grupo comprometido con Jesús y fuertemente involucrado en cuestiones sociales y renovación de la Iglesia, dedicados durante muchos años al servicio de Cristo y entregados a varias actividades apostólicas.

Sin embargo sentían que algo faltaba en su vida cristiana personal. Aunque no podían especificar el porqué, cada uno reconocía que había un cierto vacío, una falta de dinamismo, una debilidad espiritual en sus oraciones y actividades. Era como si su vida cristiana dependiera demasiado de sus propios esfuerzos, como si avanzaran bajo su propio impulso y motivados por su propia voluntad... Necesitaban una experiencia viva del Espíritu Santo.

Conscientes de que la fuerza de la comunidad cristiana primitiva estuvo en la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, empezaron a orar para que el Espíritu Santo se les manifestase de la misma manera que a los primeros cristianos. Esta expectativa dio lugar a los hechos.

En agosto de 1966, durante el Congreso Nacional de “Cursillos de Cristiandad”, Steve Clark, graduado de la Universidad de Michigan State, mostró a algunos de los profesores de la Universidad de Duquesne el libro “La Cruz y el Puñal”, sobre el apostolado de David Wilkerson entre los drogadictos de Nueva York, en el que se habla del “Bautismo en el Espíritu Santo”, diciéndoles que ese libro le intrigaba a la vez que le inquietaba, y les urge que lo lean.

El grupo decidió entonces comprobar por sí mismo este fenómeno. El 6 de enero de 1967, deseosos de conectarse con alguna persona conocedora de las experiencias del Espíritu, entrevistan a William Lewis, sacerdote episcopal, quien les pone en contacto con la señora Betty de Schomaker, que dirigía en su casa una reunión de oración pentecostal. La reunión tuvo lugar en la casa del señor Lewis.

El 13 de enero los profesores de Pittsburgh, junto con la señora Schomaker, van a casa de la señorita Florencia Dodge para asistir a la primera reunión de oración. Eran Ralph Keifer (profesor de teología) y su esposa Pat; Patricio Bourgeois (profesor de teología) y William Storey. Era la octava de epifanía y el día señalado por la liturgia para conmemorar el Bautismo de Jesús en el Jordán y su unción con el Espíritu Santo.

El siguiente 20 de enero Ralph Keifer y Patricio Bourgeois asisten a la segunda reunión de oración y suplican se ore por ellos pidiendo el bautismo en Espíritu Santo. En esa ocasión Ralph recibe el don de lenguas.

La semana siguiente Ralph impone las manos a sus otros compañeros para recibir el bautismo en Espíritu Santo. En febrero los cuatro católicos de Pittsburgh habían recibido el bautismo en el Espíritu Santo.

Los cuatro empezaron luego a compartir reservadamente sus experiencias con algunos buenos amigos.

El fin de semana del viernes 17 al domingo 19 de febrero de 1967 los estudiantes de Escrituras en Duquesne realizaron su retiro anual. Participaron los tres profesores y 25 estudiantes. Como preparación se pidió a los estudiantes que leyeran *La Cruz y el Puñal*, y los primeros cuatro capítulos de *Los Hechos de los Apóstoles*, centrándose en el Espíritu Santo. Una de las estudiantes, Patti Gallagher escribió en la pizarra de información “Quiero un milagro”. Todo el sábado 18 lo pasan en oración y estudio.

Se dejó libre el sábado a la noche para celebrar el cumpleaños de uno de los sacerdotes. Como la gente no llegaba, Patti decidió ir a buscarlos, pero se entretuvo un momento en la capilla del segundo piso.

Luego diría: *“Yo no entré a rezar, sino para llamar a los estudiantes para la fiesta. Pero cuando entré y me puse en presencia de Jesús, arrodillándome delante del Santísimo, me sentí atemorizada. Yo siempre había creído, por el don de la fe, en la presencia real de Jesús en la eucaristía, pero no había nunca experimentado su gloria. En el momento en que me arrodillé, sentí que mi cuerpo temblaba ante su majestad. Sentí mucho miedo, y me dije: ‘es mejor que salgas inmediatamente de aquí porque algo te va a suceder si te quedas en presencia de Dios’.*

Arrodillada delante del Señor, recé por primera vez en mi vida una oración que yo llamaría de abandono incondicional. Dije: ‘Padre, te entrego mi vida y cualquier cosa que tu quieras de mí, lo quiero también yo. Si esto significa sufrimiento, también lo acepto. Enséñame solamente a seguir a tu Hijo Jesús y a amar como Él ama’.”

Un momento después Patti se encontraba postrada, boca abajo, delante del Tabernáculo. Nadie la había tocado. Estaba descalza, porque había entrado al lugar santo. Se sentía llena de la presencia del amor personal de Dios, “un amor no merecido y dado tan generosamente”, que la única palabra que le venía ahora era “quédate”.

Aún cuando deseaba quedarse en la capilla, Patti sabía que si ella había podido experimentar tan profundamente el amor de Dios, también los otros podían. Se acercó entonces a los otros estudiantes y les dijo: “yo ruego para que esto les suceda también a ustedes”, luego corrió donde el sacerdote y le contó todo.

Después, algunos estudiantes se acercaron para preguntarle lo que le había sucedido, pues veían que su rostro había cambiado. Ella les contó su historia y los llevó a la capilla, donde empezó a rezar repitiendo: “Señor, todo lo que tu acabas de hacer en mí, hazlo también en ellos”. Al cabo de media hora, 12 de los 25 estudiantes estaban en la capilla, siendo profundamente tocados por Dios. Otros se quedaron afuera, admitiendo algunos sentimientos de temor o de resentimiento.

En la capilla, ese grupo de 12 personas cantaron y rezaron desde las 10 de la noche hasta las 5 de la mañana, constituyéndose así en el primer grupo de oración carismático católico.

Durante ese tiempo, cada uno fue tocado por Dios de manera especial. Algunos experimentaron tan fuertemente el amor de Dios, que sólo podían llorar; otros, en cambio, sólo reían y reían. Otros, como Patti, sintieron un fuerte calor en las

manos o recorriendo sus brazos como fuego. Otros todavía experimentaron algo en sus gargantas o lengua. Patti cuenta: “deben acordarse de que nosotros no sabíamos todavía nada sobre los carismas del Espíritu Santo”.

En las semanas sucesivas los estudiantes fueron aprendiendo poco a poco sobre estos dones.

En febrero, antes del retiro de Duquesne, Ralph Keifer va a la Universidad de Notre Dame, en South Bend, Indiana, y narra sus experiencias. Pasado el retiro del 17 al 19 de febrero, cuenta por teléfono las maravillas sucedidas durante esos días.

Allí, en Notre Dame, el sábado 4 de marzo de 1967 un grupo de unos treinta estudiantes universitarios se reúne en casa de Kevin y Dorothy Ranaghan. Un profesor venido de Pittsburgh comparte lo sucedido en Duquesne, y el 5 de marzo el grupo entero pide la imposición de manos para recibir el bautismo en el Espíritu Santo, con sus dones, sus frutos, y que así sus vidas sean más plenamente cristianas. La respuesta no se hizo esperar. Ante todo experimentaron un profundo cambio interior y recibieron carismas del Espíritu Santo.

Pasada la Semana Santa, se organiza en Notre Dame un retiro con el fin de discernir qué es lo que Dios está queriendo a través de esos acontecimientos. Asisten unas ochenta personas, cuarenta de Notre Dame, entre estudiantes, sacerdotes y profesores, y otras cuarenta de la Universidad de Michigan State, en Ann Arbor, entre los cuales estaban Steve Clark y Ralph Martin, los que llevarán a esa Universidad esta experiencia nueva. Antes del mes de mayo, lo que había sido denominado en principio Movimiento Pentecostal Católico, se extendía y florecía en otras universidades. Impulsado por el viento impetuoso del Espíritu Santo, este nuevo Movimiento de la Iglesia católica se expandió como ruego de pólvora.

Se comenzaron a convocar Congresos y Conferencias, y así encontramos que en el año 1972, del 2 al 4 de junio, ya se realizó la Sexta Conferencia Internacional en South Bend, Indiana, Estados Unidos, en la Universidad de Notre Dame, asistiendo a la misma siete obispos, cerca de 400 sacerdotes y unos 10.000 fieles. Al año siguiente, en la séptima Conferencia, se reunieron más de 20.000 personas provenientes de Estados Unidos y de unos veinticinco países extranjeros.

Sin duda la Santa Sede se interesó desde un comienzo por un movimiento espiritual en que figuraban un buen número de profesores y estudiantes universitarios. Se iban sumando sacerdotes, religiosas, laicos de diversas edades y condiciones. Una comisión episcopal norteamericana atestiguaba que los frutos eran buenos y que debía dejarse crecer esta renovación.

Por otra parte el Cardenal Suenens, de Malinas, Bélgica, que había sido uno de los grandes protagonistas de las sesiones del Concilio Vaticano II, defendiendo las posturas relacionadas con los carismas, accesibles a todo el pueblo de Dios, se interesó en la Renovación, primero desde el punto de vista pastoral, y más tarde, teniendo la experiencia, le sirvió para profundizar su propia vida de fidelidad a Dios. Hizo dos viajes a Estados Unidos, y luego comunicó sus observaciones y su propia experiencia al Papa Paulo VI. Con el tiempo el Cardenal Suenens se convertiría en uno de los primeros grandes líderes de este nuevo movimiento que surgía incontenible.

Ya en octubre de 1973, se reunieron en Grottaferrata, cerca de Roma, 120 representantes de la Renovación, venidos de treinta y cuatro países, con ocasión de la Primera Conferencia Internacional de Líderes de la Renovación Carismática Católica.

El Papa Paulo VI les dijo en esa ocasión, entre otras cosas: *“Estamos muy interesados en lo que ustedes están haciendo. Hemos oído tanto acerca de lo que sucede entre ustedes. Y nos regocijamos. Tenemos muchas preguntas que hacer...*

Nos alegramos con vosotros, queridos amigos, por la renovación espiritual que se manifiesta hoy día en la Iglesia bajo diferentes formas y en diversos ambientes. Ciertas notas comunes aparecen en esta renovación:

- *El gusto por una oración profunda, personal y comunitaria*
- *Un retorno a la contemplación y un énfasis puesto en la alabanza de Dios.*
- *El deseo de entregarse totalmente a Cristo.*
- *Una gran disponibilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo.*
- *Una frecuentación más asidua de la Escritura.*
- *Una amplia abnegación fraterna.*
- *La voluntad de prestar una colaboración a los servicios de la Iglesia.*

En todo esto podemos conocer la obra misteriosa y discreta del Espíritu que es el alma de la Iglesia.”

Un fruto muy importante de este encuentro fue el proyecto de un Congreso Internacional en Roma para Pentecostés de 1975. En ese año llegaron a Roma 10.000 peregrinos de 61 países con grupos carismáticos, que se reunieron entre el 16 y

el 19 de mayo en una enorme carpa que se instaló sobre las catacumbas de San Calixto, en las afueras de la ciudad. El día de Pentecostés los 10.000 carismáticos asistieron a la misa oficiada por el Papa, junto a similar cantidad de otros fieles, y en la mañana del lunes volvieron a San Pedro, para asistir a una misa celebrada por el Cardenal Suenens, con 12 obispos y unos 600 sacerdotes, todos carismáticos.

Después de la misa vino el Santo Padre, y dirigió un discurso a los presentes, donde dijo esta frase que se hizo famosa en la Renovación: “*Entonces, esta renovación espiritual, ¿cómo no va a ser una gran suerte (‘chance’) para la Iglesia y para el mundo? ¿Cómo no adoptar todos los medios para que siga siéndolo?*”

Así ha sido, relatado en forma sintética, el nacimiento de lo que con el tiempo adoptó el nombre definitivo de Renovación Carismática Católica.

La experiencia de la Renovación Carismática.

Con los elementos que surgen de esta historia del inicio, podemos ir tratando de contestar a la pregunta: ¿Qué es, en realidad, esta Renovación Carismática Católica? En principio, hay un punto central, en el que todos coinciden: *se trata de una experiencia espiritual*, que lleva a una nueva forma de vida, por lo tanto no es una teoría o una doctrina.

Esta experiencia tiene muchísimos puntos en común con la primitiva experiencia cristiana de la primera época de los apóstoles, después de la vivencia tan especial del día de Pentecostés, en que los apóstoles y discípulos de Jesús se encontraban orando en compañía de María Santísima y se derramó sobre ellos la fuerza del Espíritu Santo.

La fe afecta en forma directa solamente el entendimiento del hombre, no así la *experiencia* de la acción del Espíritu Santo, que toca a la totalidad del hombre. En esta experiencia Dios se manifiesta al hombre en lo más profundo de su ser, lo que en la terminología bíblica se llama “el corazón”, y de allí su acción pasa a las otras facultades y es percibida de múltiples maneras.

Esta experiencia es llamada por los católicos y protestantes “bautismo en el Espíritu”, aunque se le ha dado después el nombre más apropiado de “efusión en el Espíritu”, para evitar confusiones con el sacramento del mismo nombre; en países de habla inglesa se habla también de “liberación (‘release’) del Espíritu”.

Más allá de cómo se la denomine, todos están de acuerdo al afirmar que se trata de una *experiencia* espiritual, de una vivencia concreta y reconocible, lo que surge directamente del testimonio de los millones de personas que la han experimentado en sí mismos.

¿Cuál es la base de esta experiencia espiritual? Para ir contestando esta pregunta es conveniente recordar primero el fundamento de la vida cristiana, que consiste en la recepción sobrenatural de la gracia santificante a partir de los llamados “sacramentos de la iniciación cristiana”: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Ellos incorporan a la naturaleza humana, herida por el pecado original, la participación sobrenatural de la misma vida de Dios (Bautismo y Confirmación) y la van incrementando a lo largo de la vida del hombre (Eucaristía).

Como se verá con más detalle en el capítulo 3, la consecuencia fundamental de la recepción de la gracia santificante en nuestra alma, como el más grande y gratuito don de Dios, es la *inhabitación* de la misma Trinidad Santa, Padre, Hijo y Espíritu Santo en nuestro interior, en forma real y efectiva, y no de manera figurada o simbólica.

Esta presencia viene acompañada de nuevas facultades sobrenaturales, constituidas por las *virtudes cristianas* y los *siete dones del Espíritu Santo*, que permitirán al cristiano crecer en la nueva vida sobrenatural a la que está llamado por Dios, para ir haciendo realidad la imagen y semejanza suya con que el Creador ha plasmado su obra.

Así el bautizado recibe todo lo necesario para poder ir viviendo cada vez con mayor plenitud la misma vida de ese Dios Trinidad que mora en su alma, relacionándose con Él en una intimidad amorosa creciente.

Pero el crecimiento de esta vida cristiana en el hombre, que la recibe a partir de la gracia como una semilla o pequeño embrión implantado en su espíritu, no es automático, sino que implica una compleja obra en la que concurren la decisión libre del hombre para comprometer su decisión y esfuerzo para que se desarrolle el nuevo organismo sobrenatural que ha recibido, y la acción y el poder de Dios que impulsa y apuntala la acción del hombre.

Este impulso y auxilio de Dios en el hombre reciben por los teólogos el nombre de *gracias actuales*, y se van manifestando de distintas maneras en la vida del cristiano, en la medida que, en su libertad como criatura de Dios, sean acogidas con apertura de espíritu, disposición interior y gozo profundo.

Por lo tanto, para que en el cristiano se vaya produciendo un aumento, en forma de crecimiento sostenido, de la gracia santificante recibida en los sacramentos, hace falta un deseo y una apertura consciente a los llamados e impulsos de las

gracias actuales que vienen de Dios, y una sensibilidad espiritual tal que permita reconocer su acción para así secundarla con convicción y alegría.

En los primeros tiempos del cristianismo el bautismo era administrado a los adultos, después de un proceso de catecumenado en el que se iba produciendo una conversión y una apertura gradual a la fe, que es la luz del Espíritu Santo que ilumina el entendimiento del hombre, por lo que aparecía fuertemente en la vida de esos primeros cristianos la aceptación de la vida de la gracia divina en ellos, con el consiguiente crecimiento ulterior.

Luego de los primeros siglos de la época cristiana se comenzó a difundir la práctica de bautizar a los niños de muy pequeños, antes que tuvieran el uso de la razón, y también la Confirmación y la Eucaristía se solían recibir en la primera niñez. Así el “renuncio” y el “creo” del bautismo, y la aceptación del Don del Espíritu Santo en la Confirmación se hacían a través de los padrinos, quienes tomaban en lugar del niño el compromiso de ser un buen cristiano.

Durante mucho tiempo esta práctica no implicó en general en los países cristianizados una traba en el crecimiento de la vida cristiana en los bautizados, ya que se vivía por lo habitual en una sociedad y una cultura que estaban impregnadas en la fe cristiana, y donde los padres y padrinos realmente ayudaban a ese nuevo cristiano, a medida que iba creciendo en su razón y entendimiento, a desarrollar su fe, apuntalados por la educación religiosa, la práctica asidua y fervorosa de la vida litúrgica y sacramental en la Iglesia, y, sobre todo, en el testimonio cristiano de la propia familia.

Pero esta situación ha ido cambiando desde hace bastante tiempo, y en muchos casos el bautismo cristiano ha pasado a ser más un acontecimiento social o algo que se hace por costumbre tradicional, lo que lleva a que ese niño que recibe el sacramento luego poco y nada sea ayudado a crecer en la fe y a desarrollar ese germen de la vida cristiana que es la gracia santificante recibida.

Por eso el mundo hoy está lleno de cristianos “de nombre”, cuyos datos engrosan los registros de las parroquias católicas, que llevan en su interior el don más precioso de Dios, que encierra todo el potencial para transformarse en un verdadero hijo de Dios, y que queda allí arrumbado en un rincón del espíritu, casi sin crecimiento alguno, ignorado en muchos casos, guardado en el “freezer” de un corazón helado en lo que respecta a la fe.

Tomando en cuenta toda la realidad presentada, podemos volver ahora para tratar de describir en qué consiste la experiencia de la “efusión” o “bautismo” en el Espíritu Santo, tal como se lo experimenta en la Renovación Carismática. Esta experiencia se produce cuando una persona, en el ámbito de un grupo de oración o de una comunidad de la Renovación Carismática, luego de la adecuada y consciente preparación en los llamados “Seminarios de Vida en el Espíritu Santo”, pide el derramamiento del Espíritu Santo en su interior, abandonándose a la oración e intercesión de otros hermanos, que oran “sobre” ella.

Se trata entonces de una expresión auténtica de *oración comunitaria*, en que una comunidad cristiana ora por aquel que desea experimentar *la gracia de un nuevo impulso en su vida cristiana*, pidiendo al Señor Jesucristo, glorificado en el cielo y exaltado a la derecha del Padre, para que derrame en plenitud sobre la persona por la que se ora el Espíritu Santo Paráclito prometido por el Padre a los hombres a través de las palabras del mismo Jesucristo en la noche de su despedida, frente a la inminencia de su muerte y resurrección, y al abandono de este mundo hasta su segunda Venida.

Lo que vive la persona que pasa por esta experiencia de la “efusión en el Espíritu” es muy variado y se podría decir que no hay dos vivencias iguales. Sin embargo, a través de los testimonios de las personas que lo han vivido se encuentran ciertas notas comunes, que se dan a veces en forma separada o más o menos conjunta, y en general no son nada espectacular o extraordinario, como muchos creen.

Quizás la sensación más común es la de una *paz interior profunda*, de una tranquilidad suave y especial que invade el alma.

Esta paz va muchas veces unida a una *experiencia de amor*: de sentirse amado por Dios y de sentir un gran amor hacia los demás, que hace que muchas personas sientan una necesidad fuerte e inmediata de abrazar a todos los que están cerca de ellos.

También se vive comúnmente una sensación de alegría y gozo intensos, de una nueva felicidad que se percibe en una dimensión no conocida antes. Estas distintas vivencias muchas veces hacen que a partir de ellas se tome conciencia de algo fundamental: se está teniendo un *encuentro personal* con un Dios vivo, resucitado, glorioso, presente realmente en la vida del cristiano.

Puede surgir como un relámpago una conclusión desconcertante pero maravillosa: “entonces Dios se ocupa de mí personalmente, yo le intereso e importo, y se quiere hacer presente en mi vida”.

Es un enorme descubrimiento en el que poco a poco se irá penetrando y profundizando en su sentido.

A veces pueden ocurrir durante esta oración algunos fenómenos derivados de carismas extraordinarios: el más común es el de recibir el *don o carisma de lenguas*, por el que la persona comienza a balbucear palabras en una lengua extraña, o aún puede estallar en un río de frases que surgen incontenibles desde su interior.

Otros experimentan el llamado “descanso en el Espíritu”, que consiste en caer al suelo en un aparente desmayo, que los lleva a recibir con mayor o menor intensidad algunos de los efectos descritos antes: paz, gozo intenso, amor profundo, gran tranquilidad, etc.

Si bien la experiencia de la “efusión” es una vivencia que toca lo más profundo del interior del hombre, sus facultades espirituales, siendo el hombre una totalidad, cuerpo, alma y espíritu, tanto el cuerpo como las facultades naturales, también son afectados por la acción de Dios.

Lo que en este caso llamamos “alma”, o “parte inferior del alma”, como dicen otros, que consiste en su inteligencia o entendimiento y su voluntad, sede de los sentimientos y emociones, es también tocada por esta experiencia.

Cada uno responde emocionalmente según su temperamento, aunque algo que es bastante común son las lágrimas, que acompañan muchas veces a la sensación de alegría que se experimenta.

Asimismo se suelen producir efectos físicos, como fuertes sensaciones de calor en la cara, en las manos, en el pecho, o en todo el cuerpo, así como temblores y escalofríos que van y vienen, aceleración de los latidos del corazón, respiración agitada, etc.

El Seminario de Vida en el Espíritu.

Hemos apuntado que el requisito previo para recibir la “efusión en el Espíritu” es la preparación adecuada, que se obtiene por la concurrencia a los “Seminarios de Vida en el Espíritu”. ¿Qué es este Seminario de Vida en el Espíritu?

Es el primer paso que caracteriza a la experiencia de la Renovación, y consiste en *lograr un encuentro personal con Jesús vivo y resucitado, lo que llevará a una fuerte y explícita adhesión a Él.*

Es también el primer encuentro con Él, tal como le pasó a Juan el Bautista, mientras bautizaba a la gente en el río Jordán, en Israel, según nos relata el evangelista San Juan: **“Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo’. Y yo le he visto, y doy testimonio de que éste es el elegido de Dios”.** (Jn. 1,33-34)

El centro práctico de esta experiencia es el denominado “grupo de oración” o también “círculo de oración”, en donde los que concurren, hombres y mujeres de toda condición y edad, reciben enseñanza sobre la Biblia y la doctrina católica, comparten una oración libre y espontánea, y dan testimonio de lo que está produciendo en sus vidas esta nueva y poderosa experiencia de la acción del Espíritu Santo.

¿Cómo se puede lograr esta experiencia de un encuentro personal hoy con Cristo vivo, y poder decir “yo lo he visto”?

El camino para llegar a este encuentro es la proclamación del primer anuncio del Evangelio, conocido como “kerygma fundamental” o “evangelización primera”, y es precisamente lo que proclamó Pedro, unido a los demás apóstoles, el día de Pentecostés, inmediatamente después de haber recibido la efusión del Espíritu Santo.

El libro de “Los Hechos de los Apóstoles”, del Nuevo Testamento, describe así lo ocurrido en ese día memorable: **“Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos los discípulos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo”.** (Hech. 2,1-4).

Sigue narrando este Libro que enseguida Pedro se dirigió a la multitud que había sido atraída por ese hecho extraño, y ese discurso de Pedro, expresado con toda la fuerza y el poder del Espíritu Santo que se había derramado en él, no es más que el anuncio de la salvación que Jesús trae a los hombres, y se lo puede sintetizar en lo siguiente:

“Jesucristo murió, resucitó y fue glorificado por el Padre en el cielo, y Él nos envía el Espíritu Santo para liberarnos de nuestro pecado y suprimir sus consecuencias, permitiéndonos así vivir la verdadera vida de hijos de Dios”.

La proclamación de este “primer anuncio del Evangelio” es absolutamente indispensable para todo cristiano. San Pablo expresa esa necesidad absoluta cuando escribía en su Carta a los Romanos: **“¿Cómo invocarán a aquel en quien no han**

creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados?... Por tanto, la fe viene de la predicación, y la predicación por la Palabra de Cristo". (Rm.10,14-15).

Quizás una de las cosas que hoy están bastante perdidas en la prédica de la Iglesia es precisamente este anuncio fundamental.

Los Seminarios de Vida de la Renovación Carismática buscan proclamar este primer anuncio o kerygma primitivo, a través de una dinámica de enseñanza y oración.

Veamos como se desarrollan en la práctica estos seminarios, que con las variantes locales, en cada país y cultura, respetan el mismo anuncio primitivo de los apóstoles. En general tiene una duración de siete semanas.

En cada encuentro semanal, de aproximadamente dos horas, se recibe una enseñanza grupal, sobre temas que se van encadenando, y luego las personas se dividen en grupos pequeños, de ocho a diez hermanos, con un servidor, donde comparten y aclaran el tema tratado, y luego oran todos juntos, poniendo en común sus necesidades.

El sentido de las enseñanzas lleva a tomar conciencia de un Jesús vivo, que es el Señor y Salvador de los hombres, a quien se lo encuentra y conoce por la fe y la conversión. Esto sólo es posible de lograr por el hombre a través de la acción del Espíritu Santo en la vida del cristiano, ya que esa fue la promesa del Padre, según las mismas palabras de Jesús:

"Cuando venga el Intercesor que os enviaré, desde el Padre, el Espíritu de Verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de Mí..

Cuando venga Aquel, el Espíritu de Verdad, Él os conducirá a la verdad completa." (Jn. 15,26 y 16,13).

Esta promesa solemne del Padre, enseñada por Jesucristo, es la que se hará operante en la vivencia de la "efusión en el Espíritu".

Para conocer más detalles de todo esto hay mucha literatura que circula en la Renovación Carismática Católica, en relación a los distintos aspectos de las dinámicas de los Grupos de Oración.

Pero lo más importante de esta experiencia no es lo que ocurre en el primer momento en que se la vive, y que en muchos casos es prácticamente imperceptible, sino lo que va ocurriendo después, en el tiempo que sigue, donde se irá comprobando que ese día de la "efusión" realmente "algo" ocurrió. Por lo tanto es evidente que esta gracia tan especial de la "efusión en el Espíritu" no es más que el comienzo de un camino renovado en la vida del cristiano.

El Padre Raniero Cantalamessa, franciscano capuchino, es Predicador de la Casa Pontificia desde 1980, poco después que conoció la experiencia de la Renovación Carismática. En su libro "Ungidos por el Espíritu" dice:

"El Concilio ha recordado la llamada universal a la santidad de todos los cristianos, y el bautismo en el Espíritu impulsa a la santidad, no a uno o dos cristianos, sino a una muchedumbre de hombres y mujeres. El bautismo en el Espíritu no es por lo tanto el fin o el "non plus ultra" de la santidad, al contrario, entra en el ámbito de lo que los doctores han llamado "las gracias iniciales". Ayuda a ser "fervorosos en el espíritu" (Rm. 12,11), es decir, a entrar en aquel estado en el cual se cumplen las acciones al servicio de Dios "con solicitud, constancia y con alegría" (así san Basilio define el fervor espiritual).

De esta forma va quedando claro que la irrupción hoy en la vida de la Iglesia de este regalo del Espíritu Santo ayuda a que el cristiano adulto pueda abrirse y disponerse con un fervor renovado a todos los impulsos de la gracia que, si persevera, lo llevarán al crecimiento de la vida cristiana recibida en el bautismo sacramental, es decir, a avanzar en la santidad.

CAPITULO 2: LA AUTOCOMPRESION DE LA R.C.C. DESDE SUS COMIENZOS.

Es muy importante ver como desde los inicios de la Renovación Carismática Católica (R.C.C.) se fue autocomprendiendo ella misma, en cuanto a la pregunta fundamental: ¿Para qué fue suscitada por el Espíritu Santo la Renovación Carismática?

Esto se fue dando gradualmente, ya que al no ser la R.C.C. un movimiento con un fundador determinado, como otros de los movimientos del Espíritu actuales, no tuvo objetivos y fundamentos predefinidos por alguien desde el principio, sino que fueron surgiendo aquí y allá naturalmente los primeros líderes, que fueron sentando las bases teológicas y doctrinales para comprender la fisonomía y características particulares de este fenómeno religioso que había irrumpido en la Iglesia Católica y que crecía y se expandía con una marcha incontenible.

Vamos a comenzar por remitirnos a las manifestaciones producidas luego de los primeros cuatro o cinco años desde el surgimiento de la R.C.C. allá a principios de 1967, transcribiendo y comentando el pensamiento y las afirmaciones de los primeros líderes del naciente movimiento.

Hitos importantes fueron en estos principios las Conferencias Internacionales realizadas en Estados Unidos, ya que allí se fueron definiendo las bases en que se asentaba este nuevo movimiento, y se fueron delineando las características principales que lo definían.

1) P. Kilian Mc Donnel (1972):

Hay un interesante artículo del P. Kilian McDonnell, O.S.B., titulado “Católicos carismáticos – redescubrimiento del hambre por Dios y el sentir de su presencia”, publicado en la revista “Commonweal” y traducido al español y publicado en el N° 1 de la revista “Alabaré”, de agosto de 1972, revista dirigida por el P. Tomás Forrest, uno de los pioneros de la R.C.C. en Centroamérica, editada en Puerto Rico y Santo Domingo, y una de las primeras revistas de la R.C.C. en habla hispana.

He aquí algunos puntos salientes de este artículo, con mis comentarios:

“Poco antes de morir Thomas Merton sugirió que el Pentecostalismo “resume la espiritualidad que más probablemente funcionará ahora en este país”, por responder a la necesidad de tener una experiencia concreta en nuestra vida de oración. Por eso mismo es atrayente a la juventud –y no solamente a los jóvenes- mientras que retenga una estructura suficiente para hacerlo funcionar. Merton, que jugaría el papel de profeta solamente de mala gana, estaría sorprendido cuán admirablemente está funcionando esa espiritualidad y cuán rápidamente está creciendo el movimiento. No existen estadísticas confiables del número de católicos Romanos carismáticos, como ellos prefieren ser llamados, pero la asistencia a las convenciones nacionales celebradas en Notre Dame indican algo del crecimiento del movimiento.

Desde el año 1968, las convenciones nacionales se han triplicado en magnitud cada año. En el 1968 asistieron 100 personas, y en los siguientes dos años los números aumentaron desde 500 a 1.300. En junio del 1971 más de 5.000 estuvieron presentes. Un estimado conservador de la asistencia este junio fue entre ocho y diez mil personas. Es muy difícil encontrar un paralelo para un movimiento que todavía no tiene seis años de existencia y atrae un número tan grande en representación nacional e internacional.”

Plantea aquí el autor, con cifras concretas, el crecimiento fantástico que ha tenido la R.C.C. en sus primeros cinco años de existencia, y enfatiza el punto central sobre el que apoya la razón de este crecimiento: *responde a la necesidad de tener una experiencia concreta de Dios en la vida de oración*, y esto va unido, como seguirá explicando, al “hambre de Dios” que existe hoy en la humanidad:

“En sumo grado el movimiento tiene que ver con el gran hambre por Dios. En 1966, el año que el movimiento comenzó, Charles Davis escribió que percibía “un sentir de vacío” en la gente, y a la vez “un profundo anhelo de Dios”. Afirmó que hay muchos letrados que hablan de los cambios en la Iglesia, de la nueva teología y de las dimensiones sociales de la existencia cristiana y siguió preguntando: “pero, ¿quién les hablará sencillamente de Dios como de persona a quién se conoce íntimamente, y les hará vibrar en la realidad y la presencia de Dios?”

El Movimiento Carismático tiene que ver con el anhelo y ansias de este hambre por Dios y el sentido de su presencia. Es difícil encontrar una palabra más adecuada para el movimiento que la de “presencia”. El movimiento ha sido capaz de saciar el hambre pues ha podido demostrar que Dios no solamente está presente, pero sí está efectivamente presente y

real en el lugar donde nosotros somos reales. Muchos experimentan la realidad y presencia de Dios por primera vez, no como algo indefinido sino como algo real y efectivo.

Los católicos carismáticos están conscientes de que la orientación experiencial del movimiento tiene sus peligros latentes. Si pudiera haber una tiranía de dogmas abstractos, también podría existir una tiranía de experiencias religiosas concretas. Salvada esta precaución, una de las atracciones de esta espiritualidad, como notaba Merton, es su orientación experimental. Conocer a Dios no por una comprensión teológica o formulación doctrinal, pero sí conocerlo por experiencia –a pesar de cuán extraño suene a oídos de católicos- es muy bíblico. En ambos Testamentos, Antiguo y Nuevo, la palabra usada por “conocimiento” no está relacionada con ningún órgano específico, sino que más bien significa llegar a saber, en un proceso concreto e histórico, y, aún más precisamente, llegar a saber por experiencia. En el contexto bíblico todo conocimiento era adquirido experiencialmente, y el conocimiento que se podía tener de Dios no era una excepción a esta ley.

Conocer a Dios es experimentarlo. Y el experimentarlo es posible en alabanza en el Movimiento Carismático.”

Una característica saliente de la Renovación Carismática Católica es que puede saciar el “hambre de Dios” y llenar el “sentido de vacío” interior que la mayoría de las personas experimentan hoy en esta humanidad tan absorta por el materialismo y las sensaciones externas, y esto lo produce básicamente a partir de la vivencia de la “presencia” de Dios en la vida y circunstancias concretas de cada individuo. También plantea el autor el peligro latente que implica una mera orientación experiencial en la R.C.C., es decir, el hecho de quedarse solamente en el nivel de la vivencia, o de buscarla para obtener nuevas emociones y sensaciones, aunque sí es importante, y además es bíblico, el hecho de acercarse a Dios primero por una experiencia, antes que por una comprensión intelectual.

Por lo tanto el enfoque correcto que plantea el autor es ir más allá de la experiencia, y define más adelante que “el camino carismático es esencialmente una espiritualidad”. De allí propondrá una definición en términos teológicos del movimiento carismático:

“Aunque algunos carismáticos lo objetarían, el camino carismático es esencialmente una espiritualidad. Una verdadera espiritualidad tiene que comprender la totalidad del misterio Cristiano, aunque en sí dé más énfasis a ciertos aspectos. El enfoque de la espiritualidad carismática podría describirse como “la plenitud de la vida en el Espíritu Santo y el ejercicio de los dones del Espíritu, siendo ambos orientados a proclamar que Jesús es Señor para la Gloria de Dios”. En términos teológicos esto es el Movimiento Carismático.”

Aquí ya aparece una característica distintiva de la R.C.C. que nunca debería perderse de vista: la experiencia carismática no está dirigida específicamente al uso y ejercicio de los dones y carismas extraordinarios, sino a obtener la plenitud de la vida en el Espíritu Santo. En esta frase prácticamente se engloban las definiciones que da el Concilio Vaticano II sobre la santidad; en la Constitución “Lumen Gentium”, en el N° 40, que trata sobre la vocación universal a la santidad en la Iglesia, dice: “Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena.”

“Plenitud de la vida cristiana” y “perfección de la caridad”, como dos aspectos complementarios de lo que significa la santidad en las almas, estarían englobados en el término “plenitud de la vida en el Espíritu Santo”, ya que el Espíritu es esencialmente “el amor de Dios derramado en nuestros corazones” (Rm. 5,5).

Encontramos así, desde el principio en la R.C.C. una auto-comprensión fundamental de su sentido: ha sido suscitada por el Espíritu Santo para ayudar al cristiano en la búsqueda de la santidad.

De este concepto se deriva también la comprensión del alcance de lo que significa la experiencia central de la R.C.C., es decir, la “efusión o bautismo en el Espíritu”:

“En el movimiento, el acto de entrega total a través del que uno se asocia al mismo, que se llama el bautismo en el Espíritu, es una experiencia muy difícil de explicar a otros, precisamente por ser una experiencia. El que está afuera, como yo mismo, juzgaría que ciertos cristianos, por haberse abierto a la acción del Espíritu Santo de un modo especial, experimentan la actividad de Él en sus vidas, en una nueva dimensión. El Espíritu que ha estado presente ya desde el bautismo sacramental, ahora, por la nueva liberación, llega a obrar en una nueva profundidad, viviendo y reinando interiormente. Muchos están atraídos por la interioridad que implica este “andar en el Espíritu”.

Aunque el bautismo en el Espíritu juegue un papel importante en la actitud de compromiso, hay una tendencia en el movimiento de despreocupación del bautismo como un momento específico. Lo que importa no es el hecho de haber tenido la experiencia, sino si uno está viviendo y andando en el Espíritu. La actual relación viva es lo que importa, no la experiencia aislada. Más bien hay que ver el bautismo en el Espíritu no como el momento en que uno recibe algo, sino

como el medio de entrar en una nueva relación con el Espíritu Santo, para oír el Evangelio con una nueva sensibilidad y orientar su vida más claramente hacia Cristo. El énfasis es, entonces, menos en el bautismo en el Espíritu y sí más en el mensaje básico del cristiano y la conversión a Cristo.”

No hay que centrar a la R.C.C. en el “bautismo en el Espíritu”, como si la vivencia de esa experiencia fuerte fuera un fin en sí misma, y marcara una gran diferencia entre los que la han tenido y los que no, sino que hay que ver que el “bautismo en el Espíritu” es un *medio* por el cual se ingresa a una nueva relación con el Espíritu Santo, que permitirá orientar la propia vida hacia una profunda conversión a Cristo.

De aquí surge ya claramente una diferente orientación del llamado “pentecostalismo católico” con respecto a los pentecostales protestantes:

“Steve Clark ha notado que la comunidad de Ann Harbor de 400 personas (que se ha duplicado cada año en los últimos dos) ha llegado a ser menos Pentecostal y más Cristiana. Temprano en su historia los miembros solían ser llamados “Pentecostales” y la comunidad fue uno de los sitios donde se podía ir para averiguar lo de las lenguas, de la profecía y el bautismo en el Espíritu. Hoy en día estos elementos son comunes todavía en la comunidad, pero ahora aparece que la comunidad está más atenta al desarrollo del proceso de vivir en el Espíritu. La orientación es más Trinitaria, y se discute menos sobre las lenguas, las profecías y el bautismo en el Espíritu, y más frecuentemente se refieren a sí mismos como Cristianos más bien que como Pentecostales o Carismáticos. Por lo tanto existe un proceso de integración en el cual la dimensión carismática es más fuerte y consistente, pero también mejor integrada en la totalidad de la vida cristiana.”

Se va comprendiendo que la componente “carismática” del movimiento, si bien importante, no es lo fundamental, sino lo que interesa es integrar la fuerza de la apertura al Espíritu Santo que produce la experiencia de la “efusión en el Espíritu” en la totalidad de la vida y espiritualidad cristiana, para avanzar, como se decía más arriba, hacia una verdadera conversión que lleve a cumplir la vocación a la santidad de todos los fieles católicos.

Luego el autor describe otro de los componentes destacados que “redescubre” la Renovación: el sentido de comunidad:

“Una fuerza mayor del movimiento Católico es el sentido de comunidad y la manera en que la comunidad ha encontrado unas estructuras flexibles. Tal desarrollo no se encuentra en forma comparable en el movimiento carismático dentro de las históricas iglesias Protestantes. Ralph Martín dice que el interés carismático por la comunidad no es una expresión de estar juntos, sino la manifestación del cuerpo de Jesús por los que desean andar en el Espíritu, habiéndose arrepentido de sus pecados y proclamado que Jesús es el Señor. El énfasis no es el haber recibido el bautismo, sino en el crecimiento y vida en comunidad de los que viven la vida del Espíritu. Así se evitan los peligros de una piedad individualista y se provee el sostén sin el cual muchos no perseverarían. Hay una profunda convicción en el movimiento Católico que se necesita más que llevar a la gente a una experiencia carismática y luego dejarla flotando en el aire. Si el designio es crecer en el Espíritu más que tener una experiencia aislada, entonces, dice Ralph Martín, tiene que haber alguna actualización de la relación entre la vivencia en la plenitud del Espíritu y la vivencia de una vida en comunidad.”

En la visión de uno de los líderes de la primera hora de la R.C.C., Ralph Martín, así como antes se citó a otro de ellos, Steve Clark, aparece una de las dimensiones fundamentales de la Renovación: *la experiencia de pertenencia a una comunidad.*

La integración a una comunidad o grupo de personas, a una porción del Cuerpo Místico de Jesucristo, evita por un lado el peligro latente de caer en una piedad demasiado individualista y cerrada en sí misma, pero fundamentalmente busca salvar el desafío más grande, a mi juicio, que encuentra la Renovación desde sus mismos inicios: como llevar a las personas que viven la experiencia carismática inicial, el “bautismo en el Espíritu”, hacia un crecimiento en la verdadera y plena vida cristiana, sin dejarlos “flotando en el aire”, como bien expresa Ralph Martín aquí.

La guía, la enseñanza y el testimonio de los cristianos más crecidos en la comunidad es la que debe ir garantizando un crecimiento sano y sin desvíos de la persona que ha abierto su vida a la acción del Espíritu Santo y se encuentra deseosa y llena de fervor para buscar avanzar mucho más.

A continuación el P. Mc Donnell desarrolla otra de las características que se fueron vislumbrando desde el principio en la R.C.C.: la evangelización y la proclamación del primer anuncio cristiano:

“El énfasis de los carismáticos en una primera evangelización está ayudando a un extraordinario crecimiento. La evangelización básica es ese proceso religioso por el cual de un modo incipiente nos orienta hacia el señorío de Jesús y nos lleva al umbral del Reino.”

James Byrne, Ralph Martín y otros dicen que la renovación (en la Iglesia, después del Concilio) falló por haber supuesto que el “kerygma” –el mensaje cristiano básico- había sido efectivo y adecuado, y aceptado por los fieles. Estos hombres seriamente se preguntan si muchos cristianos han realmente entendido y aceptado los primeros principios del mensaje cristiano en unión con sus exigencias en términos de vivir bajo el señorío de Jesucristo y el andar en el Espíritu.

Cuando Byrne y Martín se comprometen a dar la evangelización primaria, ellos presentan el mensaje en una forma directa y personal. Dios no es alguien a quien conocemos en lo abstracto, sino es alguien con quien nos encontramos, alguien que nos ama y alguien que desea establecer una relación personal con nosotros para llevarnos a una vida mejor. Hay algo injusto y erróneo en el hombre y en la sociedad que el hombre por sí mismo no puede resolver, y por lo tanto Dios envió a su Hijo para romper lo demoníaco en nosotros y en el mundo, y para dar una nueva vida a los que se arrepienten. Aceptar a Jesús como la nueva vida de resurrección es proclamarlo su Señor. Nadie puede proclamar que Jesús es el Señor si no es por el influjo del Espíritu Santo. Recibir al Espíritu con sinceridad es ser una nueva persona. Nadie puede recibir la plenitud del Espíritu y vivir esa plenitud sin ser transformado. Andar en el Espíritu es crecer en Cristo.

La catequesis básica es notablemente cristocéntrica y no es una exagerada doctrina del Espíritu Santo. James Byrne dice que “si deseamos oír la palabra de Dios, tenemos que escuchar a Jesús. Si deseamos ver a Dios, tenemos que mirar a Jesús. Si deseamos conocer a Dios, tenemos que encontrarnos con Él por Jesús.” Se trata de llevar la gente a Cristo de una manera efectiva. Lo que preguntan los carismáticos no es si los católicos han vivido una experiencia de conversión, sino si han sido convertidos a Cristo.

El liderato nacional está convencido de que no debemos suponer que los cristianos se hayan apropiado de este mensaje básico. Un líder nacional dice que “nadie debe asumir que los jóvenes, aún seminaristas, poseen la fe básica. Conozco seminaristas que no aceptan el señorío de Cristo. ¿Cómo pueden ser éstos candidatos al sacerdocio?” Sin embargo la renovación post-conciliar suponía que el mensaje básico había sido escuchado y aceptado, y lo único que quedaba por hacer era construir una reforma litúrgica sobre esa base, re-estructurando las instituciones eclesíásticas, el entorno social y el conocimiento político. Esto, dicen los católicos carismáticos, es construir sobre una base que no existe. Y aún más, la totalidad del sistema parroquial y los que están preparados para servir en él, dan por sentado que están sirviendo a los que ya han oído y recibido el mensaje cristiano. Pero como el mensaje fundamental nunca ha sido predicado efectivamente, y nunca ha sido aceptado personalmente, entonces ambos, el sistema parroquial y los sacerdotes y religiosas preparados para trabajar dentro de este marco, estarán obviamente desorientados.

Realmente, juzgando por los programas de la Conferencia Nacional de los líderes en Ann Harbor y los de la Convención Nacional en Notre Dame, es obvio que ellos están basados en la suposición que muchos del movimiento carismático no han oído el kerygma básico presentado en forma efectiva.”

Por comparación con la experiencia que va desarrollando la Renovación, se va teniendo clara una de las grandes dificultades en la Iglesia Católica: el llevar a las personas el primer mensaje cristiano, lo que en la época apostólica se conocía como el “kerygma”.

Al no existir en general en los católicos una experiencia viva de Dios, lo que no produce una aceptación del Señorío de Cristo en sus vidas y una verdadera y sincera búsqueda de la conversión personal a través de la apertura a la acción poderosa del Espíritu Santo, las reformas propuestas por el Concilio Vaticano II en la vida litúrgica y en las instituciones eclesíásticas no tienen la base que se asume que poseen.

De esta visión, que será cada vez más clara en la Renovación, surgirá una definición clásica de la misión de la R.C.C.: *debe ir y evangelizar a los bautizados.* Ese mensaje básico del cristianismo es el que se transmite en la R.C.C. a través de los Seminarios de Vida en el Espíritu y en la vivencia de oración en los grupos y comunidades. Pero tampoco es suficiente dar el anuncio kerygmático, ya que luego hay que acompañar a ese cristiano abierto a la acción del Espíritu a un crecimiento verdadero, por lo que se necesita avanzar en una base doctrinal sólida, que constituye el paso ulterior de la “catequesis”:

“Los carismáticos están tratando de no echarse atrás en construir un cimiento de doctrina sólida aún para ellos mismos, en los términos de una enseñanza fundamental: el significado de la salvación, el pecado, Cristo como el Señor, el Reino de Dios, lo demoníaco, andando en el Espíritu, la oración, la Eucaristía como una celebración comunitaria de la resurrección, la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, la comunidad, el servicio a los demás. Estas áreas se tratan no como en una clase de teología sistemática, sino en proclamación que extrae fe y compromiso. Donde falte este énfasis en una evangelización fundamental y una fuerte base bíblica y teológica, allí habrá una corta explosión de entusiasmo, pero no habrá un crecimiento permanente. Una serie de medios de enseñanza se ha ido desarrollando, desde unas cortas charlas para curiosos hasta un curso introductorio de siete semanas llamado “Seminarios de Vida en el Espíritu” para los más avanzados, hasta “Seminarios de Crecimiento” de doce semanas para los que ya están comprometidos en el movimiento pero todavía necesitan más enseñanza. Éstos tampoco son exposiciones puramente teológicas, sino una proclamación bíblica en lenguaje sencillo, personal y directo, a menudo dados por un laico. Y esto es, igual que la proclamación neo-testamentaria, una invitación a decir que “Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre.” En las

asambleas grandes y comunidades mayores usualmente encontramos recursos humanos, pero en muchas de las asambleas pequeñas existe escasez de maestros. También en estos grupos pequeños los programas de formación son menos ambiciosos.”

El carismático no encuentra, en general, en las formas actuales de la Iglesia, la enseñanza que necesita para la nueva vida que en él se está haciendo pujante, y por eso dentro de la R.C.C. se han tenido que ir desarrollando bases para una formación y enseñanza que acompañen ese caminar en el Espíritu. Una característica muy importante es el “redescubrimiento” de la lectura y estudio de la Biblia, acompañado por una formación doctrinal y teológica que evita cualquier posible caída en cierto fundamentalismo y encauza la interpretación de la Escritura según las firmes bases católicas.

También es de destacar la aparición de muchos líderes laicos en la Renovación, muchos de los cuales se han ido convirtiendo, por su estudio unido a su experiencia práctica, en verdaderos maestros, lo que implica un carisma comunitario muy valioso, que a veces lamentablemente falta en los grupos de oración más pequeños.

Otra característica que se va delineando con fuerza en la R.C.C. en esos primeros años es que la Renovación no está destinada en sí misma a ser un movimiento más dentro de la Iglesia:

“No hay nada moderado en la meta del movimiento carismático. Bert Ghezzi, George Martín y Kevin Ranaghan han declarado que la meta del movimiento carismático es comparable a la meta del movimiento litúrgico. Ghezzi escribió: “El movimiento Pentecostal puede dejar de existir cuando todo el mundo en la Iglesia esté llevando una vida plena en el Espíritu... La Iglesia universal se ha apropiado de la renovación litúrgica que, hace solamente una década, fue el interés de unos pocos entusiastas. El movimiento litúrgico ya no es un movimiento aislado dentro de la Iglesia, por el hecho que la Iglesia ha experimentado una renovación litúrgica”. La meta del movimiento carismático no es llevar al movimiento dentro de la Iglesia donde será tolerado. Más bien su fin es lograr una Iglesia carismáticamente renovada que ya no necesite un movimiento separado.

Con derecho podríamos tener reservas sobre ciertos aspectos del movimiento, pero desde una perspectiva teológica será difícil culpar a un movimiento que se define, y actualmente desea para toda la Iglesia, como la plenitud de la vida en el Espíritu Santo, el ejercicio de los dones del Espíritu, dirigido hacia la proclamación de que “Jesús es el Señor, para la gloria de Dios Padre”. Esto es una teología bastante Trinitaria y difícilmente se pudiera excluir ninguna de estas dimensiones de una eclesiología viable,”

Lo que se va percibiendo es que la influencia de la R.C.C. debe ir impregnando todo el cuerpo de la Iglesia, renovándola desde dentro, lo que implicará abarcar todos los aspectos teológicos y doctrinales que hacen a una verdadera eclesiología católica. Por lo tanto es de esperar que un día la Renovación Carismática como tal desaparecerá de la Iglesia Católica, habiendo cumplido entonces la misión a la que es llamada por el Espíritu Santo que la ha suscitado en este tiempo tan especial de la historia.

Justamente para cumplir con este propósito es que la R.C.C. debe insertar su espiritualidad dentro del corazón de la espiritualidad católica:

“Además, hay cierto dualismo incipiente en algunas de las expresiones carismáticas. A pesar de un acuerdo general entre los católicos de que no es necesario hablar en lenguas para poder estar viviendo la plenitud de la vida del Espíritu, algunos que mantienen esta doctrina enseñan que si uno no ha hablado en lenguas, no ha llegado a la plenitud. El Padre Edward O’Connor se pronunció fuertemente, como siempre lo hace, en contra de este punto de vista. El copiar al Pentecostalismo clásico –tipificado por las antiguas iglesias pentecostales– y a los Carismáticos protestantes, ha sido excesiva y demasiado liberalmente aceptado, a veces en aquellas áreas donde los carismáticos clásicos, y los que han sido influenciados por ellos, son señaladamente débiles en lo que hace a la exégesis y la teología sistemática. Antes que sea tarde, los Católicos Carismáticos tienen que reconsiderar la espiritualidad carismática dentro del amplio cuadro de la tradición católica.”

Se plantea aquí, al final del artículo del P. Mc Donnell, el peligro de un cierto “dualismo”, que implica tomar en la R.C.C. los elementos de las bases teológicas de los Pentecostales clásicos, en desmedro de la exégesis y teología católicas, o dejar que estas interpretaciones tengan una influencia importante en la Renovación, lo que sin duda ocurrió en los primeros tiempos de la misma.

Nunca será nunca suficiente insistir en la necesidad que la espiritualidad carismática católica se nutra e integre en la riquísima Tradición de la oración y la teología del crecimiento espiritual desarrollados en tantos siglos de vida de la Iglesia, ya que en definitiva no hay nada “nuevo” en la experiencia carismática, sino que es lo más “viejo” que existe en

la Iglesia, ya que forma parte de la experiencia inicial de los primeros cristianos, a partir de Pentecostés. Que esto se haya ido perdiendo en la Iglesia de nuestros tiempos, es otro tema, que no quita que esta “nueva” experiencia del Espíritu Santo se deba insertar firmemente en la multifacética espiritualidad de la Iglesia Católica.

He aquí entonces la síntesis de este valioso artículo, donde ya encontramos reflejadas algunas de las grandes líneas directrices que irán llevando a la comprensión del fin y de la misión de la Renovación Carismática Católica.

2) Kevin Ranaghan (1972):

Sigamos avanzando en el análisis de las expresiones de los primeros tiempos de la R.C.C. Del dos al cuatro de junio de 1972 se realizó en Notre Dame, Indiana, la sexta Asamblea de la Renovación. El día sábado tres por la mañana se escuchó una reflexión de Kevin Ranaghan sobre el impacto de la Renovación Carismática en la Iglesia, reportada así en el N° 1 de la revista “Alabaré”:

“Kevin pidió a la asamblea que ‘dejen al Señor ser el Señor, y alábenlo por lo que Él está haciendo entre toda su gente... a pesar de las divisiones de las distintas denominaciones, de las barreras raciales y culturales, de las líneas sociales y económicas.’ Pero dijo que el éxito de la Renovación Carismática depende de ‘nuestro esfuerzo arduo y consistente para integrar los buenos frutos de la Renovación Carismática con la vida de toda la Iglesia.’”

El principal objetivo de la conferencia, dijo él, era entender que la Renovación Carismática es un movimiento por parte de Dios para renovar toda la Iglesia, carismáticamente, “especialmente en las áreas de la fe viva en Jesús, la adoración y en los dones y ministerios del Espíritu Santo.” Y finalizó con una petición: “Debemos insistir entre nosotros mismos y con toda la Iglesia que el hecho de ser bautizados en el Espíritu Santo, y el ejercicio de los dones espirituales, no son sólo algo nuestro o ‘nuestro tesoro’, o simplemente otra ‘cosa’ que está sucediendo en la Iglesia de hoy que tiene que ser tolerada junto con todo lo demás. El Señor no quiere que su Espíritu sea tolerado junto con todo lo demás. El Señor no quiere que su espíritu sea tolerado; el Señor quiere que su Espíritu sea aceptado, y que incluya a toda su gente... No podemos permitir que la Renovación Carismática se convierta en otra actividad buena u otra devoción piadosa en la Iglesia. No podemos conformarnos con permanecer aislados por la tolerancia; más bien tenemos que dedicar nuestras vidas para la total aceptación y participación de todos los católicos en la Iglesia del señor espiritualmente renovada.”

Aquí Kevin Ranaghan, uno de los que formaron parte, junto a su esposa, de las primeras experiencias del “bautismo en el Espíritu” (ver Capítulo 1) se refiere al papel que deberá desempeñar la Renovación Carismática en la renovación de la Iglesia toda, no debiendo para nada quedarse solamente en ser un movimiento más “tolerado” junto a otros movimientos. Como vemos, este pensamiento fue impregnando cada vez más la comprensión que de sí misma fue haciendo la renovación a través de sus primeros líderes.

3) Obispo Joseph Vath (1972):

Ya desde esta primer época este aspecto de la misión de la Renovación Carismática discernido por sus líderes fue tomado en cuenta dentro de la misma Iglesia. En el N° 2 de la revista “Alabaré”, de octubre-noviembre de 1972, se reproduce una carta pastoral de un obispo de Estados Unidos:

“En miércoles de ceniza, 1972, el Obispo Joseph Vath, de Birmingham, Alabama, envió una carta pastoral en oración a su diócesis. En su exposición él tocó el significado de la Renovación Carismática para la Iglesia: “Finalmente, vengo a considerar esos grupos de cristianos que han comenzado a reunirse para orar juntos en el Espíritu Santo. Me ha parecido providencial que cuando tanta gente encontró confusión y frustración en todos los cambios de nuestra Iglesia y nuestro mundo, cuando muchos cristianos estaban perdiendo contacto personal con Dios como resultado de los trabajos de la liturgia, el cambio en la música, los laicos cerca del altar, etc., el Espíritu Santo pareció llamar y unir algunos para compartir una oración comunitaria. Grupos empezaron a leer las Sagradas Escrituras y ofrecer alabanza, adoración y acción de gracias a Dios. Comenzaron a orar seriamente unos por otros, por sacerdotes, hermanitas y laicos. Empezaron a sentir deseos de tener un conocimiento más profundo del Espíritu Santo, la Palabra de Dios y de la vida de oración de la Iglesia. Así que estos grupos, que han sido humildemente fieles a la Palabra de Dios han venido a la fe de Jesucristo, como señor su entera vida de oración vital, viviente, vibrante y confortante. Todos los que han sido vitalizados por la presencia del Espíritu se encuentran ahora en paz con Dios, unos con otros, y con la Iglesia. Éstos, también encuentran gran placer en la celebración de la nueva liturgia porque llevan a ella una Fe viva y llena de devoción y amor.

Ahora le pido a estos grupos de oración en nuestra Diócesis que comiencen una incesante corriente de oración a Dios por la renovación de nuestra Diócesis. Yo pido que cada grupo de oración recuerde en sus reuniones la gran necesidad del aliento del Espíritu de Dios sobre sus obispos, sacerdotes, religiosos y laicos de nuestra Diócesis, que nos

convirtamos uno en Espíritu. Yo estoy confiado que cuando obispos, sacerdotes y religiosos, todos juntos con el pueblo de Dios, unidos en oración de alabanza, adoración y acción de gracias a Dios, seremos testigos del Nuevo Pentecostés del cual el Papa Juan habló antes del Segundo Concilio Vaticano.”

El Obispo Vath escribe en una época que transcurre, no hay que olvidar, durante los primeros años posteriores al Concilio Vaticano II, donde los numerosos cambios, en especial en la liturgia de la Iglesia, desconcertaban a muchos fieles católicos. Valoriza mucho el deseo que nace entre los carismáticos por la lectura de la Biblia, por conocer más la Persona y la acción del Espíritu Santo, y por la vida de oración.

Es también interesante como el obispo pide la intercesión de los grupos carismáticos de su Diócesis, y se confía a ella, para que renueve a la Iglesia, a sus obispos, sacerdotes religiosos y laicos, para que algún día todos juntos puedan unirse en oración de alabanza, adoración y acción de gracias a Dios. Ese día, concluye el obispo Vath, se podrá ser testigos del Nuevo Pentecostés clamado por el Papa Juan XXIII al convocar el Concilio en el año 1961.

4) Bert Ghezzi (1972):

También en este N° 2 de la revista “Alabaré” se reproduce un artículo de Bert Ghezzi titulado “Formación espiritual de adultos a la manera pentecostal”. El autor aborda aquí con mucho detalle uno de los temas que ya vimos que surgieron desde los inicios de la R.C.C. ante la necesidad que tienen aquellos católicos que han vivido la experiencia carismática, de recibir una formación que contemple la nueva situación espiritual que viven. Vamos a comentar algunos aspectos salientes de este artículo:

“La mayoría de los católicos norteamericanos no reciben ninguna clase de formación adulta fuera de los sermones dominicales. Muy a menudo, a los programas orientados hacia los adultos que ofrecen algunas parroquias sólo se ve asistir a los mismos “Pilares de la Iglesia”. Los católicos que ocasionalmente asisten a conferencias o grupos de discusión recogen alguna información de valor, pero raramente es lo suficiente para transformar sus vidas. Los que aparentan recibir mayor instrucción adulta son los catequistas. Sin embargo, frecuentemente, la información y metodología que adquieren no los ayuda mucho en su vida de cristianos. Aún esos católicos que se han mantenido informados de todo pronunciamiento desde el Vaticano II no han encontrado respuestas a la mayoría de las preguntas que dan vueltas en su mente diariamente. En resumen, muchos católicos adultos no están haciendo nada para mejorar sus ideas religiosas infantiles, ni tampoco reciben mucha ayuda cuando quieren hacerlo.

El movimiento Pentecostal Católico aparenta haber encontrado soluciones a dos de los problemas más grandes en la formación de adultos. Uno es conseguir que los adultos reconozcan su necesidad de formación; el otro es proveerles enseñanza católica que les ayude a vivir como cristianos. En estas dos áreas la Renovación Carismática está teniendo tanto éxito que debe atraer la atención de los programas de formación religiosa.”

Aquí se plantea crudamente la situación de la mayoría de los católicos “tradicionales” en la Iglesia de hoy: los fieles adultos no reciben prácticamente ninguna formación fuera de los sermones dominicales. Y esto, que ya es de por sí muy poco, se agrava por el hecho que una buena parte de los bautizados “practicantes” ni siquiera acuden regularmente a la misa del domingo. Por lo tanto, encontramos un panorama bastante desalentador, en el cual, como bien dice el autor del artículo, son muchos los fieles católicos que se quedan con sus ideas infantiles sobre Dios y la religión, producto de alguna lejana catequesis preparatoria de la primera comunión o de la confirmación.

Por eso ocurre que en la Renovación, al vivirse de una u otra manera una primera experiencia de Dios en los adultos, aparecen con claridad dos elementos que el católico por tradición no se plantea normalmente: primero, el reconocer la necesidad de una formación, y, segundo, el poder recibirla.

Es así que, entonces, se abrió desde los primeros tiempos de la R.C.C. un nuevo e inmenso panorama en lo que hacía a una formación de adultos renovada, distinta de la existente, adecuada a la nueva exigencia de aquellas personas que se encontraban de pronto frente a la experiencia del Espíritu Santo que irrumpía en sus vidas como un viento impetuoso. Por lo tanto, así como fue arrollador el avance de la experiencia carismática, con el continuo surgimiento de nuevos grupos de oración y comunidades, también lo fue el avance de la formación renovada en dichos grupos.

El autor distingue tres aspectos importantes que, a su juicio, cimientan el éxito de los programas de formación de la Renovación:

“¿Qué explicación hay para el éxito del programa de formación de adultos del movimiento pentecostal? Hay varias razones, pero quiero enfatizar tres:

1) El avivamiento carismático inicia a los individuos en una experiencia de vida espiritual, antes de darle información.

- 2) *El avivamiento carismático incorpora a los individuos a una comunidad que vive la vida del Espíritu.*
- 3) *El avivamiento carismático está fundamentado en la buena nueva de Cristo.*”

Estos tres aspectos principales sobre los cuales se basa la formación en la R.C.C. van a ser desarrollados en detalle por Bert Ghezzi.

Veamos el primer punto, es decir, una formación que comienza por la experiencia de la vida espiritual antes que por la información:

“Los pentecostales católicos han comenzado a apreciar la diferencia entre las clases de enseñanza necesarias para llegar a una madurez cristiana. Por ejemplo, la gente necesita instrucción básica sobre como vivir como cristianos, necesitan exhortación, y necesitan explicación de doctrinas. Pero todo esto tiene un valor limitado si quien lo escucha no está viviendo la vida del Espíritu. Una razón para la efectividad del avivamiento carismático es su comprensión de que la gente necesita ser iniciada en una experiencia de vida en el Espíritu antes de que les pueda ser de provecho cualquier otra clase de formación cristiana.

Generalmente los responsables de la formación religiosa asumen que, porque los católicos adultos están unidos a Cristo por el Bautismo y han recibido el Espíritu Santo en la Confirmación, están viviendo la vida espiritual. Esto está presupuesto en casi todas las homilias dominicales, grupos de discusión, salones de clase de las universidades y seminarios, y en publicaciones. Sin embargo, es un hecho frecuente que católicos adultos que ciertamente recibieron la vida del Espíritu sacramentalmente, no la han desarrollado. Son demasiados los católicos que nunca han tenido una experiencia personal del amor que Dios les tiene. No están conscientes de que Dios es una Persona que les ama, y no esperan que Él actúe en sus vidas.

Para muchos de nosotros la fe es solamente una aceptación intelectual de una serie de doctrinas y obediencia a una serie de reglas. Cuando nuestra definición de fe es tan estrecha, cuando solamente la entendemos como acto del intelecto, estamos en peligro de nunca llegar a una plenitud de vida cristiana.

El punto clave es que a la gente que se envuelve en el avivamiento carismático se les hace ver que Dios es una persona a quien pueden llegar a conocer. Los participantes ponen una fe viva en Dios y esperan que Él actúe para ellos. En vez de ofrecer instrucción en cuestiones sociales o teológicas, los círculos de oración instruyen a la gente en como experimentar a Dios. Enseñan a los católicos adultos a pedir al Señor que renueve en ellos su bautismo y confirmación. Les enseñan a esperar del Señor una experiencia personal interior de su presencia y amor por ellos. Como resultado, muchos católicos empiezan a revivir la vida en el Espíritu que ellos no desarrollaron por años.

Entonces, la diferencia entre la forma ordinaria de abordar la formación religiosa de adultos y la del avivamiento carismático es la de diferenciar entre informar gente e iniciarlas.

Generalmente la formación religiosa ofrece a los adultos toda clase de información sobre el aborto, la ecología, información sobre cuestiones teológicas tales como la infalibilidad o la Resurrección. Información acerca de cómo realizarse como persona, y así sucesivamente. No quiero cuestionar el valor de esta clase de conocimiento. Pero estoy convencido que esta información no es de mucho valor para quien no vive la vida en el Espíritu. Por el contrario, el avivamiento carismático ayuda a la gente primero a tener una experiencia de la vida con Dios y entonces les provee instrucciones que les ayude a crecer y aprender.”

En esta parte del artículo se pone de relieve uno de los problemas básicos que enfrente hoy la Iglesia Católica: se da por asumido que el cristiano que ha recibido el bautismo, y eventualmente la confirmación, ya vive, se podría decir en forma automática, la vida espiritual.

Así, en todas las homilias dominicales, enseñanzas y demás esquemas de formación y crecimiento de la vida espiritual se cree que el bautizado posee una vida interior, en el sentido religioso de la misma, pero en la práctica no es así, ya que nunca tuvo la experiencia personal de conocer a las Personas de la Santísima Trinidad y de experimentar su amor y misericordia.

Por lo tanto, al partir de una base que es casi inexistente, todo lo que se intenta construir no tiene fundamento y se desmorona como un castillo de arena.

Resulta así que la “novedad” en la enseñanza en la R.C.C. consiste en que primero se busca guiar a la persona en la vivencia personal de Dios, para luego sí llevarla a un conocimiento mucho más vivo desde el punto de vista doctrinal y teológico, sobre la base de una apertura de mente y corazón a la acción del Espíritu Santo.

El segundo punto tiene que ver con otro elemento muy importante en la Renovación, que es la *incorporación a una comunidad*:

“Uno de los sucesos significativos del avivamiento carismático ha sido el desarrollo de comunidades tales como la de Grand Rapids (Michigan). Por comunidad me refiero a grupos cuya razón de reunirse es más profunda que la de

intereses en común, o las diversiones. Comunidad cristiana es aquella en la cual las personas están unidas porque comparten una vida en el Espíritu. Se reúne como respuesta a la presencia y el amor de Dios en la vida de sus miembros.

Cuando la gente encuentra un grupo de hombres y mujeres que están entregando sus vidas a Dios y a los demás, entonces ven y oyen que el cristianismo es más que meras palabras. Experimentan personalmente que el cristianismo es vida. A mi juicio esta es la mejor forma de formar adultos...

La mayor parte de la formación religiosa que se ofrece a los adultos no se ofrece en el contexto de una comunidad cristiana. A menudo, como resultado, se les enseña cosas que raras veces han visto en la práctica... El punto clave es que la mayoría de la formación religiosa para adultos que se ofrece consiste en darles instrucción sobre algo que ellos nunca han experimentado. La efectividad de la enseñanza en el avivamiento pentecostal estriba, en parte, en que la gente aprende lo que es la vida cristiana incorporándose a una comunidad que la viva.”

Una consecuencia casi inmediata de la experiencia del Espíritu Santo tal como se vive en la Renovación fue la aparición, o, mejor dicho, la “reaparición”, entre los cristianos, de la vivencia de la *comunidad*.

En la comunidad se unen y reúnen hombres y mujeres para compartir una vida en el Espíritu y crecer juntos en lo espiritual, y aunque esto no siempre signifique estar juntos permanentemente, puede suceder también, tal como se da en las llamadas “comunidades de vida”.

La comunidad pasa a ser parte fundamental en el aprendizaje de la verdadera vida cristiana para aquellos que se incorporan a ella, ya que allí se trata de “vivir” lo que se predica. Esto es una gran novedad para los fieles laicos, ya que el surgimiento de la R.C.C. ocurrió en tiempos en que el concepto de vida comunitaria en la Iglesia había quedado prácticamente restringido a la vida consagrada y religiosa.

Será este, sin duda, uno de los grandes aportes de la R.C.C. para una renovación de la Iglesia toda.

Por último el autor desarrolla el tercer punto que define las características de la formación de adultos en la renovación, es decir, que el mensaje proclame fundamentalmente la Buena Nueva de Cristo, a través del anuncio básico cristiano, el “kerygma”:

“La visión completa de la realidad en los pentecostales católicos está básicamente fundada sobre una comprensión sencilla pero muy católica del mensaje evangélico. Yo creo que la mayor razón por la cual el programa de formación de adultos del movimiento carismático es esta fidelidad al mensaje cristiano.

*Por mensaje cristiano entiendo una aseveración categórica, con o sin explicación, que proclama lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo. Consideremos, por ejemplo, la síntesis que hace san Pablo en la primera carta a los Corintios, 15,3-5: **En primer lugar, les he dado a conocer la enseñanza que yo recibí. Les he enseñado que Cristo murió por nuestros pecados, así como dicen las escrituras; que lo sepultaron y que resucitó al tercer día, y que se apareció a Pedro y después a los apóstoles.** (Ver otros ejemplos en Hechos de los Apóstoles caps. 2,3,10 y 13.)*

Los católicos pentecostales proclaman continuamente este mensaje en una gran variedad de formas. Por ejemplo, en cada reunión del círculo de oración se proclama la acción de Cristo a través de enseñanzas, testimonios, oraciones espontáneas y conversaciones.

La proclamación del Evangelio no es propiedad exclusiva de los católicos pentecostales. Le pertenece a todos los católicos y todos los cristianos, porque es la palabra salvífica de Dios. Sin embargo, muy a menudo los responsables de la formación de adultos católicos no se preocupan de predicar lo esencial del mensaje evangélico. Frecuentemente sacerdotes, maestros y escritores no proclaman la buena nueva porque creen que los buenos católicos a quienes se dirigen no necesitan oír lo básico. No parecen estar conscientes que todas las instrucciones y consejos sobre la vida cristiana que dan, se convierten, precisamente, en lo opuesto al cristianismo, a menos que se dé, explícitamente, dentro del contenido del evangelio.

Por ejemplo, hace varios domingos, un sacerdote que visitaba nuestra parroquia dio una lección sobre la historia de Zaqueo, e insistió muy fundamentalmente, sobre el deber de los cristianos de evitar emitir juicio sobre sus semejantes. Sin embargo, como no colocó su instrucción dentro del contexto del mensaje básico, toda su instrucción perdió su efecto. Sencillamente citó otra regla más que había que obedecer, otra cosa más que había que hacer. A pesar de la verdad contenida en su homilía, no era la verdad cristiana. Él hizo ver que disciplinando nuestra voluntad a obedecer ciertas reglas estaríamos actuando bien y por lo tanto seríamos felices. Esto no es cristianismo, no es catolicismo. Esto es estoicismo. Es estoicismo porque al igual que los antiguos romanos se dice que la libertad y la felicidad se consiguen siendo dueños de nuestros actos a través del control de la voluntad. Sin embargo, el cristianismo dice que somos libres para actuar bien, por el poder de la cruz de Cristo. Estoy seguro que esto es lo que el sacerdote quería decir, pero no lo dijo, porque pensó que así lo entenderíamos. Pero no entendemos. Necesitamos oírlo una y otra vez. Cristo es Señor por su cruz, y yo soy una nueva creación.”

La R.C.C. retoma el sentido profundo del primer anuncio de los apóstoles, tal como lo tenemos atestiguado en varios pasajes de los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de San Pablo, y no solamente como una enseñanza que debe ser “oída”, sino que también debe ser “vívida” y aplicada en todas las circunstancias de la vida diaria.

Este anuncio “kerygmático” se irá desarrollando cada vez más con la práctica, aplicándose en las diversas situaciones que se irán enfrentando en la *evangelización*.

5) José Prado Flores (1981):

Precisamente con respecto al contenido y fundamento del mensaje básico cristiano, que tan claro se tenía en los principios de la Renovación, encontramos un artículo muy interesante de José Prado Flores, otro gran pionero de la R.C.C. latinoamericana, publicado en el libro “Evangelización”, de la colección “Reflexiones” de Ediciones Paulinas. Aquí se reproduce una enseñanza de Prado Flores recopilada en la revista “Pentecostés” de Santiago de Chile, en el número de noviembre-diciembre de 1981.

El autor plantea de entrada en su enseñanza el sentido de la proclamación cristiana primera, el “kerygma”:

“La evangelización tiene dos etapas bien claras y sucesivas. El orden de estas dos etapas no puede ser cambiado por nosotros.

*Creo que el problema principal en la Iglesia, por muchos años, ha sido que damos demasiada catequesis a quienes todavía no han nacido de nuevo. Los llenamos de doctrina, de moral, de dogma, de liturgia, de muchas cosas que son en sí **muy importantes**, pero que no pueden ser **lo primero**. Lo primero que se necesita es nacer; después viene el crecimiento. Si una persona no ha nacido de nuevo, no puede asimilar la doctrina, ni la moral, ni el dogma, ni la teología. Lo que hay que transmitir y entregar primero es a JESUS, la persona de Jesús. Esto fue lo que hicieron los primeros evangelistas y apóstoles. Lo que ellos enseñaban siempre era lo mismo: JESÚS.*

*En el principio de la vida de la Iglesia sólo se bautizaba a aquellos que habían sido convertidos, que habían tenido un encuentro con Jesús. Yo creo que hoy la tarea es al revés: **hay que evangelizar a los bautizados**. Porque muchos no viven de su bautismo. Este fue ciertamente un rito eficaz, pero luego no fue vivido consecuentemente. Muchos bautizados están espiritualmente muertos.*

Nosotros no podemos inventar lo que es la evangelización, ni cuáles son sus etapas. Es necesario que miremos hacia atrás, a los inicios de la Iglesia, en que el Espíritu estaba presente de un modo especial. El testimonio de eso lo tenemos en la sagrada Escritura. Por eso tenemos que mirar en las Escrituras para ver cómo evangelizaban los primeros evangelizadores.

Afortunadamente el autor de los Hechos de los Apóstoles ha recogido, en síntesis, los primeros discursos evangelizadores de los Apóstoles.

*Estos discursos, por ser de **proclamación**, se llaman “discursos kerygmáticos”. Esta palabra viene del griego **keryssein**, que significa “proclamar”. De ahí viene la palabra **kerygma** o PROCLAMACIÓN. Los Apóstoles comenzaron con una proclamación, no comenzaron con una enseñanza, sino con una proclamación de los hechos.*

En los Hechos de los Apóstoles encontramos seis discursos kerygmáticos: los cinco primeros pronunciados por San Pedro; el último, proclamado por San Pablo (cap. 13). Estos discursos se encuentran en los siguientes pasajes: 1º Hech. 2,14-39; 2º Hech. 3,12-26; 3º Hech. 4,10-12; 4º Hech. 5,29-32; 5º Hech. 10,34-43; 6º Hech. 13,16-41.

A estos seis textos, añadimos otros dos: 1º Corintios 15,3-4, que es el texto más antiguo que nos habla de la muerte y la resurrección de Jesús, y el pasaje de Lucas 24,23-48, que nos presenta el relato de los discípulos de Meaux, esos evangelizadores tristes que la hablan a Jesús de Jesús.

En total tenemos ocho textos, que vamos a analizar, porque en ellos encontramos la síntesis, el ejemplo y la muestra de cómo debe comenzar una evangelización.”

Queda claro que el “kerygma” no es una *enseñanza*, sino una *proclamación*. Esto es lo que falta hoy en la Iglesia Católica, y por eso Prado Flores acuñará la frase que se hará famosa en la Renovación: “hay que evangelizar a los bautizados”.

Esta proclamación, según se desprende de los textos bíblicos citados anteriormente, se basa en cinco puntos principales, que son desarrollados por el autor:

“El contenido de la evangelización:

1º La persona de Jesús.

Todos los discursos kerygmáticos nos hablan de una persona, son la manifestación de esa persona: de JESÚS. ¿Qué se dice de Jesús?

*Se dice, en primer lugar, que era un **hombre**, es decir, un personaje que pertenecía a la raza humana. Se dice que era de **Nazareth**, y así se lo encuadra en la geografía. Se dice que era “de la descendencia de David” para enmarcarlo en la historia. Jesús es un personaje real, de carne y hueso, que tiene un lugar en donde vive y por él se lo identifica, y una*

genealogía anterior a la que pertenece. Cuando se habla de Jesús como el “descendiente de David”, los judíos entendían algo que a nosotros se nos escapa un poco. Piensan en todas las profecías mesiánicas que hablan del “hijo de David”. Sería un rey que pastorearía a su Pueblo, sería Dios-con-nosotros, Admirable, Consejero, siempre Padre. Estaría lleno del Espíritu Santo. Nacería en Belén. Sería el Ungido de Dios.

Por último se proclama a Jesús como un “profeta poderoso en obras y palabras”. Un profeta, es decir, un enviado de Dios, que habla las palabras de Dios con poder. Que hace brillar ese poder en milagros, signos y prodigios (Hech. 2,22).

Cuando se hablaba de Jesús, se centraba la predicación en puntos pequeños, pero muy importantes: hombre, Nazareno, hijo de David, Profeta con poder.

2º Jesús muerto.

Todos los discursos kerygmáticos nos hablan de la muerte de Jesús. Y curiosamente, cinco de ellos hacen alusión a la ignominia de la cruz: al madero. Debe haber sido muy impresionante –para ellos mucho más que para nosotros- ver a un Jesús crucificado, escándalo y locura para los que no creen, pero fuerza y sabiduría de Dios para el que cree.

Otro elemento alrededor de la muerte de Jesús es el **sepulcro**. Se nos dice en dos textos que Jesús “fue sepultado”. La evocación del sepulcro es para subrayar el hecho de que Jesús estuvo bien muerto; realmente muerto.

Por último, San Pablo nos dice que “murió por nuestros pecados” (1º Cor. 15,3). Y luego, en la epístola a los Gálata, san Pablo se aplicará este hecho de una manera mucho más personal: “**Me amó y se entregó por mí**” (Gál. 2,20). Aquí tenemos la única conclusión teológica de la muerte de Jesús. Se presenta un hecho y una aplicación directa. El hecho: Jesús murió. La aplicación concreta: por nuestros pecados.

3º Jesús resucitado.

Dios, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios del Antiguo Testamento, el Dios de las promesas, ha resucitado a su siervo Jesús. Es Dios el que resucita a Jesús. Jesús “ha sido resucitado”. Se habla en voz pasiva y se usa un tiempo perfecto para indicar que es una acción sucedida en el pasado, pero que repercute en el tiempo presente.

¿Para qué resucitó Jesús? En Hechos 3,26 leemos: “**Ha resucitado Dios a su siervo para vosotros, para bendición**”. Otra vez tenemos un hecho (Jesús resucitado) y una aplicación (para darnos vida a nosotros).

4º Jesús glorificado y exaltado.

En su resurrección, Jesús entero –cuerpo, alma, todo su ser- es exaltado y glorificado por el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

En todos los discursos kerygmáticos se le da variados títulos a Jesús glorificado: Señor, Mesías, Santo, Justo, Jefe, Piedra angular, Juez de vivos y muertos, Salvador, Profeta. Entre estos títulos sobresalen particularmente tres.

SALVADOR. Jesús es el Salvador que nos libra de toda opresión. En primer lugar, del pecado, que es la peor de todas las opresiones. Nos libra de esa fuerza, de ese poder del pecado que nos tenía encadenados.

SEÑOR (KYRIOS). Es el Nombre que está sobre todo nombre. Dios se lo da a aquel que murió obediente hasta la muerte de cruz. Nombre ante el cual se dobla toda rodilla y toda lengua confiesa que **JESÚS ES EL SEÑOR**. El dueño absoluto. Jesús es el Señor porque todo está sometido a Él en el cielo y en la tierra, y porque todo confluye a un solo centro de todo el universo: **CRISTO JESÚS**.

MESIAS (CRISTO). Es el tercer título fundamental de Jesús glorificado. Cristo es lo mismo que “Mesías”. Las dos palabras significan lo mismo, a saber: el **UNGIDO**. ¿De qué unción se trata? De la unción con el Espíritu Santo (ver Hech. 10,38). Jesús es el Ungido de Dios, el lleno de Espíritu Santo, el que da el Espíritu Santo.

Dice san Pedro en Hechos 5,31: “Dios exaltó a Jesús a su diestra para conversión y perdón de los pecados”. Nuevamente tenemos un hecho y una consecuencia o aplicación: el hecho: Jesús glorificado; la consecuencia: para nuestra conversión y perdón de los pecados.

5º Somos testigos.

Todos los discursos kerygmáticos terminan siempre con una frase parecida o equivalente: “nosotros somos testigos”. Los evangelizadores son testigos, porque ellos han **visto** y han **experimentado**. Han experimentado los efectos de la muerte, la resurrección y la glorificación de Jesús. Han **vivido** ese poder. Por eso, ellos pueden ser testigos. Y nadie que no sea testigo puede ser evangelizador. ¿Cómo puedo yo decir que Jesús salva si no me ha salvado a mí mismo?

Ahí está la fuerza de la evangelización, en haber visto y oído de tal manera que “no podemos quedar callados” (Hech. 4,20). Tu encuentro con Jesús es real en el momento en que no te puedes quedar callado, y tienes que proclamar que Jesús es el Salvador porque es **tu** Salvador; que Jesús es el Señor porque es **tu** Señor; que Jesús es el Mesías, porque es **tu** Mesías.

Evangelizar no es hablar de Jesús, sino presentar a Jesús. Hacer presente a Jesús, muerto, resucitado y glorificado. Eso es lo que hacían los primeros evangelizadores.”

De esta manera simple y concreta, con pleno fundamento bíblico, se debe dar el primer anuncio en la llamada *evangelización*, que debería llevar a nacer a la vida cristiana, a vivirla experimentalmente.

Queda muy claro en la exposición de Prado Flores el tema del primer anuncio cristiano o “kerygma”, pero enseguida surge una pregunta lógica: ¿qué sigue después en el camino espiritual, o todo termina allí?

Esta pregunta por supuesto apareció en los primeros tiempos de la R.C.C., al ir creciendo en la primera experiencia del Espíritu, y fueron entonces apareciendo las respuestas.

6) P. Alfonso Navarro (1974):

Tomaremos un artículo escrito por el P. Alfonso Navarro, de la Renovación Carismática de Méjico, publicado en la revista "Alabaré" N° 10, de febrero-marzo de 1974, que se titula "El ministerio de la Palabra en la Iglesia".

Es muy claro en cuanto a la importantísima distinción de las dos fases que existen al dar a conocer la Palabra o Revelación de Dios:

"El ministerio de la Palabra no es otra cosa sino la continuación del ministerio mismo de Jesús y el cumplimiento de su mandato: "Como el Padre me envió, así yo los envío". (Jn. 20,21). "Id, pues, y proclamad, haced discípulos enseñándoles todo lo que os he dicho". (Mt. 28,19; Mc. 16,15). Es la misión que Jesús dio a los doce y a los setenta; a la que envió a todos los bautizados; la misma que cumplió fielmente la primera comunidad cristiana.

LA MISIÓN DE JESÚS.

Encontramos en Lucas 4,43: "Tengo que anunciar la Buena Nueva de Dios porque para esto fui enviado." "Y recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas y proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo. Le traían todos los pacientes aquejados de sufrimientos diversos y a los endemoniados, e imponiendo las manos sobre cada uno de ellos los curaba, y salían también demonios de muchos." (Lucas 4,40-41).

*En estos textos vemos en síntesis dos aspectos: palabra y señales. En la palabra vemos dos fases: **proclamar** la Buena Nueva del Reino, invitando inmediatamente, como respuesta, a la conversión y a la fe; y **enseñar**. Las señales son: curar enfermos imponiéndoles las manos y expulsar demonios.*

ELEMENTOS INTEGRANTES DEL MINISTERIO DE LA PALABRA.

El Ministerio de la Palabra no se cumple únicamente transmitiendo con fidelidad y ortodoxia el mensaje que nos fue confiado en depósito, sino dando testimonio de lo que ya se ha hecho vida en nosotros mismos y es experiencia. Y no sólo por los conocimientos adquiridos por el estudio sino sobre todo por la iluminación y revelación que el Espíritu Santo comunica a nuestro espíritu en la comunión íntima con Él.

*En la Palabra de Dios encontramos los elementos integrantes y el orden progresivo en el ministerio de la Palabra. La primera fase es el **kerygma o evangelización**, que es la obra del ministerio del evangelista. La segunda fase es la **didaje, didascalía o catequesis**, obra del ministerio del Maestro, que debe ser una enseñanza progresiva en el Espíritu para adentrarse en el misterio de Dios y en su conocimiento."*

El Ministerio de la Palabra no es más que continuar la misma misión de Jesús, y se lleva a cabo en un orden progresivo que contempla dos fases sucesivas y bien definidas: el "kerygma" o evangelización, llevada adelante por los Evangelizadores, y la "didaje" o catequesis, que es el ministerio de los Maestros.

Por supuesto ambas fases del ministerio deben ser acompañadas por señales del poder del Espíritu Santo presente y operante en la Palabra de Dios y en quien la proclama.

Esta división en dos fases, que parece tan simple y casi obvia, es, sin embargo, a mi juicio, el punto más crucial en cuanto al cumplimiento o no del fin para el cual ha sido suscitada la R.C.C. Esto lo veremos con mucho detalle más adelante.

Respecto a la primera fase, el "kerygma", ya hemos abundado en su análisis al comentar algunos aportes anteriores, pero hay algunos conceptos interesantes que agrega el P. Navarro:

"PRIMERA FASE DEL MINISTERIO DE LA PALABRA: EL KERYGMA. Esta es una palabra griega que significa proclamación o anuncio hecho por un heraldo. Todo anuncio del kerygma debe culminar en una llamada a una respuesta de decisión personal del que escucha; aceptar y creer en Jesús como Salvador y Señor; cambiar interiormente; y ser bautizado. Se ora sobre los que aceptan a Jesús y se rinden a Él como Señor, para que reciban el don del Espíritu. El énfasis se debe poner en la conversión sincera y en la fe explícita en la persona de Jesús. Así como nadie puede recibir la Confirmación si antes no ha sido bautizado, de la misma manera nadie puede recibir realmente la plenitud del espíritu si antes no se ha convertido a Jesús y lo ha puesto como Señor y centro de su vida. El Bautismo (o efusión) en el Espíritu Santo confirma lo anterior y le da solidez y crecimiento.

Pero el Kerygma no se lleva sólo a paganos como primera predicación misional. Debe ser anunciado una y otra vez a la comunidad ya creyente para afirmar mejor la conversión y profundizar más la fe. No está destinado únicamente a los no cristianos o a los inconversos, sino que lo debemos llevar a los creyentes para que se manifieste en ellos la renovación del Espíritu en conversión y obediencia a la fe. Por ello la proclamación del Kerygma se realizará en gran parte entre cristianos ya bautizados como una renovación de los sacramentos de la iniciación cristiana tras un breve catecumenado."

El anuncio del “kerygma” no queda simplemente en eso, en anunciar algo, sino que debe siempre culminar en una fuerte llamada y exhortación a la conversión, como respuesta a lo que despierta en el corazón del que escucha. Es exactamente lo que ocurrió después del discurso kerygmático de Pedro, el día de Pentecostés, según se relata en los Hechos de los Apóstoles 2,14-39. ¿Qué ocurrió cuando Pedro terminó su anuncio?: “*Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: “¿Qué hemos de hacer, hermanos?” Pedro les contestó: “Convertíos, y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.”*”

Como bien recuerda el autor “nadie puede recibir realmente la plenitud del Espíritu si antes no se ha convertido a Jesús.” En la R.C.C. el kerygma va seguido por el “bautismo” o “efusión” en el Espíritu, que no implica lograr una conversión completa, sino obtener el impulso para comenzar a recorrer el camino que produce progresivamente esa conversión.

La proclamación del kerygma y la “efusión en el Espíritu” entre los bautizados lleva, como ya se vio, a una renovación de los sacramentos de la iniciación cristiana, Bautismo y Confirmación.

Como el proceso de conversión es progresivo, la primera fase del ministerio de la Palabra, la evangelización, debe ser seguida necesariamente por una segunda, que es la enseñanza o catequesis:

“SEGUNDA FASE DEL MINISTERIO DE LA PALABRA: LA DIDAJE O LA ENSEÑANZA: Didaje significa doctrina y se refiere sobre todo al contenido de ella, reservando para el acto de enseñar los términos de didascalía o catequesis. Su objetivo es llegar a la unidad en la fe y al conocimiento de Dios creciendo hasta la talla de la plenitud de Cristo en vista a la edificación consumada del Cuerpo de Cristo. Esta unidad debe impedir disgregación y división en la comunión cristiana y en la fe y dar una solidez que descarta el ser zarandeados y llevados a la deriva por cualquier viento de doctrina. Debe formar un solo cuerpo, aunque con multiplicidad de funciones y de carismas; una sola fe, guardando y transmitiendo con fidelidad el depósito que nos ha sido confiado, con la asistencia del Espíritu Santo, que nos llevará a la verdad completa.

El objetivo de la enseñanza del ministerio de la Palabra en su segunda fase es el conocimiento de Dios. Nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Así define Jesús la vida eterna: “que te conozcan a ti único Dios vivo y verdadero y a quien has enviado, Jesucristo” (Jn. 17,3). También nos señala el camino: “Yo soy el camino, nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mi conoceríais a mi Padre” (Jn. 14,6-7). Conocer a Dios es adentrarse en su misterio, después de haberlo encontrado y aceptado por la fe. No es asunto de pura inteligencia que estudia la verdad revelada, sino un don de revelación que el Espíritu de verdad manifiesta a nuestro espíritu para comprender vitalmente la Palabra de Dios.

Además de ser un don del Padre y una manifestación del Espíritu, el conocimiento es fruto de la pureza de corazón y de una vida de acuerdo a la voluntad del Padre. El conocimiento es penetración de la verdad y comunión personal; teología y mística indisolublemente unidas; conocimiento preciso y completo de la verdad revelada; y experiencia de comunión amorosa.

El conocimiento sin amor solo infla, dice san Pablo, produce actitudes de orgullo espiritual, sólo el amor edifica. Es don del Espíritu para la verdadera inteligencia de las Escrituras, conocimiento que debe irse transformando en oración contemplativa y en experiencia unitiva. Signos de un verdadero y auténtico conocimiento de Dios, como nos dice San Juan en su primera carta son: cumplir sus mandamientos y el amor a los hermanos. Todo el que conoce a Dios y permanece en Él no peca. Esta enseñanza debe ser progresiva según las necesidades del crecimiento.”

La segunda fase del Ministerio de la Palabra, la catequesis o enseñanza, es la que permitirá al cristiano crecer hasta la plenitud de Cristo. Su objetivo central es uno solo: *el conocimiento de Dios Trinidad*, de ese Dios que inhabita real y efectivamente en el alma de cada bautizado. Aquí la palabra “conocimiento” debe ser tomada según la acepción bíblica, que implica no un mero acto intelectual, sino una experiencia viva de las Personas de la Santísima Trinidad.

Quedan así muy bien delineadas las dos fases por las que el Ministerio de la Palabra de Dios guía a los creyentes para que se inicien y luego avancen en la vida cristiana: primero hay que encontrar a Dios, conocerlo como Persona, en un encuentro vivo y personal, que llevará a aceptarlo como Señor y producirá un deseo profundo de conversión, de reorientar toda la vida de uno no ya hacia las cosas de este mundo, sino hacia Dios. Luego vendrá la segunda etapa, de adentrarse en el conocimiento de los misterios de Dios, hasta donde lo permita la oscuridad de nuestra fe, para crecer mucho más en esa misma fe y en la conversión de vida.

Esto en definitiva es lo mismo que pasa entre los seres humanos. Pueden hablarme mucho de una cierta persona, de sus cualidades, de su vida, de sus realizaciones, pero eso probablemente producirá en mí solamente un interés relativo, impersonal, intelectual. Pero si yo conozco personalmente a ese individuo, tengo un encuentro con él, y me siento

impactado por su personalidad y forma de ser, entonces seguramente nacerá en mí el deseo de conocerlo mucho más a fondo, de ser su amigo, y todo lo que sepa de él tendrá relevancia para mí, e irá resaltando y enriqueciendo esa relación personal.

El evangelizador nos “presenta” a Jesús, nos facilita un encuentro personal con Él. El maestro nos enseña a conocerlo, y por ende a amarlo cada vez más. Y por Jesús llegaremos al Padre en el Espíritu Santo.

Otro elemento importante que nunca habría que perder de vista es que el hecho de avanzar en el conocimiento de los misterios de Dios no es algo que depende de la mente o inteligencia del hombre, sino que es un don sobrenatural de Dios mismo, tal como se verá con más detalle en el Capítulo 4 de este libro.

También hay otro concepto que destacar: si el conocimiento de Dios es algo vivo y experimental, va necesariamente unido siempre a la oración, ya que la oración que es el diálogo amoroso de la criatura con su Creador, y que deberá también ir creciendo sin límites, hasta las profundidades de la contemplación mística.

A continuación el autor plantea los problemas que pueden surgir cuando no se avanza en esta segunda fase del Ministerio de la Palabra:

“Si no existe una sólida y sana enseñanza, y no hay una solícita vigilancia y cuidado de los pastores, este conocimiento degenerará en desviaciones y errores como lo sabemos por la historia de la Iglesia: errores en iluminismo rebelde a toda orientación de la comunidad y de sus pastores; de orgullo elitista sin amor ni edificación; de interpretación subjetiva de la Palabra al margen del sentido inspirado.

Esta formación doctrinal nos ayudará a integrar y armonizar vitalmente fe con obras; oración con vida; piedad y culto con compromiso activo en la instauración de la justicia y de la paz; fidelidad a nuestra Iglesia y apertura en diálogo con otras denominaciones; lo carismático con lo eclesial y sacramental. La enseñanza y la formación doctrinal no es la transmisión de ideas frías y puros esquemas académicos sino un verdadero ministerio de la Palabra a ejemplo de Jesús y de la primera comunidad cristiana.

Para cumplir este ministerio no basta haber hecho muchos estudios de teología y de Biblia, como tampoco basta sólo el tener una vivencia personal profunda de la vida en el Señor, sino ser escogidos por el Espíritu con el ministerio carismático de maestros y ser reconocido y consagrado para esto por la comunidad y por sus pastores. Los conocimientos técnicos de doctrina y el dominio de técnicas de comunicación no sustituyen la elección y unción del Espíritu.

Es relativamente fácil, y de ilusorio éxito y de vitalidad aparente el hacer discípulos que se convierten y se entregan al Señor y reciben el don del Espíritu al escuchar la proclamación del mensaje de salvación. Pablo no pasó como cometa evangelizando y bautizando de una ciudad a otra sino que después de este primer trabajo permanecía largo tiempo con los nuevos creyentes, formando comunidades y solidificando su fe y su caminar en la vida nueva con la enseñanza, hasta poder dejar ancianos de esa misma comunidad, y sólo entonces pasaba a otro lugar para seguir el mismo proceso.

La obra del evangelizador debe ser seguida inmediatamente por la obra del maestro y del pastor. Todo convertido puede y debe dar testimonio de lo que el Señor ha hecho con él. Pero para la dedicación al trabajo sólido de evangelizar y enseñar, como también para ser pastores, se requieren ancianos; hombres maduros en la fe; buenos conocedores de la doctrina; fieles transmisores del depósito de la fe; y llenos del Espíritu Santo.

Después de experimentar el nuevo nacimiento somos niños pequeños en Cristo y necesitamos el cuidado de la comunidad y de los ancianos y pastores. Un niño recién nacido empieza por alimentarse. Pronto comienza a hablar y comunicarse para luego empezar a convivir e integrarse consciente y activamente en su familia y en la sociedad que lo protege y lo ayuda a crecer.”

Cuando la relación con Dios y la vida espiritual en general quedan basadas solamente en la primera experiencia de encuentro personal con Jesús resucitado, y no se avanza seriamente en la enseñanza posterior o catequesis, se pueden producir distintos tipos de desvíos, tal como los enuncia el P. Navarro: iluminismo rebelde a las orientaciones de la comunidad o la Iglesia, orgullo elitista y separatista, fundamentalismo e interpretación subjetiva de la Palabra. Por eso es tan importante la guía y cuidado de los maestros y pastores en la comunidad cristiana en cuanto a la transmisión y ejercicio de la sana doctrina católica.

Como consecuencia de esto aparece una necesidad muy importante en las comunidades que avanzan en la vida espiritual, que es el surgimiento de verdaderos maestros, no sólo con conocimientos de teología, de Biblia, de doctrina de la Iglesia, sino con vivencias profundas de todo lo que enseñan, movidos por el Espíritu Santo en su apertura a la acción de los dones de Inteligencia, Ciencia, Sabiduría y Consejo.

En muchos grupos de oración y comunidades, grandes o pequeñas de la R.C.C. se ha visto como se produce un gran crecimiento en cuanto al número de personas que se agregan a ellos, como consecuencia de una evangelización llevada adelante con mucho entusiasmo, con medios abundantes, con preparación, lo que aparente ser un gran “éxito”. Pero,

como bien dice el autor, este éxito será algo ilusorio y pasajero si no se avanza en la obra posterior de los maestros y la enseñanza.

Demasiados grupos de oración se han quedado solamente en dar “más de lo mismo”, lo que poco a poco va agotando y apagando el fuego del entusiasmo inicial.

También el autor destaca a continuación la necesidad de presentar en la enseñanza, en forma explícita y abierta, a la figura de la Virgen María:

“En la enseñanza debe presentarse explícita y abiertamente a María, Madre del Señor y la más íntimamente asociada a Él en su obra redentora, como Madre y tipo de la Iglesia, como modelo del discípulo de Jesús; como quién cumplió mejor la voluntad del Padre; y fue la más dócil a la guía del Espíritu; como el camino más directo, más fácil, más seguro para llegar a Jesús y seguirlo, y para recibir el don del Espíritu.”

Lamentablemente ocurre a veces en la Renovación que en aras de un “cristocentrismo” mal entendido, se deja de lado a la figura de María Santísima, como si ella pudiera constituir un obstáculo para el encuentro con la persona de Jesús.

En la conclusión del artículo el autor resume precisamente cuáles serán los resultados en la Renovación si no se avanza seriamente en el ministerio de enseñanza de la Palabra:

“Sin un serio y permanente ministerio de la Palabra, los nuevos creyentes se quedan enanos; se producen en las comunidades toda clase de errores y desviaciones y finalmente su primer fervor decrece y muere y se desgajan del árbol y se secan. La enseñanza sólida no es un adorno accesorio sino una necesidad básica absoluta. Formación doctrinal no se opone a vida y experiencia sino que es garantía de autenticidad y sano crecimiento. Es responsabilidad primaria e insustituible de los pastores y líderes el proveer a la enseñanza y vigilar la transmisión fiel del depósito de la fe confiado a la Iglesia. Toda renovación abortará o se desviará en errores y cismas, como sucedió con todos los brotes carismáticos en la historia de la Iglesia, si no se asegura una seria y sólida enseñanza y no hay un efectivo sometimiento a los pastores puestos por el Espíritu como vigilantes para cuidar del rebaño. Sólo con estas condiciones se mantendrá la unidad en la fe y en la comunión. Sólo así se llegará a ser verdaderos discípulos de Jesús, a ser hombres espirituales, dóciles al Espíritu y sólo de esta manera se alcanzará el genuino conocimiento de Dios.”

En la vida espiritual, el no crecer con el paso del tiempo no hace que el creyente quede permanentemente como un “niño espiritual”, sino hace que se deforme, convirtiéndose en un “enano espiritual”. La vida espiritual, como ocurre en la vida natural, debe tener un crecimiento armónico y sostenido, para ir pasando del niño espiritual que sólo se alimenta de leche, al adulto espiritual, que come todo tipo de alimento sólido.

Una comunidad cristiana debe tener distintas clases de “cocineros” que preparen el alimento espiritual. Algunos se dedicarán a la leche y a las papillas para los más pequeños, pero otros deberán saber preparar manjares de toda clase, aún los más elaborados, para ir satisfaciendo plenamente el paladar y la necesidad de aquellos adultos espirituales, que serán cada vez más exigentes.

Si esto no ocurre, como previene el P. Navarro, se corre el peligro cierto de errores y desviaciones, que pueden llevar inclusive a separaciones y cismas, como lo muestra efectivamente la historia de la Iglesia.

Por eso es tan importante este aspecto de la catequesis sólida, ya que es la única manera de formar verdaderos discípulos de Jesús, quien no buscó que multitudes lo siguieran, sino que se dedicó a formar a fondo tan solo a un puñado de apóstoles y discípulos, que, sin embargo, bastaron para transformar en no mucho tiempo al mundo conocido de ese entonces.

7) Revista “Koinonía” (1978):

Sobre el importantísimo tema de la formación en los cristianos quiero agregar algunos conceptos muy buenos que aparecen en un artículo de la revista “Koinonía”, publicada en Barcelona, España, en el número de mayo-junio de 1978, transcrito en el librito “Enseñanza”, de la colección “Reflexiones” de Ediciones Paulinas de Chile:

“Los hermanos que llegan a la Renovación Carismática a través de los grupos provienen de los ambientes más diversos. Algunos necesitan ante todo evangelización, otros, una formación y enseñanza muy determinada, o porque nunca la tuvieron, o porque si bien la tuvieron, fue de tipo puramente racional con escasa repercusión en sus vidas.

*Lo primero que tenemos que asegurar es que **todos reciban la evangelización**. Es decir, que lleguen a conocer y captar en profundidad el **núcleo del mensaje cristiano**, la Buena Nueva, y adquieran una clara conciencia de lo que es la esencia de la fe cristiana.*

*Hemos de tener todos muy claro lo que es “el fundamento y el centro y la cumbre de toda fuerza dinámica de la evangelización: en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos y cada uno de los hombres, como un don de la gracia y de la misericordia del mismo Dios” (Pablo VI, **Evangelii Nuntiandi**, N° 27).*

*Supuesta esta comprensión del contenido básico del mensaje evangélico, hay que seguir dando **enseñanza abundante**, iluminando todas las verdades que se transmiten “entre las que se da un orden o jerarquía, según el diverso nexo que las relaciona y concreta con el anuncio básico del anuncio o kerygma apostólico” (Comisión Episcopal Española para la doctrina de la fe, **La Comunión eclesial**, N° 43).*

También aquí se pone de manifiesto la importancia de diferenciar el primer anuncio cristiano o kerygma apostólico, de la formación posterior, tal como lo reconoce la Comisión Episcopal Española.

Luego se plantean dos puntos básicos que deben ser las metas a las que aspire la formación cristiana a través de la enseñanza:

“En el ejercicio de esta enseñanza conviene que tengamos en cuenta ciertos puntos de referencia que son las metas a las que aspiramos:

*a) Si hablamos de Renovación Carismática, se trata también de una **mentalidad nueva**, de acuerdo con las exigencias más genuinas que el Espíritu nos hace sentir hoy: “renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom. 12,2), lo cual invita a “renovar el espíritu de vuestra mente y a revestiros del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4,23-24).*

Esta mentalidad nueva conlleva “un corazón nuevo y un espíritu nuevo” (Ez. 18,31; 36,26-27) para poder tener “los mismos sentimientos que Cristo” (Flp. 2,5; Rom. 15,5).

Todo esto es adquirir un modo nuevo de pensar, sentir y amar, una “metanoia” o conversión profunda, un cambio en la jerarquía que teníamos de valores y un abandono del espíritu del mundo y de la carne.”

Esta primera meta implica ayudar y guiar al cristiano para obtener una verdadera *renovación* o *transformación* sobrenatural de su mente, que es el fundamento de la *conversión profunda*, de un cambio total de rumbo en la vida del creyente.

Esta transformación del modo de pensar sólo la puede producir el Espíritu Santo, que irá sustituyendo el modo humano de pensar por las mociones directas que vienen de Él a través de sus siete dones, como veremos con más detalle en el capítulo 4.

*“b) Hemos de proponernos una línea constante de **crecimiento y maduración** en la vida cristiana como “imitadores de Dios” (Ef. 5,1) e “hijos de la luz” y “luz en el Señor” (Ef. 5,8) para que nos vayamos llenando “hasta la total Plenitud de Dios” (Ef. 3,19) y lleguemos a “la madurez de la Plenitud de Cristo” (Ef. 4,13). Abunden en nosotros todos los dones de la mente y del corazón, pero de manera especial “espíritu de sabiduría y revelación para conocerle perfectamente” (Ef. 1,17).*

Si se va produciendo la transformación de la mente en el cristiano, la apertura a la acción del Espíritu Santo será cada vez mayor, por lo que los dones actuarán en profundidad, cambiando la forma de vivir y reproduciendo cada vez con más claridad la vida de Cristo en el creyente.

Se habrá ido así avanzando en el ciclo repetitivo del crecimiento cristiano: transformación de la mente con el abandono de las ideas y conceptos racionales, apertura a las mociones del Espíritu Santo, vivencia de una vida nueva guiado por estas mociones sobrenaturales.

Esto, de cualquier manera, no abarca de una sola vez la totalidad del ser del hombre, sino que se va dando poco a poco en distintas áreas de la vida del cristiano.

Los requisitos que deben tener los que enseñen para guiar a los cristianos a estas metas se enuncian luego:

“Cada grupo debe hacer un esfuerzo por formar a sus maestros, pedir al Señor los dones que necesitan, desarrollar ciertos programas de enseñanza, recabar de otros grupos la enseñanza más profunda que ellos no pueden dar, profundizar constantemente en la Palabra de Dios, ofrecer material de lectura y grabaciones de charlas.

*Los maestros o catequistas han de llenarse cada vez más, anhelar que se desarrollen en ellos los dones de la sabiduría, de entendimiento y de ciencia, y en general **el carisma de la enseñanza** que les capacita para este mismo ministerio. “Hombres fieles, que sean capaces, a su vez, de instruir a otros” (2 Tim. 2,2), que sepan introducir en la mentalidad y en el sentir de Dios, que no sólo hablen a la mente sino al corazón, creando las actitudes del Señor que deben definir la vida del cristiano.*

Han de haber captado el mensaje del Señor, pero también deben comunicarlo con amor, gozo y atracción espiritual.

Insustituible para esto es el estudio, la reflexión, la lectura, la meditación de la Palabra, la oración y la contemplación. Si esto falta, no se hace más que repetir un esquema que se ha aprendido. Pero no ha de ser así, sino “como el dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo” (Mt. 13,52), para que “de lo que rebosa el corazón hable su boca” (Lc. 6,45).”

Se toca aquí el fundamento esencial para la conversión cristiana, necesario en el que enseña el camino hacia la misma para que los demás también lo puedan desarrollar: la acción de los dones “intelectuales” del Espíritu Santo, a saber, inteligencia, ciencia y sabiduría, que irán floreciendo a partir de la apertura a la vivencia de la oración de “contemplación infusa”.

Este tema, como ya se dijo, se aclarará en el [Capítulo 4](#).

8) Cardenal Joseph Suenens (1973):

Vamos a pasar ahora desde la visión de la formación que se consideraba necesaria en los principios de la R.C.C. a visiones más globales sobre la Renovación, de algunas de las figuras más destacadas de sus heroicos comienzos.

El Cardenal León Joseph Suenens, de Malinas, Bélgica, fue uno de los grandes referentes en las sesiones del Concilio Vaticano II, por sus intervenciones que fueron decisivas para incorporar a los documentos del Concilio la doctrina de los carismas en la Iglesia. Luego del Concilio el Cardenal Suenens fue nombrado por el Papa Paulo VI su representante personal ante la Renovación Carismática Católica de incipiente surgimiento, puesto que el Cardenal se había integrado a la experiencia carismática.

En la fiesta de Pentecostés de 1973 el Cardenal emite una Carta Pastoral, publicada en la revista “Alabaré”, N° 14, de octubre-noviembre de 1975, donde desarrolla el tema “Volvamos a encontrar al Espíritu Santo”. Comienza la Carta definiendo la importancia de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia:

“En las celebraciones litúrgicas de Pentecostés la Iglesia implora: “Envía tu Espíritu para hacernos nuevas criaturas, y Él renovará la faz de la tierra”. Debemos tomar esta oración al pie de la letra. Los sucesos actuales nos fuerzan a implorar la venida del Espíritu Santo con más insistencia que nunca. A la luz de este nuevo Pentecostés, rogamos por el mundo entero, porque sólo el Espíritu de Dios puede infundirle a la humanidad lo que ésta tan vitalmente necesita.

Debemos permitirle al Espíritu Santo una mayor influencia, tanto en nuestra vida personal como en la corporativa de la Iglesia; creer en Él como la fuente de nuestra esperanza y la garantía de la renovación que necesitamos.”

La influencia del Espíritu Santo en la Iglesia hoy, tal como aconteció en la Iglesia primitiva, se observa con claridad en la acción de sus carismas, lo que fue puesto de relieve en el Concilio Vaticano II:

“Una Iglesia que no reconociera el lugar de los carismas en su vida diaria, sería una Iglesia atrofiada, completamente separada de su fuente de vida.

Durante el Vaticano II, la Iglesia indicó con prudencia y confianza su fe en los carismas del Espíritu Santo. Durante los debates del Concilio, algunos dijeron que los carismas pertenecían al pasado de la Iglesia y que deberían permanecer ahí. Pero el Concilio insistió en la tesis de que tienen un valor permanente y presente en la vida de la Iglesia. Necesitamos una combinación de discernimiento y sabiduría en el uso de los dones espirituales, y al mismo tiempo permanecer respetuosos hacia esos dones, no sea que apagamos o contristemos al Espíritu.”

La aceptación de la acción de los carismas en la Iglesia debe llevar a un equilibrio con la acción institucional o jerárquica de la Iglesia, ya que ambas son manifestaciones del único Espíritu Santo:

“Es cuestión de respetar tanto el carácter visible como el institucional de la Iglesia y también su carácter espiritual, invisible y carismático. No son dos iglesias –una visible y otra invisible-. Hay sólo una: la Iglesia de Jesús encarnado, resucitado e invisiblemente presente entre nosotros por el Espíritu, hasta la consumación de los siglos. Seguramente puede haber, y ha habido, tensiones entre los movimientos del Espíritu que le piden a la Iglesia fidelidad al Evangelio, y la prudencia, lentitud, o las fallas de los que tienen que velar por su evolución. Pero es el Espíritu mismo el que quiso esos dos aspectos complementarios para el bien de la Iglesia.”

El Cardenal considera que la R.C.C. es consecuencia del Concilio Vaticano II y respuesta del llamado del Papa Juan XXIII:

“Al iniciar el Concilio, el Papa Juan XXIII estaba consciente que la Iglesia necesitaba un nuevo Pentecostés. Ahora, mirando hacia atrás, podemos decir que el Concilio, al indicar su fe en los carismas, hizo un gesto profético y preparó a los cristianos a recibir la Renovación Carismática que se está esparciendo por todos los cinco continentes.

La Renovación Carismática no es un movimiento nuevo, sino una corriente de gracia que espontáneamente forma un nuevo tipo de grupo de oración en todas partes. Los cristianos se unen para orar juntos como hacían las primeras comunidades cristianas. Estos grupos confían que la presencia del Señor, obrando a través del Espíritu Santo, renovará toda vida.”

Tenemos aquí una definición de la Renovación Carismática Católica que a su vez aclara la esencia de la misma, que se hará clásica en la Renovación: *“La Renovación Carismática no es un movimiento nuevo, sino una corriente de gracia que espontáneamente forma un nuevo tipo de grupo de oración en todas partes.”*

Quedan delineados los elementos básicos de la R.C.C.:

- * No es un movimiento fundado por hombres, sino una gracia del Espíritu Santo para la Iglesia de hoy.
- * Esta “corriente de gracia” es espontánea y surge en todos lados.
- * Lleva fundamentalmente a un redescubrimiento y valorización de la oración, más allá del rezo tradicional.
- * Agrupa a los cristianos según el concepto de comunidad.

Finalmente el Cardenal Suenens habla de la meta o fin de la Renovación Carismática:

“La meta del Movimiento Carismático no es crear una institución paralela, sino de ofrecer una mejor vida espiritual a los cristianos de hoy. No reemplaza o sustituye lo que otros están haciendo o experimentando en la Iglesia. Ansiosos de evitar centralizarse en sí mismos o de dedicarse a una vida de oración apartada de la vida de la Iglesia, tratan de darle libertad al Espíritu que, viniendo de Dios, quiere abarcar todas las implicancias concretas de la cristiandad vivida en el mundo de hoy.

La Renovación Carismática es un don a la Iglesia post-conciliar. Pero para que esta gracia sea fructífera y duradera, es necesario que se desarrolle desde un principio en completa armonía con la Iglesia institucional.”

El concepto final es sumamente importante, en cuanto a lo que hará que esta “corriente de gracia” de frutos y sea realmente duradera: deberá desarrollarse en completa armonía con la Iglesia institucional. Significa que la R.C.C. no es algo que reemplaza a otras cosas que se están haciendo en la Iglesia, sino que busca renovarla desde su misma esencia católica, “ofreciendo a los cristianos de hoy una mejor vida espiritual”.

9) P. Heribert Mühlen (1974):

Otra de las figuras importantes de los inicios de la Renovación Carismática fue el P. Heribert Mühlen, considerado uno de los principales teólogos del Espíritu Santo de la Iglesia Católica de hoy, que conoció en 1974 a la Renovación Carismática y se fue convirtiendo poco a poco en uno de sus grandes teólogos.

En la revista “Alabaré”, N° 12, de junio-julio de 1974, se publica una entrevista de Ralph Martín, editor de la revista “New Covenant”, al P. Mühlen. Tomaremos algunas de las respuestas que dio el sacerdote a las preguntas de Ralph:

“Pregunta: ¿Qué cambios has observado en tu vida desde que te involucraste personalmente en la Renovación?”

Respuesta: Para mí el Bautismo en el Espíritu Santo ha sido un proceso gradual por un período de seis a ocho meses. Ahora hago más oración y leo las Escrituras, no sólo con interés científico, sino también para responder personalmente al Señor que nos habla en ellas. También me encuentro atraído a los círculos de oración y siento un creciente gozo de estar con otros cristianos sencillamente como hermanos cristianos y no como algo tan imponente como un profesor de teología dogmática.

Pregunta: ¿Cuáles son algunas de las implicancias que ves que tendrá la Renovación Carismática para la Iglesia en general?

Respuesta: Ahora mismo se me ocurren tres cambios mayores. El primero es que debemos admitir que en la Iglesia de hoy ni la mayoría de los cristianos ni muchos sacerdotes hacen oración. Esto, por lo general, tiene su raíz en una falta o en una inseguridad de la fe. Creo que la Renovación Carismática está dando y restaurando una verdadera seguridad en la fe y por consiguiente está haciendo surgir una renovación profunda de la oración y testimonio de misión.

La segunda implicancia es que veo en la Renovación Carismática como cambian los papeles de sacerdotes y obispos sin que haya conflictos, manipulación política o presión. Los sacerdotes y los obispos necesitan ser parte de la comunidad cristiana, sin estar aislados de ella; necesitan estar con el pueblo y ser parte de él. Entonces el problema de autoridad sería en efecto muy diferente. En la Renovación Carismática veo surgir un patrón de vida eclesial del Nuevo Testamento por el poder del Espíritu Santo y lo veo llegar pacíficamente.

Lo tercero es que veo más claramente que la teología tiene que ser reflexión sobre experiencia real y no solamente un ejercicio o invención puramente intelectual. Veo como la teología está siendo profundamente transformada por la Renovación Carismática. Si de veras la teología habrá de ser vivificante y estar en contacto con la realidad, debe

comenzar con una experiencia de Dios, no con una reflexión filosófica del ser absoluto. En el futuro la teología debe empezar como lo fue en el Nuevo Testamento, con la experiencia de la estada del espíritu Santo en la comunidad cristiana. La doctrina y persona del Espíritu Santo no es otra doctrina entre muchas, sino una doctrina y realidad fundamental en la Iglesia. Una renovación en la vida del espíritu como empezamos a experimentarla ahora habrá de afectar no solamente un sector de la vida de la Iglesia o la teología, sino su totalidad.”

La visión del P. Mühlen sobre la implicancia que tendrá la renovación en la vida de la Iglesia se resume en tres puntos principales, que influyen en tres áreas básicas de la Iglesia y de la vida cristiana: la vuelta a una vida de oración, que lleva a una mayor seguridad en la fe; la integración mayor de la jerarquía de la Iglesia en la comunidad cristiana; una renovación profunda en la teología, que va pasando de ser más una especulación intelectual a una verdadera experiencia de Dios, a partir de la vivencia renovada de la acción y la presencia del Espíritu Santo.

Por lo tanto la Renovación toca profundamente toda la vida de la Iglesia.

“Pregunta: ¿Podrías elaborar más sobre el nuevo patrón de vida eclesial que ves surgir de la Renovación Carismática?”

Respuesta: Seguramente. Creo que la Renovación Carismática es la respuesta de Dios al llamado del Concilio con relación a una manera más colegial, fraternal y comunal de tomar decisiones y ejercer autoridad en la Iglesia. Mayormente el estilo de organización eclesiástica hoy en la Iglesia se basa más en las estructuras del monoteísmo del Viejo Testamento y las líneas de organización de la Roma Imperial que en un modelo más distintivo del Nuevo Testamento, trinitario. Cuando se ve a Dios como uno (y no también como tres) es entonces más fácil sentir la necesidad de tener un obispo, un emperador, una manera de hacer las cosas. Cuando se ve a Dios como una comunidad de personas resulta más propio hacer las cosas comunitariamente. Cuando se estaba forzando la estructura de la Iglesia en los comienzos del siglo II, no se enunciaba la gran percepción trinitaria. Al ser enunciadas en el siglo IV, era muy tarde para influenciar un estilo ya fijo de hacer las cosas.

A medida que ha corrido el tiempo, esa falta de comunidad en nuestra doctrina básica de Dios y la subsiguiente reflexión en el estilo y organización eclesial, ha resultado en un catolicismo popular que considera la Iglesia principalmente como el Papa, el obispo y el sacerdote, y oscuramente el laico. Debemos dar gracias a Dios que le vemos actuar de tantas formas para corregir ese desarrollo trágico, avivar todo su pueblo por el poder del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo no es simplemente un “Él”, sino un “nosotros”: el Padre y el Hijo viniendo a nosotros, el diálogo entre el Padre y el Hijo. Visualizo al Espíritu Santo como “nosotros” divino, tan intensamente nos hace presente el Espíritu al Padre y a Jesús, y es tan diáfano en sí mismo. Él es el “nosotros” que nos hace pueblo de Dios, uno con el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo es también el “nosotros” eclesial. Cuando decimos “nosotros” los cristianos, o “nosotros” el pueblo de Dios, es el Espíritu Santo en nosotros que nos capacita a decir “nosotros”. Es una persona en muchas personas en la Iglesia, una persona en otras dos personas en la Trinidad.

Estamos en medio de un cambio de época en la Iglesia. Estamos experimentando algunos resultados del apropiarnos mas plenamente de la situación de pasar de la antigua a la nueva alianza. En el Antiguo Testamento Dios moraba en un templo hecho por manos. En el Nuevo Testamento Dios moraba en Jesús, el nuevo templo, y según nos unimos a Jesús Dios habita en nosotros; somos el nuevo templo de Dios en la tierra. Por eso es tan importante que sepamos que primariamente Dios no está presente en edificios, sino en nosotros, el pueblo de Dios. Es por eso que aún cosas comparativamente menores como la creciente aceptación en la Iglesia universal de que los fieles reciban la comunión en la mano, resulta trivial en algunos aspectos, pero en otros es muy significativo. Revela un cambio de mentalidad.

Lo que digo, básicamente es que el redescubrimiento de la doctrina plena de Dios, la Trinidad, incluyendo el pleno y profundo papel que ejerce el Espíritu Santo, tiene profundas implicaciones para la Iglesia. En los libros tradicionales de texto, la Trinidad es solamente una doctrina intelectual sin consecuencias para la piedad, ni la estructura eclesial, ni el estilo de vida.

Aún hoy en realidad la Trinidad no funciona en muchos aspectos de la Iglesia sino como teoría. Por ejemplo, la Trinidad no es el fundamento de la teología de Santo Tomás de Aquino. Para él la base es el hecho de un solo Dios, el monoteísmo, y eso tiene su influencia en toda la vida católica. No digo que necesitemos una democratización de la Iglesia, sino más bien un soplo, una pneumatización, un influjo del Espíritu en la Iglesia. En todo el mundo alborea una nueva época. En el plano secular, terminó la época de los reyes y emperadores; en la Iglesia también alborea una nueva época, la época del Espíritu.”

El P. Mühlen precisa que la influencia de la Renovación en la Iglesia llevará a un cambio en la vida eclesial, llevándola a un esquema más comunitario y fraternal. Sobre todo este teólogo, a partir de la experiencia del Espíritu, ve un cambio en cuanto a la percepción de Dios, con una apertura a la visión trinitaria de la deidad, pasando a una visión mucho más acorde al Nuevo Testamento.

Esta visión trinitaria está cambiando la percepción de Dios, como un “nosotros” y no un “Él”, lo que lleva también a sentir una pertenencia a la Iglesia como pueblo de Dios, lo que va cambiando el sentir popular de que la Iglesia está

formada por el Papa, los obispos, los sacerdotes y los religiosos, e inserta a todos los fieles laicos que así lo sienten en el Cuerpo, en forma activa y comprometida.

La gran separación entre “jerarquía” y “laicos”, y la consiguiente “diferencia” espiritual entre ellos se está derrumbando, por la acción poderosa del Espíritu Santo que sopla donde quiere y como quiere.

Obviamente, y como ya lo hemos visto, esto no implica la supremacía de una Iglesia “carismática” sobre la Iglesia “jerárquica”, sino un gran equilibrio entre estas dos dimensiones necesarias en la Iglesia de Cristo.

10) Steve Clark (1974):

Otro artículo interesante es el publicado en la revista “Alabaré” N° 10, de febrero-marzo de 1974, extractado de un libro de Steve Clark, “Hacia donde vamos”. El título del artículo es “Una visión de lo que el Señor quiere hacer”, y el autor, coordinador de una de las primeras comunidades de la R.C.C., la de Ann Arbor, Michigan, Estados Unidos, presenta su visión de lo que siente que Dios pide a la Renovación:

“La Renovación Carismática en la Iglesia Católica se ha convertido en el suceso más vital de la cristiandad contemporánea. Este movimiento que se está esparciendo por todo el mundo ha encontrado acogida entre todo tipo de personas y en todos los niveles de la Iglesia. La jerarquía le ha mostrado una notable apertura.

Sin embargo, si los que desempeñamos posiciones de responsabilidad dentro de la Renovación queremos servir al Señor y estar disponibles para cumplir su propósito, debemos entender este crecimiento y desarrollo como una llamada a buscar la dirección del Señor. Dios está claramente haciendo algo significativo. Está derramando su Espíritu en una forma poderosa y tocando la vida de miles de personas. Por lo tanto, es importante que nos pongamos al servicio de lo que Él está haciendo y que llevemos a cabo Su plan y no el nuestro.

Una visión que nos guíe nos puede ayudar a elegir el camino correcto con mayor confianza. El Señor, a menudo, da a su pueblo semejantes visiones, como lo hizo en la segunda mitad del libro de Isaías y en el libro del Apocalipsis.

Las siguientes observaciones expresan algo de una visión que puede servir de guía a la Renovación Carismática hoy día:

Nuestra meta debe ser una renovación de toda la vida cristiana en el poder del Espíritu y no la formación de un movimiento Católico Pentecostal.

Creo que cometeríamos un grave error si nos conformáramos con un movimiento Carismático Católico. El Señor quiere mucho más que esto. El quiere renovar carismáticamente toda su Iglesia, quiere que cada persona en su Iglesia reciba el bautismo en el Espíritu y que experimente sus dones. Aún más, quiere que cada parte de la vida de la Iglesia sea vivida en el Espíritu. Quiere que el Espíritu forme y guíe todo lo que se haga en la Iglesia. El Señor quiere formar un cuerpo en el cual católicos, ortodoxos y protestantes encuentren no solamente su unidad original, sino que lleguen a tener una unidad mayor en el Espíritu Santo. En otras palabras, el Señor no quiere solamente “individuos tocados por el Espíritu” o “bendecidos”, Él quiere transformar todas sus vidas y toda la vida de la Iglesia. Debemos esperar el día en que todos nuestros papas y obispos sean no solamente buenos cristianos, sino hombres que hacen milagros (como pedimos que sean cuando son consagrados) y que guíen la Iglesia con poder y audacia carismáticos. Debemos esperar ver el día cuando los cristianos vivan en tal unidad y poder que su problema no sea preocuparse de una falta de respuesta del pueblo, sino qué hacer con los grandes números de personas que se acercan a ellos y quieren servir al Señor. Debemos esperar ver una Iglesia que sea todo lo que el señor quiere que sea.”

Steve dice que “la renovación Carismática en la Iglesia Católica se ha convertido en el suceso más vital de la cristiandad contemporánea” Si el Espíritu está haciendo algo tan significativo en la Iglesia es porque tiene un gran plan, y es imprescindible descubrirlo con claridad para llevarlo a cabo, y no caer en planes humanos que, aunque sean buenos, no irán en la dirección que quiere Dios.

La visión que tiene el autor del plan de Dios la desarrolla en cinco puntos. El primero lo plantea como una meta de la Renovación: *renovar toda la vida cristiana en el poder del Espíritu Santo, y no formar solamente un movimiento pentecostal católico.* Dios quiere renovar carismáticamente su Iglesia, hacer que cada fiel reciba el “bautismo en el Espíritu”, y experimente el poder y la acción de los carismas y dones del Espíritu Santo.

Una consecuencia de esta meta queda planteada en el segundo punto:

“2. Debemos dejar de identificarnos como pentecostales para identificarnos como cristianos que están descubriendo como vivir y servir “en el Espíritu”.

No digo que hay algo malo en la palabra “pentecostal”; es un buen nombre y se refiere a una dimensión esencial del cristianismo. No digo que haya algo malo con los círculos de oración pentecostales; han contribuido grandemente a

revivir la fe cristiana en personas que la habían perdido, o que habían perdido su entusiasmo por ella. Tampoco digo que está mal que la gente ponga toda su atención en el bautismo en el Espíritu y sus dones espirituales al principio. Algunos grupos cometen el error de querer caminar muy de prisa y pierden lo que tenían al comienzo. Como tampoco digo que no debemos ser por un tiempo un grupo especializado.

Lo que quiero decir es que debemos hablar de otra forma sobre lo que está sucediendo entre nosotros. Debemos referirnos a nosotros mismos y pensar que somos sencillamente cristianos que han descubierto algo que es normal en la vida cristiana. Cuando digo esto no quiero decir que estar bautizado en el Espíritu y experimentar los dones espirituales es normal en los cristianos de hoy ni que de hecho le está sucediendo a la mayoría de ellos. Quiero decir sencillamente que estas cosas son supuestamente normales en todos los cristianos.”

Es necesario identificarse como cristianos y no como pentecostales, en el sentido que hay que entender claramente que lo que ocurre en la Renovación Carismática no es más que el redescubrimiento de lo que debería ser normal en la vida cristiana, y que hoy no existe ya masivamente entre los fieles.

“3. Debemos comprender que lo que sucede entre nosotros es una renovación y no un movimiento.

En la etapa de desarrollo en que se encuentra actualmente la Renovación necesita ser un movimiento. Esto es algo nuevo que el Señor está haciendo, y para que pueda crecer y desarrollarse debemos comenzar con un movimiento especializado. Pero lo que está sucediendo es mucho más significativo que la formación de un movimiento. Dios está renovando completamente Su Iglesia en todos los aspectos, y para que eso llegue a ser realidad está derramando su Espíritu.

El Señor ha dado a este movimiento del que somos parte, un papel importante a jugar en su obra de renovación. Está obrando a través nuestro para restaurar una dimensión importante de la vida cristiana. Nuestra meta no debe ser usar lo que el señor nos ha dado para crear un movimiento poderoso que perdure a través de los siglos. Nuestra meta debe ser llegar a ver un poder y vida nuevos que afecten todos los aspectos de la Iglesia. En otras palabras, nuestra meta debe ser la renovación carismática de toda la Iglesia.”

La segunda consecuencia de la meta de la R.C.C., que es renovar toda la Iglesia, es comprender con claridad que la Renovación no es un movimiento más en la Iglesia, sino que es una renovación de toda la vida de la Iglesia, en sus distintos aspectos.

“4. A medida que avanzamos en la Renovación Carismática debemos ser completamente católicos en nuestra participación y actividades en la Iglesia Católica.

En estos días es fácil llegar a un desamor en nuestras relaciones con la Iglesia Católica; en nuestra participación y actividades en ella. Existen hoy día muchas personas insatisfechas con la falta de vitalidad espiritual en todas las iglesias, y esto los lleva a una actitud anti-institucionalista y a un espíritu crítico. Algunas personas con este desamor se quedan en las iglesias pero su actitud es de trabajar en ellas como un “cuerpo extraño” o un grupo de guerrilla dentro de ellas. Católicos con este desamor a menudo se quedan en la Iglesia Católica no porque son “de la Iglesia Católica”, sino porque quieren cambiarla o influirla. No pertenecen a ella de corazón.

El Señor nos está llamando a quedarnos en la Iglesia Católica de todo corazón. Nos pide que seamos miembros fieles llenos de un verdadero amor a ella y una fidelidad a sus líderes. Eso no quiere decir que no veamos lo que anda mal en ella, ni lo que claramente debe cambiar. No quiere decir que no podamos estar en desacuerdo con sus líderes, ni desear otro tipo de liderazgo. Quiere decir que debemos servir dentro de la Iglesia como miembro comprometido y no operar como guerrillas dentro de ella.”

Vemos aquí expresada otra actitud fundamental que se deriva de la meta de la R.C.C., que es la plena catolicidad de la Renovación, con su inserción profunda en la vida, actividades y espiritualidad de la Iglesia.

El cambio en la Iglesia que debe generar la Renovación debe ser “desde adentro”, desde su misma esencia, y no desde afuera, como una “guerrilla” que sólo quiere cambiar y reemplazar cosas que considera que están mal.

Esta es una visión fundamental que se debería tener siempre presente en la Renovación: no llegó a la Iglesia para desechar cosas, o cambiar radicalmente otras, ni para desafiar o enfrentar a la jerarquía, sino que debe insertarse en el mismo corazón de la Iglesia, y mantener siempre un convencimiento de pertenencia y fidelidad a ella.

“5. A medida que avanzamos en la renovación carismática de la Iglesia, debemos fomentar la unidad de todos los cristianos, católicos, protestantes y ortodoxos, en el único Espíritu, sin subrayar viejas divisiones.

Hace años ya que el Concilio Vaticano II comprometió la Iglesia a hacer ecumenismo. Esto para nosotros significa que debemos preocuparnos por renovar la Iglesia Católica sin cerrarnos a la futura unidad de todas las iglesias ni a la posibilidad de unidad entre los cristianos carismáticos de hoy.

Es fácil caer en la tentación de pensar que semejante unidad es imposible, o que de ser posible tardará mucho tiempo. Pero debemos tener fe en el Señor, debemos creer que Él tiene el poder para hacer de esto una realidad, sin perder nada de la plenitud del cristianismo. No debemos limitar al Señor por nuestra falta de fe.”

La última consecuencia que aporte Steve Clark de las que deberían surgir de la meta de la renovación es un verdadero avance en el ecumenismo, en la unidad de todos los cristianos. Es este también un gran desafío que enfrenta la Renovación Carismática, aunque parezca tan difícil visto según la mirada humana, pero para el poder de Dios nada es imposible.

11) P. Ignacio Díaz de León (1977):

En el N° 44 de septiembre-octubre de 1977 de la revista “Agua Viva”, de la Renovación Carismática de Méjico, su Director, el P. Ignacio Díaz de León, plantea en un interesante artículo lo siguiente: “La Renovación Carismática no es un fin en sí misma ¿Cómo entenderla?”.

Se dan algunas precisiones importantes sobre el fin de la Renovación Carismática, y como hacer para entenderlo con claridad:

“Muy a menudo a los carismáticos nos sucede lo que a aquel aldeano proverbial a quien, decía él, los árboles no lo dejaban ver el bosque.

Me refiero a quienes empeñados con entusiasmo en la obra de su renovación espiritual, en virtud de las gracias y carismas del Espíritu no han distinguido con claridad lo accidental de lo substancial de esa nueva etapa de su vida cristiana.

*Cuando yo era estudiante me enseñaron que un buen método para entender lo que es una cosa, consiste primero en entender qué no es aquello. Veamos lo que **no es** la Renovación Carismática.*

Nos equivocamos si pensamos que la Renovación Carismática es el compromiso de asistir muy regularmente a las asambleas y reuniones de oración, y a los congresos si los hay, y de participar en ellos alabando al Señor con cantos, batir de manos, e intervenciones personales las más oportunas.

La Renovación Carismática no tiene como fin el asegurarnos nuestra salvación personal medrando serenamente en el grupo de oración, apoyados y edificados por nuestra pequeña comunidad.

La renovación Carismática no debe, ni siquiera a los dirigentes más comprometidos, sustraerlos de sus obligaciones profesionales, familiares o apostólicas. Es cierto que habrá personas que se sientan llamadas a trabajar a tiempo completo en la Renovación. Se trata de casos de excepción pero perfectamente válidos sobre todo si la comunidad es la que los llama a este desempeño.

No creo que sería según el Espíritu que alguno se desentendiera de sus deberes para con la familia o el trabajo por andar metido en ministerios carismáticos. Lo primero es siempre lo primero.”

Comenzando por lo que *no es* la renovación Carismática, el P. De León recuerda que no debemos ver a la Renovación solamente como la asistencia a grupos o asambleas de oración, a cantar y alabar en ellos, para buscar allí exclusivamente la salvación personal, ni debemos sentirnos tentados a desatender las propias obligaciones familiares o profesionales en aras a la asistencia y al trabajo en el grupo de oración, porque allí nos sentimos bien, somos reconocidos, somos útiles.

Sería quedarnos exclusivamente con la idea que tuvo Pedro ante la Transfiguración de Jesús, y decir “acá estoy tan bien, esto es tan distinto del mundo donde vivo todos los días, que voy a instalar mi carpa y me voy a quedar para siempre.”

Hay que tener cuidado que el descubrimiento de la experiencia carismática y de la vida cristiana comunitaria no se transforme en un pretexto muy bueno y válido para evadirse de los problemas y dificultades de la vida cotidiana, por ejemplo, de escaparle a un esposo gruñón y malhumorado, o a una esposa mandona y fanática del orden.

Más adelante el P. De León plantea lo que sí es la Renovación Carismática, y cuál es su fin:

Hay múltiples maneras de describir la Renovación Carismática. El nombre mismo ya nos sugiere con claridad su naturaleza. Una renovación es un cambio. La Renovación Carismática es un cambio, un nuevo ritmo en tu vida cristiana, en tus relaciones con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero el cambio consiste además en la experiencia de especiales gracias y carismas que el Espíritu distribuye para alcanzar sus fines. Por eso se le llama Renovación Carismática.

De esa experiencia de los carismas se concluye que el fin que el Señor persigue al renovar a su Iglesia está más allá de la santificación de los individuos o de ciertos grupos y comunidades dentro de la Iglesia y del mundo.

El quiere “renovar la faz de la tierra”. El quiere servirse de nosotros para hacerse presente en todos los rincones donde viven y trabajan los hombres.

Zaqueo y su casa son figuras proféticas del hombre y del mundo de hoy. A aquél Jesús le está diciendo por su nombre: Zaqueo, conviene que yo hoy visite tu casa. Quiero entrar ahí y santificarla, transformarte a ti y a toda tu casa.

Dios tiene necesidad de los hombres. Quiere contar no sólo con los obispos y los sacerdotes y los diáconos. Los seglares son también su Iglesia. Los signos de los tiempos son muy elocuentes: crecimiento demográfico irrefrenable, escasez de sacerdotes, escasez de vocaciones, avidez de los fieles por la Palabra de Dios y por la gracia de los sacramentos...

¿Comprendemos porqué está llamando a esta renovación espiritual a médicos, arquitectos, empleados, empresarios, estudiantes, ingenieros, enfermeras, maestras, directores de escuela, jesuitas, dominicos, obispos y sacerdotes diocesanos, etc.?

En todos ellos, por la conversión radical y el bautismo en el Espíritu Santo, el Señor induce un dinamismo nuevo en la fe, la caridad y la esperanza. Establece un nuevo orden de las cosas: ahora sí Jesús es el Señor. Ahora nos dejamos mover por el Espíritu. Ahora sí tenemos vida de oración, y amor a la Palabra de Dios. Ahora sí estamos dispuestos a servir a los hermanos, y de hecho los servimos.”

La descripción que da el autor de lo que es la Renovación Carismática es muy simple y clara: es un cambio en la vida cristiana que lleva a una relación más profunda y vivencial con Dios Trinidad, con la experiencia cierta de las gracias que derrama el espíritu Santo, sus dones y carismas.

El P. De León subraya que precisamente la presencia de los carismas define que el fin de la R.C.C. es una renovación y edificación de la Iglesia, fin que va más allá de la santificación personal de individuos o comunidades.

Esta renovación de la Iglesia se producirá por el dinamismo de todos los fieles, jerarquía y laicos, al vivir más plenamente la vida cristiana recibida en los sacramentos.

El autor termina el artículo con una visión hacia donde debe ir la Renovación Carismática, manteniéndose fiel a su fin:

La Renovación Carismática pues, no es un fin en sí misma. El Espíritu Santo nos renueva para que pasemos de la tibieza, al fervor y a la santidad, y de este modo santifiquemos el medio en que vivimos y trabajamos. Así se explica que todos los bautizados, por más peculiar que sea su vocación en la tierra: un fraile franciscano, una monja contemplativa, un funcionario de gobierno, un empleado, un comerciante, una universitaria, todos absolutamente puedan y deban en virtud de su renovación carismática, renovar y santificar su medio ambiente. Me atrevo a decir que cuando han entendido y empezado a vivir, con esta mentalidad, su vocación bautismal, ellos mismos son carismas personificados, ya que todo su vivir bajo el señorío de Cristo y al impulso del Espíritu, edifica a la Iglesia y concurre al bien de la comunidad.

Es preciso, pues, perseverar en la Renovación Carismática, camino de nuestra perfección cristiana por el cual nos impulsa el Espíritu Santo; es preciso ser fieles a nuestras reuniones de oración y a nuestras asambleas. En ellas no sólo recibimos, sino tenemos el privilegio de dar y apoyar a nuestros hermanos. Pero sintámonos, sobre todo, llamados a dar el alegre testimonio de nuestra fe en el área de nuestro trabajo, en la universidad, en el propio medio familiar. Es el Señor Jesús el que nos ha elegido y nos ha destinado para que vayamos y demos fruto, un fruto que permanezca.”

Está claro de todo esto que la Renovación no se puede quedar como un fin en sí misma. Debe propender a una verdadera búsqueda de la santidad de los individuos, pero esta santidad debe influenciar fuertemente a la Iglesia a la que pertenecen, y al medio ambiente en que viven y desempeñan sus tareas.

12) Revista “Agua Viva” (1983):

También en la revista “Agua Viva”, Nº 80 de septiembre-octubre de 1983 se publica un artículo editorial titulado “Renovación sí, Renovación no”, donde asimismo se analiza muy a fondo qué es y qué no es la Renovación Carismática:

Muchos de los prejuicios que hay en contra de la Renovación espiritual carismática que avanza por todas partes, obedecen a las ideas inexactas y aún falsas que se han divulgado acerca de su esencia, de sus objetivos, y de sus medios de acción. Por eso es muy necesario aclarar conceptos y clarificar situaciones para poder emitir un juicio objetivo y realista. Lo menos que puede pedirse a una persona seria, es que no se declare, ni a favor ni en contra de la Renovación, antes de saber de qué se trata.

Veamos primero qué no es la Renovación:

1. No es un movimiento más.

El Cardenal Suenens escribió en su Carta Pastoral para Pentecostés de 1973 lo siguiente: “Digamos de una vez que no se trata de un Movimiento nuevo en el sentido usual del término, sino de una corriente de gracia que el Espíritu Santo hace surgir por todas partes”.

Muchos quieren encuadrar la Renovación en los límites, siempre estrechos como lo son todos, de un nuevo movimiento apostólico. Esta es una equivocación que ojalá evitemos. La Renovación espiritual debe llegar a todas las personas, a todas las instituciones y a todas las organizaciones apostólicas y no apostólicas.

La Renovación se verá frenada desde el momento en que se la ate y limite dentro de un movimiento. Perderá gran parte de su fuerza y de su agilidad.”

A continuación se enfoca uno de los puntos que ya hemos visto reiterados en opiniones anteriores y que, sin duda, fue una preocupación central en los inicios de la R.C.C.: no debe ser un movimiento más en la Iglesia Católica.

Hay un segundo punto muy interesante respecto a lo que no es la Renovación Carismática:

“2. No es principalmente Carismático.

Con frecuencia se une el término “carismático” al de movimiento. ¿Qué opina usted acerca del Movimiento Carismático? Le preguntan a uno con frecuencia. Me gusta el Movimiento Carismático, dice uno, mientras que otro dice: lo encuentro peligroso, etc. Etc. Aclaremos este aspecto.

La Renovación que el Espíritu Santo está “suscitando hoy visiblemente en las regiones y ambientes más diversos” (Pablo VI), contiene un elemento muy importante cual es el carismático, pero no tiene allí su elemento principal. La Renovación es Carismática, pero no primordialmente carismática. Menos aún, es exclusivamente carismática.

Es carismática porque como sabiamente lo expresó El Concilio Vaticano II: “El Espíritu Santo no sólo santifica y dirige al pueblo de Dios mediante los sacramentos y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (1 Cor 12,11) sus dones, con lo que les hace aptos y prontos para ejercerlas diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia (Lumen Gentium N° 12).

Se equivocan tanto los que quieren que la Iglesia sea únicamente institucional, como los que anhelan que sea solamente carismática. No podemos plantear la pregunta ¿si la Iglesia de Cristo debe ser institucional o carismática? Por voluntad del Señor es y debe ser siempre institucional y carismática. Una Iglesia meramente institucional moriría de arteriosclerosis, y una solamente carismática pararía en un manicomio.

La apertura a los carismas, sin excluir a ninguno de ellos, es uno de los elementos principales de la Renovación Espiritual. Pero la luz del Espíritu Santo da a conocer su justo valor para evitar la exageración en cualquier sentido.”

Aquí, en el concepto que la Renovación no es principalmente carismática, está una de las claves fundamentales que incidirán en el alcanzar o no el fin para el cual fue suscitada por el Espíritu Santo.

Si la R.C.C. se queda solamente concentrada en la acción de los carismas, en especial en los extraordinarios como lenguas, sanación, liberación, profecía, milagros, etc., no dejará de ser algo “raro”, que estará como apartado de la vida de la Iglesia tradicional; será como una isla, donde algunos iniciados experimentan cosas que el resto de los creyentes ni siquiera entienden bien de que se trata.

Por eso es tan importante ver que los carismas en la vida de la Iglesia no son más que *medios* aptos para la *evangelización*, en primer lugar, y luego, para la *edificación* de la comunidad cristiana.

“3 Renovación no es sinónimo de Grupos de Oración.

Muchos confunden la Renovación Espiritual con los “Grupos de Oración”. Es verdad que éstos desempeñan en ella un papel muy importante, pero no se identifican con ella. Son un elemento muy valioso, pero no son el todo. Su importancia en todas las etapas de la renovación es muy grande, y por eso son cada día más apreciados. La oración compartida es uno de los grandes beneficios del Señor en este momento. Los demás elementos que integran un Grupo de Oración son muy valiosos. Más la renovación abarca todo el día, toda la vida y toda la persona. Es una acción del Espíritu Santo que no queda enmarcada en determinada actividad, sino que las trasciende todas. Tiene que ser permanente y no puede limitarse a unas cuantas horas diarias o semanales.”

Este tercer punto, que parece tan simple, es, sin embargo, muy valioso y debe ser tenido especialmente en cuenta. No se puede pensar que la Renovación Carismática, su influencia en los fieles, comienza y termina en el grupo de oración o en un retiro espiritual, en el tiempo que se pasa allí. La acción del Espíritu santo que se pone en movimiento en cada uno, debe guiar y abarcar la vida entera, cada hora del día, y debe impregnar las enteras actividades de la persona.

Un fruto que da la Renovación Carismática es precisamente el abolir la diferencia que hacen la gran mayoría de los fieles católicos, que separan el tiempo de “dedicarse a Dios” (por lo usual la misa dominical, y eventualmente alguna

otra actividad eclesial o devoción) con el tiempo de hacer “las otras cosas”, que abarca, en la práctica, casi toda su jornada.

Los que experimentan la Renovación en el Espíritu van sintiendo y viendo que esa separación se va esfumando, y que la presencia de Jesucristo como Señor y la acción poderosa del Espíritu Santo van impregnando e influenciando las distintas actividades y momentos de su vida diaria.

“4. No pretende monopolizar al Espíritu Santo.

No faltará quien afirme que la Renovación Espiritual Carismática quiere monopolizar la acción del Espíritu Santo y que ella se cree dueña exclusiva de Él. Tal concepción no pasaría de ser infantil. Sabemos que la acción santificadora del Espíritu Santo empieza en todos desde el bautismo y prosigue a lo largo de la vida.

Pero también estamos comprobando que esa acción del Divino Espíritu es “ahora en cierta manera identificable”, como lo afirmó Pablo VI en su catequesis de mayo de 1973, y que la renovación que está realizando en la Iglesia en este momento es extraordinaria.

Un conocimiento más profundo de la Persona y de la acción del Espíritu trae ahora beneficios muy señalados. Creo que se está cumpliendo el deseo del Santo Padre cuando dijo: “A la Cristología y especialmente a la Eclesiología del Concilio, debe suceder un estudio nuevo y un culto nuevo sobre el Espíritu Santo, justamente como complemento que no debe faltar a la enseñanza conciliar. Esperamos que el Señor nos ayude a ser discípulos y maestros de esta su escuela posterior” (Audencia del 6 de junio de 1973).

Quien verdaderamente posea el Espíritu del Señor y se deje conducir por Él, admirará su multiforme y maravillosa acción en todas las personas y en todas las organizaciones pastorales. La luz del Espíritu Santo lo aclara todo y jamás eneguece. La estrechez de criterio aparece en nosotros cuando nos apoyamos solamente en criterios humanos que son siempre carnales y no nos dejamos conducir por la verdad del Espíritu del Señor.

Cuando alguien mira desde fuera la Renovación Carismática y empieza a racionalizar no la comprende, ni la aprecia. Es imposible percibir su valor sin la luz del Espíritu y sin una vivencia personal.”

Lamentablemente, en mis años en la Renovación Carismática, he escuchado más de una vez a sacerdotes diciendo “ustedes los carismáticos, los que tienen el Espíritu Santo”. Yo entiendo que quizás querían decir “ustedes que conocen y experimentan el Espíritu Santo”, pero a veces todo queda como si realmente la Renovación tuviera una especie de monopolio del Espíritu, ya que tampoco los destinatarios de expresiones como esas suelen aclarar mucho el tema, quizás porque los hace sentir “distintos”, e inclusive superiores al resto de los fieles, lo que alimenta algún resabio de soberbia espiritual que siempre existe.

Es fundamental que en la Iglesia se vuelva a la noción clara de que lo “normal” en un cristiano debe ser su apertura a la acción y experiencia del Espíritu Santo, y no lo contrario.

Luego el artículo plantea en cuatro puntos lo que sí es la Renovación Carismática Católica:

“1. Un mejor conocimiento de la Persona y de la obra del Espíritu Santo.

Nuestro señor durante sus años de ministerio público habló mucho del Espíritu Santo y de lo que Él debería hacer en su Iglesia. Esta fue la primera etapa. Después de la Ascensión vendría la segunda, cuando lo “derramase” sobre Ella.

También ahora la Renovación espiritual comienza generalmente por esa primer etapa. A la luz de la Palabra de Dios y de la copiosa enseñanza del Magisterio, se está efectuando una amplia evangelización acerca del Espíritu Santo y del papel que desempeña en la Iglesia y que ha sido sintetizado de manera admirable por el Concilio Vaticano II en el N° 4 de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia. Cada día se puede decir con menos razón que este Espíritu Santo es el gran desconocido.”

Lo primero que busca la Renovación Carismática es, al igual que en la enseñanza de Jesús, un mayor y verdadero conocimiento del Espíritu Santo, en cuanto a su obra y Persona, como una primer etapa.

La segunda etapa será la experiencia de su acción en la vida de cada uno:

“2. Una experiencia profunda de su presencia en nosotros y de su acción en nuestras vidas.

Los apóstoles y los demás discípulos que habían escuchado de labios de Jesús una amplia catequesis acerca del Paráclito, recibieron el día de Pentecostés una comunicación admirable de Él. “Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu les otorgaba expresarse” (Hechos 2,4).

Esta efusión del Espíritu Santo y la experiencia de su presencia y de su acción en la vida es lo que se vive en la Renovación Carismática.”

Una vez que se ha experimentado la vivencia del Espíritu Santo, y la apertura a Él, se inicia el camino de una “vida en el Espíritu”.

“3. Una entrega sin limitaciones a la conducción del Espíritu Santo y una constante docilidad para seguir sus inspiraciones.

Para los Apóstoles y para sus compañeros Pentecostés no fue un término, sino el gran comienzo de una nueva vida, la vida en el Espíritu.

De idéntica manera, la Renovación Carismática que tiene en la “efusión del Espíritu Santo” un momento muy importante, tiene que convertirse después en una auténtica vida en el Espíritu. “Caminar en el Espíritu” y “vivir en el Espíritu”, son los términos empleados por San Pablo en su Carta a los Gálatas (5,25). Estas deben ser las aspiraciones de quienes comprenden lo que es la Renovación.”

Si la entrega y el abandono a la guía del Espíritu Santo son verdaderos y sin limitaciones, se deberá experimentar un crecimiento en el amor de Dios, que llevará no sólo al amor al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sino también a la Iglesia, al Papa, a los obispos y sacerdotes, y a la Virgen María:

“4. Es la Renovación del amor en todas sus proyecciones.

El Espíritu Santo es el amor en la Trinidad y el encargado de “derramar el amor en nuestros corazones” (Rom. 5,5). Por eso, su principal acción en la persona que lo recibe es la de renovar en ella su amor a Dios, a la Iglesia y a todos sus hermanos.

Pablo VI invitó al final del Año Santo a efectuar “La Revolución del Amor”. El Espíritu Santo es quien puede y quiere hacer esta revolución y quien la está adelantando en muchas vidas.

Las personas que se entregan a la acción renovadora del Espíritu Santo experimentan progresivamente cómo crece en ellas el amor al Padre.

Comprueban también que crece en ellas un amor a Jesús que no habían sentido ni vivido antes. Jesús se va convirtiendo en el centro de la vida y en la gran obsesión de la existencia. Se crean unas relaciones nuevas con Él y se intensifica la necesidad de conocerle y hacerle conocer, de entregarle toda la vida y estrechar el diálogo amoroso con Él en la oración y en la acción.

La Iglesia aparece como la Esposa de Cristo con toda su belleza y santidad y se la mira de manera distinta y se la ama con verdadero amor filial.

Un estudiante universitario escribe al respecto: “Como lo hemos descubierto muchos de nosotros, el Espíritu Santo ha renovado nuestro amor a la Iglesia. Allí donde no existía para nosotros sino la carcaza de una institución, hemos descubierto una vida, un poder y un calor. Las devociones tradicionales, como las Marianas, aparecen ahora cargadas de sentido y significado. La vida sacramental de la Iglesia se nos presenta ahora rica de sentido, especialmente el sacramento de la penitencia que frecuentamos ya con más fruto que antes.”

Por eso renace en las personas la auténtica devoción a la Santísima Virgen, la llena del Espíritu y su Esposa Santísima. La devoción Mariana está “reverdeciendo”, para usar el término empleado por Pablo VI.”

Para terminar, en este artículo se plantea como conclusión que la Renovación, en cuanto a su acción, abarca a todo el hombre, tanto sus facultades humanas (inteligencia o mente y voluntad o corazón) como a la realidad de su entorno en el mundo:

“Esta acción renovadora del Espíritu Santo no está limitada a uno o varios momentos de la vida de una persona. Debe, al contrario, extenderse a toda su existencia. El cristiano debe vivir en el Espíritu.

Tampoco se limita a una parte de la persona. Toda ella debe ser renovada. Debe renovarse la mente como lo pide San Pablo en su carta a los Efesios (4,23).

Debe renovarse el corazón. “Os daré un corazón nuevo. Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ez. 36,26).

Debe renovarse todo el mundo de la conciencia, que de carnal debe pasar a espiritual, y aún el del subconsciente que puede y necesita ser sanado de todo lo que tiene enfermo.

El río de aguas vivas del Espíritu Santo sana todo lo que toca y está podrido (Ezequiel 47).

Pero la renovación no termina en la persona, sino que se extiende a la familia o a la comunidad donde ella vive y actúa, y debe llegar a las instituciones y a las organizaciones. La acción del Espíritu Santo puede y debe llegar a todo el hombre y a todos los hombres. Tal es la maravillosa posibilidad que se nos presenta en esta hora tan difícil de la historia.

En lugar de mirar miopemente la Renovación, empecemos a vislumbrar todas sus posibilidades y abramos todas nuestras vidas a este viento fuerte del Espíritu Santo para que Él nos llene, nos cambie, nos conduzca, nos renueve, y por medio nuestro renueve el pequeño mundo en el cual nos toca vivir y actuar.”

Así vemos planteado con sencillez y claridad qué es la Renovación Carismática, en cuanto al aspecto de lo que produce en el hombre: comienza con el conocimiento mayor del Espíritu Santo, pasa por la experiencia de su presencia

y su acción, lo que deberá producir una entrega sincera a su conducción, para ir llegando a la “plenitud del amor”, que es una de las definiciones de la santidad que da el Concilio Vaticano II.

13) Cardenal Joseph Suenens (1977):

En el año 1977 la Renovación Carismática Católica cumplió el décimo aniversario de su nacimiento en Estados Unidos. El Cardenal Suenens, de quien ya comentamos su Carta Pastoral de Pentecostés de 1973, donde dio su famosa definición de la Renovación Carismática, como “una corriente de gracia”, hizo una reflexión en esta oportunidad, reproducida en la revista “Alabaré”, N° 25, año 1977, cuyos puntos salientes vamos a analizar, para terminar con este compendio de la visión que la Renovación Carismática Católica tuvo de sí misma en los primeros tiempos de su existencia:

“La Renovación Carismática nos hace conscientes de nuestros valores espirituales, nos invita a una revalorización de nuestra herencia cristiana, a un nuevo despertar como pueblo de Dios. Es importante recalcar la continuidad de esto con el pasado, especialmente con el pasado inmediato, con Vaticano II. Así mismo es importante mantener ese sentido de continuidad sin crear la impresión de que es algo radicalmente nuevo y foráneo a nuestra tradición. Larry Christenson, uno de los promotores más destacados dentro de la Renovación Carismática Luterana, escribió muy acertadamente que “la misma palabra renovación implica una apreciación de lo viejo. Dios no aniquila, Dios redime. Él no deshecha lo viejo, sino que lo renueva. Él no hace cosas nuevas, Él renueva las cosas. Una señal de madurez en cualquier movimiento de la Renovación es la apreciación que éste tenga por su patrimonio.”

Aquí el Cardenal Suenens, el más importante referente de la R.C.C. en sus inicios, plantea un punto fundamental que no debería olvidarse nunca en la Renovación Carismática: la experiencia carismática, sus frutos y consecuencias, no representa algo “nuevo” que irrumpe en la Iglesia, sino que implica una renovación de lo “viejo”, que no puede dejar de lado ni evitar apoyarse en todo el enorme y rico patrimonio de la Iglesia.

Revalorizar la extraordinaria herencia que tenemos los cristianos luego de dos mil años de Iglesia, es uno de los grandes frutos de la experiencia del Espíritu Santo, ya que éste no ha aparecido ahora con su acción en las almas, sino que es el mismo que ha inspirado a tantos santos, doctores, teólogos y místicos experimentales. Por eso siempre será una señal de verdadera madurez en la R.C.C. el aprecio que se tenga en ella del patrimonio que hemos heredado, y el buen uso que se haga del mismo.

Luego el Cardenal establece unas preguntas básicas:

“¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Tiene la Renovación Carismática algo que dar a la Iglesia? ¿Tiene la Iglesia necesidad de algo que la Renovación pueda brindarle?”

Antes de contestar estas cuestiones, el Cardenal Suenens plantea la prevención ante lo que él considera un posible peligro, que es el concepto de que la R.C.C. se vea a sí misma como una “especie de Iglesia dentro de la Iglesia”:

“Si nosotros nos referimos a la Renovación Carismática como un “movimiento” que tiene algo que “dar” a la Iglesia, implicamos en nuestro postulado una división entre la Renovación y la Iglesia. Esta formulación conlleva una visión de la Iglesia como una simple institución necesitada de algo espiritual. ¿Es la Renovación una especie de transfusión de sangre al Cuerpo de Cristo, algo que viene de afuera? No. Una Iglesia institucional en contraste con una Iglesia carismática simplemente no existe. La Iglesia es una entidad con diferentes dimensiones íntimamente relacionadas entre sí. La dimensión carismática es el corazón de la dimensión institucional, y las dimensiones institucional y sacramental a su vez están plenas de la presencia y del poder del Espíritu Santo...”

Es de suma importancia escoger nuestra terminología cuidadosamente. Cuando hablamos acerca de la Renovación Carismática como un movimiento u organización, nos vemos tentados a percibir una especie de Iglesia dentro de la Iglesia. Existe el peligro, si no tenemos cuidado, de crear la impresión de que la Renovación aspira a una especie de cristianismo sin afiliación religiosa, o a una especie de súper iglesia que abarque a todos los cristianos sobre bases formadas por el mínimo común denominador entre éstas.

Aceptar esta visión implica una negación de nuestra propia identidad, un rechazo de la Iglesia específica, instituida por el Señor de acuerdo con sus preceptos, y guiada por su Espíritu a través de los siglos.”

El que refiere aquí el Cardenal es un peligro cierto, en el que muchas veces se cae dentro de la Renovación. Algunos de los que llegan a la Renovación lo hacen después de mucho tiempo de estar alejados (y quizás también disgustados y resentidos) de la Iglesia, por distintas razones, en especial a causa de problemas o malas experiencias con la jerarquía.

Y creen encontrar en la R.C.C. “otra” Iglesia, distinta, que ha casi roto con la Iglesia tradicional. Para colmo, también parte de los católicos que “vuelven” se habían alejado de la Iglesia Católica atraídos por los protestantes, en alguna de sus variadas ramas, en especial por los llamados “pentecostales”.

La identidad católica queda así en estas personas bastante difusa, mimetizada, escondida en un falso concepto de ecumenismo que muchos enarbolan y que inclusive los lleva a mezclar los diferentes cultos sin ningún pudor. Por esto es que el Cardenal Suenens enfatiza, con muchísima razón, la necesidad de una fuerte afirmación de la identidad de los católicos.

Aclarado este punto crucial, el Cardenal pasa a contestar la pregunta planteada: ¿Qué tiene para dar a la Iglesia la Renovación Carismática?:

“Queremos destacar lo que sin duda es una de las contribuciones más importantes de la Renovación Carismática, o sea, la facultad de impartir a todos los cristianos una renovada conciencia y una total comprensión de la verdadera esencia del bautismo.

En los primeros tiempos de la Iglesia el bautismo era otorgado a los adultos que se habían convertido. Después, comenzó la práctica de bautizar a los niños, y un cambio muy importante tuvo lugar en lo que se refiere a la forma en que las personas sean iniciadas al cristianismo. Esta nueva forma de hacerse cristiano por herencia, por influjo familiar, y por el apoyo de la sociedad cristiana, creó un nuevo tipo de cristiano. Así los nuevos cristianos no experimentaban un encuentro personal con Jesús como Señor y Salvador, y además no eran ellos los que escogían su hermandad en completo conocimiento y libertad plena.

Por eso hoy estamos necesitados de cristianos que estén en pleno conocimiento de la realidad y del significado de su bautismo. Cristianos que estén dispuestos a comprometerse y compenetrarse con Jesús, que le hayan conocido y aceptado plenamente en sus vidas. Esto sugiere un nuevo método de iniciación cristiana, un nuevo catecumenado para los cristianos adultos que fueron bautizados y confirmados de niños, pero que ahora quieren aceptar de una manera nueva y adulta la verdad de lo que ellos son gracias a los sacramentos ya recibidos.

El bautismo de los niños tiene que continuar. Esta tradición tiene bases sólidas y retiene su validez. Pero queremos fomentar la necesidad de renovar nuestro compromiso con el señor.

A esto es lo que se refiere en la Renovación Carismática con el término “bautizado en el Espíritu”. O sea, un nuevo Pentecostés como fruto de los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, con una nueva conciencia y aceptación.

Nosotros, en verdad, tenemos que cristianizar a los cristianos. Tenemos que ayudar a los que han sido confirmados sacramentalmente a renovarse espiritualmente. Sólo entonces es que llegaremos a ver un cristianismo vivo, un cristianismo preparado para un futuro con menos cristianos por herencia y más cristianos por vocación...

Y si la Renovación Carismática logra universalizar la efusión del Espíritu Santo en el Pueblo, habrá hecho historia.

El día que esta experiencia sea parte íntegra de la iniciación cristiana normal, la corriente carismática habrá logrado lo más profundo de su vocación: desaparecer como río y perderse en la profundidad del único mar.”

En el pensamiento y la visión del Cardenal Suenens está muy claro el papel que le ha dado el Espíritu Santo dentro de la Iglesia a la R.C.C.: *“la facultad de impartir a todos los cristianos una renovada conciencia y una total comprensión de la verdadera esencia del bautismo”.*

La práctica del bautismo de los niños hoy “fabrica” cristianos por herencia o tradición familiar, que no experimentan en su adultez un encuentro personal con Jesús, reconociéndolo entonces como su Señor y Salvador.

Cuando a éstos bautizados en la niñez se los prepara para recibir los otros sacramentos, primero la Eucaristía, y luego la Confirmación, se les imparte una catequesis cada vez más devaluada en su contenido en muchos países, sin que hayan recibido primero el “kerygma”, o primer anuncio, que los llevaría a un encuentro con el Señor y al deseo de seguir la vida cristiana.

Es decir, se ha eliminado la clara separación y diferencia que se hacía al principio en la Iglesia: la predicación del “kerygma”, la apertura al Espíritu Santo que impulsaba a la conversión, el catecumenado, el bautismo, y la formación o catequesis posterior. Por eso el Cardenal recalca el aporte de la Renovación para “cristianizar a los cristianos”, o para “evangelizar a los bautizados”, como ya vimos que se comenzó a decir en la Renovación.

La experiencia fundamental en que se basa la R.C.C. para lograr esto es la llamada “efusión o bautismo en el Espíritu Santo” que es una vivencia fuerte del Espíritu que lleva a una nueva conciencia y aceptación del Bautismo y la Confirmación. Queda así muy claramente delineada la misión de la R.C.C. en la Iglesia y su aporte: llevar a una plena conciencia y vivencia de la gracia recibida en la Iniciación cristiana.

Lo anterior significa con claridad que no es un nuevo camino en la Iglesia, sino que es una antigua experiencia, unida al mismo inicio de la Iglesia a partir de Pentecostés, que hoy vuelve a irrumpir con fuerza en forma masiva entre los fieles para que, a su impulso, puedan recorrer con una nueva vitalidad y conciencia el camino de crecimiento en la verdadera vida cristiana.

El Cardenal Suenens define que “*si la Renovación Carismática logra universalizar la efusión del Espíritu Santo en el Pueblo, habrá hecho historia*”, y por eso dice que un día la R.C.C., cumplida su misión, deberá desaparecer en la profundidad del único mar, que es la Iglesia.

Esto no debería perderse de vista nunca en la Renovación, porque marca claramente el objetivo primero de la Renovación. Pero, con el tiempo y el avance de la R.C.C. en el mundo, ha ido surgiendo otro problema que lleva también a un nuevo enfoque de lo que ella puede aportar a la Iglesia: cuando una persona es conmovida interiormente por la experiencia de la “*efusión en el Espíritu*”, siente un nuevo y fuerte impulso para avanzar en su vida cristiana, lo que el Cardenal Suenens expresa como vivir más plenamente su Bautismo y Confirmación.

Por lo tanto las personas necesitan, a partir de allí, quienes los guíen en ese nuevo camino, que es el crecimiento espiritual, o, dicho más claramente, el *crecimiento en santidad*.

Esta es la responsabilidad con que se ha ido encontrando la R.C.C. en sus grupos de oración y comunidades, y nos podemos preguntar: ¿Cuál ha sido su respuesta? He aquí uno de los interrogantes fundamentales que hay que hacerse hoy respecto a la Renovación Carismática, y sobre el que trataremos de indagar exhaustivamente en el próximo capítulo.

CAPITULO 3: LOS OBJETIVOS DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA Y SU CUMPLIMIENTO.

Resumen de la visión inicial sobre sí misma de la Renovación Carismática.

En el extenso capítulo precedente he tratado de compendiar artículos de distintos autores de la primera época de la Renovación Carismática, donde se buscaba discernir el sentido y los objetivos de esta “corriente de gracia” que irrumpía de forma arrolladora en la Iglesia Católica.

Sentí la necesidad de hacer esto dado que hoy, a cuarenta años de su nacimiento, podemos decir que ya estamos en una segunda generación de “carismáticos”, y son muchos los que han llegado y siguen llegando a la R.C.C. y no conocen claramente ni sus orígenes ni la visión inicial que ella tenía de sí misma.

También creí necesario remontarme a la frescura de las concepciones textuales de esos inicios, ya que si el objetivo principal de este libro consiste en proponer un camino para hoy “renovar la Renovación Carismática”, como toda renovación de algo esto implica un volver a las fuentes, corregir desvíos, y buscar el cumplimiento de las metas y objetivos no alcanzados.

Por lo tanto, en la primera parte de este capítulo trataré de resumir conceptualmente y de sistematizar de algún modo ese cúmulo de ideas, conceptos, inspiraciones, visiones y deseos que expresan los distintos líderes cuyas palabras hemos recordado, sin querer de ninguna manera agotar así este enfoque, que podrá ser aún más enriquecido por cada lector que tenga material adicional, del muchísimo que existe, sobre esos heroicos primeros tiempos de la Renovación.

a) Para qué fue suscitada la R.C.C. por el Espíritu Santo.

Si hay algo que quedó claro desde un principio es que la Renovación Carismática Católica no surgió como consecuencia de una inspiración del Espíritu Santo en una persona determinada, la que pasaría a ser el fundador, como ocurrió en tantos movimientos, órdenes religiosos, institutos, etc., sino que fue el mismo Espíritu Santo quién tomó las riendas de lo que Él estaba haciendo surgir en forma masiva y comunitaria.

A partir de esta primera y básica percepción, los líderes diversos que naturalmente fueron surgiendo, interrogaron al mismo Espíritu Santo, preguntándole sobre el “para qué” de esta gracia tan especial, y la respuesta no se hizo esperar.

Pero esta respuesta abarca dos planos o dimensiones diferentes, ya sea que la veamos desde la dimensión individual, de la persona, del creyente, o desde la dimensión comunitaria, como Cuerpo Místico, es decir, de la Iglesia.

Comencemos con el “para qué” referido a los individuos, con precisiones muy evidentes desde el principio:

En primer lugar podemos mencionar la misión de ayudar al cristiano a avanzar en su crecimiento espiritual para alcanzar la plenitud de la vida en el Espíritu Santo, con el ejercicio pleno de los dones y carismas del mismo Espíritu, lo que implica, en definitiva, alcanzar la *santidad de vida*, definida por el Concilio Vaticano II en “Lumen Gentium” N° 40 como “la plenitud de la vida cristiana” y “la perfección de la caridad”.

El Cardenal Suenens define que la meta de la Renovación Carismática Católica no es la de crear una institución paralela en la Iglesia, sino la de “ofrecer una mejor vida espiritual a los cristianos de hoy”.

Esto se logra a partir de la experiencia del “bautismo o efusión en el Espíritu”, que imparte a todos los cristianos una renovada conciencia y una total comprensión de la verdadera esencia del bautismo.

Además de esto, hay un “para qué” del surgimiento de la R.C.C. a nivel de la Iglesia toda. Como bien recuerda también el Cardenal Suenens no se puede hablar de dos Iglesias, una visible y de carácter institucional, y otra invisible, carismática, de carácter espiritual. Las dos dimensiones son necesarias y deben ser complementarias.

La Iglesia debe ser renovada espiritualmente, y esa fue la inspiración de Dios al Papa Juan XXIII, que lo llevó a convocar al Concilio Vaticano II y a pedir para la Iglesia “los prodigios de un nuevo Pentecostés”.

El Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia Católica, después del Concilio Vaticano II, esta “corriente de gracia” que constituye la Renovación Carismática, para producir la ansiada renovación de la Iglesia. Por eso el insigne Cardenal Suenens también dice que, cuando la Renovación Carismática haya conseguido universalizar en la Iglesia la experiencia de la “efusión en el Espíritu Santo”, y haya impregnado toda la vida espiritual de la Iglesia Católica, deberá desaparecer y perderse como un río que se pierde en la profundidad del mar.

Por todo esto el Cardenal no duda en calificar a la Renovación Carismática Católica como “un don a la Iglesia post-conciliar”.

Dentro de esta misión de la Renovación de renovar la Iglesia, el teólogo H. Mühlen percibe que un aspecto de la misma es la de llevar a la Iglesia desde un esquema más centrado en Dios como Uno, a una mayor visión de Dios Trinidad, es decir, a una Iglesia con un esquema mucho más neo-testamentario, con una percepción clara y viva del “nosotros” de la Trinidad y del papel fundamental del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia.

De esta meta o fin de la renovación Carismática Católica surgió desde el principio la convicción de que no se podía concebir a la Renovación como un mero movimiento de la Iglesia, ni se la podía identificar sólo desde el aspecto “pentecostal” o “carismático”, sino que debía comprenderse que la renovación Carismática estaba destinada a renovar toda la vida cristiana en el poder del Espíritu Santo, por lo que necesariamente debía ser completamente católica e insertarse profundamente en la espiritualidad y actividades de la Iglesia.

b) Por qué la Renovación surge en este momento de la historia.

Existen signos evidentes que entre los hombres de nuestra época existe un gran hambre de Dios, consciente o más o menos oculto, que surge de la profunda invasión del materialismo y el secularismo en la vida humana, lo que ha hecho perder en una gran medida la noción y el sentido de la vida interior, de la vida espiritual, que es la única que puede satisfacer las apetencias más profundas del ser humano, ya que el hombre ha sido creado “capaz de Dios”, y, sin Él, no puede encontrar el sentido para el que fue creado y por el que vive.

Esto es en general entre todos los hombres, pero entre los católicos creyentes, después del Concilio Vaticano II, fue surgiendo un fuerte anhelo de “vivir” los cambios profundos que introdujo el Concilio en la vida de la Iglesia, y de avanzar realmente en la comprensión de las líneas teológicas propuestas en él, especialmente con respecto a la acción del Espíritu Santo en las almas de todos los creyentes, a través de sus dones y carismas.

Si repasamos en el [Capítulo 1](#) la crónica de cómo nació la Renovación Carismática Católica veremos que éste fue el impulso fundamental que llevó a la primera experiencia de la Renovación en la Iglesia Católica.

c) Elementos que caracterizan a la Renovación Carismática:

En cuanto a los elementos que caracterizan positivamente a la R.C.C. encontramos que el primero que aparece con claridad es que se trata de una “experiencia” de la presencia de Dios en la realidad de la vida de los hombres, como algo efectivo y concreto, y no como algo teórico e indefinido.

Esta experiencia implica llegar a “conocer” inicialmente a Dios según el alcance bíblico de este término, es decir, no por una comprensión teológica o formulación doctrinal, pero sí por una vivencia en todas las áreas del ser humano, sensibles, emocionales y espirituales.

Esto es lo que en la Renovación pasará a llamarse el “encuentro personal con Cristo Resucitado”, y es la consecuencia de recibir la primera evangelización o “kerygma” en los “Seminarios de Vida en el Espíritu”, y de vivir la “efusión o bautismo en el Espíritu”.

A través de este “bautismo en el Espíritu” se produce una revalorización de la gracia santificante recibida en el Bautismo, en la Confirmación y en la Eucaristía.

La Renovación Carismática Católica ha redescubierto la práctica de la oración comunitaria, que se desarrolla en los “grupos de oración”, pero la experiencia que se vive en ellos no es un fin en sí mismo, sino que debe impregnar todo el día y todos los actos del cristiano, y no debe limitarse a algunas horas de encuentro semanal en los grupos.

También es importante tener claro que la R.C.C. debe poder ir más allá de la “experiencia”; debe ser una verdadera espiritualidad que comprenda la totalidad del misterio cristiano, aunque poniendo un énfasis especial en la vida en el Espíritu Santo.

Por lo tanto, el “bautismo en el Espíritu Santo” no implica la recepción de algo especial, sino que es un nuevo y poderoso impulso para entrar en una nueva relación con el Espíritu Santo, que posibilitará avanzar hacia una verdadera y profunda conversión de vida.

Otra característica fundamental de la R.C.C. es el surgimiento del sentido y la estructura de la *comunidad cristiana* entre los laicos, entendida como el lugar donde cada uno puede testificar con su propia historia de vida la vivencia de su fe, los cambios que ha producido el Señor en las distintas áreas de su existir, y a su vez, recibe la enseñanza y formación

necesarias, y también puede ayudar a otros a crecer en su fe, según los carismas y ministerios que el Espíritu Santo vaya derramando en los integrantes de la comunidad.

Para terminar la caracterización de la R.C.C., podemos repasar lo que *no es*:

No es simplemente la asistencia más o menos regular a un grupo de oración, o a congresos y asambleas de la Renovación.

Tampoco es solamente estar en una oración comunitaria de “alabanza”, con cantos, batir de palmas, y con intervenciones en lo que se dice durante la oración.

La R.C.C. no tiene su esencia en el aspecto “carismático” o “pentecostal”, en el sentido que el acento no debe ponerse tanto en los carismas extraordinarios y su acción, sino en la totalidad de la vida cristiana, es decir, en la vivencia plena de la rica espiritualidad de la Iglesia, vivida y desarrollada en dos mil años de su historia.

Tampoco la R.C.C. busca “monopolizar” la acción del Espíritu Santo, ni se cree dueña exclusiva de su obrar en la Iglesia de hoy. Es esta una idea demasiado simple e infantil que no puede ser tomada seriamente.

d) Objetivos a cumplir:

Un objetivo que aparece claro en la Renovación Carismática, al producir una apertura nueva, consciente y profunda a la acción del Espíritu Santo, es la santificación de las almas, pasando de la tibieza al fervor espiritual.

Esta santificación personal debe ser llevada a santificar el medio ambiente que rodea al cristiano, de donde surge una fuerte comprensión hacia la *evangelización*, en todas sus formas, variantes y niveles.

Asimismo, la acción renovada del Espíritu Santo que se vive debe tocar también el corazón de la Iglesia Católica, llevándola a una nueva dimensión de apertura a la acción plena del Espíritu Santo.

e) Frutos a esperar:

Son muchos los frutos que deberían surgir en aquellos que se sumergen realmente y sin reservas en la experiencia de la Renovación y perseveran en ella, buscando avanzar más.

Es fundamental el examen atento de estos frutos, pues el mismo Jesús nos enseñó el mejor criterio de discernimiento de la acción del Espíritu Santo: *“Por los frutos se conoce el árbol bueno del árbol malo”* (Mt. 7,16-20).

En el pensamiento de todos los líderes de la primera hora de la R.C.C. podemos encontrar expresada la esperanza, y porque no la convicción, de que la Renovación mostrará los siguientes frutos:

- * Un conocimiento de Dios basado en la “experiencia” de su presencia y su acción en la vida del creyente.
- * Será saciado el hambre y el anhelo de Dios del hombre de hoy.
- * Se tendrá un mucho mejor conocimiento de la Persona del Espíritu Santo y de su acción en la santificación de los cristianos.
- * Se obtendrá una entrega personal sin condicionamientos a la guía y conducción del Espíritu Santo, con apertura y docilidad a captar y seguir sus mociones e inspiraciones.
- * Habrá un crecimiento en el amor de Dios, o virtud de la caridad, que llevará a un mayor amor a la Iglesia, a los santos, a la Virgen María, y, en especial, al prójimo, sin distinciones ni acepción de personas.
- * Se tendrá un mayor sentido y vivencia de las devociones tradicionales de la Iglesia, en especial las Marianas.
- * Se vivirá un nuevo despertar a la vida sacramental más plena, en especial respecto a la Reconciliación y la Eucaristía.
- * Habrá una revalorización de la riquísima herencia cristiana y de los valores espirituales católicos.

f) Metodología a emplear:

En cuanto a la “metodología” que emplea la R.C.C. para ir tratando de cumplir los objetivos que la llevarán a la obtención de sus fines según lo señalado en los puntos anteriores, está basada, obviamente, en dos elementos principales: *la predicación de la Palabra de Dios y la oración*. A estos elementos principales se les agrega *el testimonio en la comunidad*.

Se parte desde un punto donde, en estos aspectos, no existe casi nada en los llamados “católicos por tradición”, o “católicos de nombre”. Los católicos adultos no reciben en su gran mayoría otra formación que los sermones dominicales en las misas, y su experiencia en oración se reduce por lo general al rezo, en lo personal y en la liturgia comunitaria.

Por otra parte se asume en general en la Iglesia, que los católicos que han recibido el Bautismo y la Confirmación están abiertos a la acción del Espíritu Santo y viven la vida espiritual, lo cual sólo es cierto en una mínima expresión en la mayoría de los bautizados.

Por lo tanto, el llamado “ministerio de la Palabra” aparece como el primer medio fundamental de la R.C.C.. Este ministerio se ejerce según dos fases sucesivas bien diferenciadas. La primera fase o *evangelización básica*, consiste en el anuncio del kerygma, que se basa en dar a conocer como puntos básicos, en forma “vivencial” o “experiencial”, la Persona de Jesús, Jesús que ha muerto por nosotros, Jesús resucitado, Jesús ascendido al cielo y glorificado, de todo lo cual el cristiano es testigo. De aquí resulta un reconocimiento explícito y consciente de que Jesús es nuestro Señor y Salvador.

Esta evangelización básica debe llegar tanto a los no cristianos como a los bautizados en los que la fe no se ha desarrollado.

En la práctica esta evangelización se lleva a cabo en los “Seminarios de Vida en el Espíritu santo”, que se dan en los grupos de oración y en las comunidades de la Renovación, que culminan con el “bautismo en el Espíritu”.

Luego viene la segunda fase, que es la enseñanza para el crecimiento espiritual o catequesis renovada, que deberá llevar gradualmente al creyente a un mayor conocimiento de Dios Trinidad, de Aquel de quien ha tenido una experiencia concreta.

Este “conocimiento” implica avanzar en la fe por el poder y la luz del Espíritu Santo, penetrando en los grandes misterios de la vida cristiana, con la orientación clara que lleve a comprender la enorme riqueza y poder que el cristiano ha sido depositario con la Redención de Jesucristo al recibir la gracia santificante en el bautismo, y como debe hacer para poner plenamente en acción las nuevas facultades sobrenaturales recibidas.

Esta enseñanza para el crecimiento posterior a la primera evangelización debe producir un verdadero cambio en la mente o inteligencia, y en el corazón o voluntad, llevando a adquirir un nuevo modo de pensar, sentir y amar, según “los mismos sentimientos que Cristo” (Filip. 2,5).

También es importante presentar en la enseñanza en forma explícita y abierta la figura de la Virgen María, cuya profunda acción en la salvación del creyente ha sido querida por Dios Trinidad, no como instrumento necesario, pero sí por el beneplácito de Dios, y no puede ser descuidada por aquellos que buscan realmente el crecimiento espiritual hacia la santidad.

Los formadores que impartan esta enseñanza solamente lograrán transmitirla a través del estudio, la reflexión, la lectura, la meditación de la Palabra, la oración y la contemplación.

Precisamente la oración, en especial la experiencia comunitaria de la misma, es la otra base fundamental de la metodología de la Renovación Carismática.

El avance hacia grados de oración que estaban casi extinguidos entre los laicos ha sido una característica saliente desde el inicio de los grupos de oración de la Renovación.

Se ha redescubierto entre los fieles católicos el sentido de “orar en el Espíritu”, y, en la oración comunitaria, han florecido los carismas propios de las asambleas de oración cristianas de los comienzos: el don de lenguas, la profecía, la alabanza, entre otros.

g) Peligros que se deben enfrentar:

También se fueron reconociendo desde el comienzo de la Renovación Carismática las posibilidades de ciertos peligros que podían cernirse sobre los incipientes grupos de oración y comunidades. Los más notorios los tenemos aquí resumidos:

Dado que hay una clara orientación experiencial en la Renovación, hay que evitar quedarse solamente en esa experiencia, sino que es necesario crecer y afianzarse en una formación espiritual integral.

Hay que evitar que solamente se desarrolle una piedad individualista centrada en las “sensaciones”, “experiencias”, “visiones” y “vivencias fuertes” de la oración. Para esto ayuda muchísimo la integración a una comunidad o grupo, donde la persona sea ayudada a perseverar y avanzar desde la experiencia inicial a un verdadero crecimiento interior.

Es fundamental también no quedarse con un esquema pentecostal no católico, centrado en el hablar en lenguas y en la manifestación de los carismas extraordinarios, sino que como ya decía Kilian McDonnell en el año 1972 (Capítulo 2):

“Antes que sea tarde, los Católicos Carismáticos tienen que reconsiderar la espiritualidad carismática dentro del amplio cuadro de la tradición católica”.

La formación y la enseñanza basada en la doctrina sólida de la Iglesia, aplicada a la vida diaria del creyente, evitará las desviaciones y errores que ya han ocurrido en la Iglesia, como el iluminismo rebelde a la jerarquía, el orgullo elitista que separa y que no une a la comunidad, y el fundamentalismo de interpretaciones subjetivas de la Palabra de Dios, alejadas del Magisterio de la Iglesia.

No se debe buscar el éxito fácil e ilusorio de hacer que muchas personas se conviertan al Señor, lo conozcan, y luego queden “flotando en el aire”, abandonados a la reiteración de una experiencia inicial que se va agotando en sí misma, si no es edificada sobre un fundamento de doctrina sólida.

Como sostiene el artículo del P. Navarro (ver Capítulo 2) *“toda renovación abortará o se desviará en errores y cismas, como sucedió con todos los brotes carismáticos en la historia de la Iglesia, si no se asegura una seria y sólida enseñanza”.*

Hemos así tratado de sintetizar, en una forma más o menos sistemática, la visión de los líderes de los primeros años de la Renovación Carismática Católica, lo que nos servirá como elemento de trabajo importante para plantearnos más adelante un análisis del cumplimiento de esta visión hoy, año 2005, treinta y ocho años después del comienzo.

La Renovación Carismática Católica hoy.

Vamos a pegar un salto imaginario a través del tiempo de unos veinte años, desde la década de los setenta hasta fines de la de los noventa, para tratar de captar la visión actual que se tiene en la Renovación Carismática sobre sí misma.

Vamos a utilizar para ello dos documentos “oficiales”, aprobados por la Santa Sede, a través del Pontificio Consejo para los Laicos, referentes a la Renovación Carismática Católica.

A) Los estatutos del Servicio Internacional de la Renovación Carismática Católica:

En el año 1978 se creó un Consejo y una Oficina Internacional (ICCRO) bajo la dirección del Cardenal Joseph Suenens, que se estableció primero en Bruselas, Bélgica, y luego pasó a Roma, Italia.

El objetivo del ICCRO fue el de impulsar la Renovación Carismática Católica a nivel mundial, promoviendo la comunicación y cooperación entre los distintos organismos de la Renovación Carismática a nivel internacional, y a su vez se constituyó en canal “oficial” de comunicación con la Santa Sede.

A principios de la década del noventa el ICCRO elaboró sus Estatutos, presentándolos a la Santa Sede para solicitar el reconocimiento pontificio. Dichos Estatutos fueron rigurosamente estudiados por varios canonistas y teólogos del Vaticano, les realizaron algunas observaciones, y finalmente fueron aprobados el 8 de julio de 1993. El 14 de septiembre de 1993 la Santa Sede, a través del Pontificio Consejo para los Laicos emitió un Decreto reconociendo al ICCRS (Servicio Internacional de la Renovación Carismática Católica) como “un cuerpo para la promoción de la Renovación Carismática Católica con una personería jurídica”.

Los estatutos del ICCRS comienzan con un Preámbulo, cuya primera parte se refiere a lo que es y lo que no es la R.C.C., y fija cuáles son sus objetivos. Veamos su contenido:

“ I. La Renovación Carismática Católica es un movimiento mundial, pero no uniforme, ni unificado. No tiene un fundador particular, ni un grupo de fundadores como muchos otros movimientos. No tiene listas de miembros participantes.

II. La Renovación es una reunión muy diversa de individuos, grupos y actividades, con frecuencia del todo independientes unos de otros, en diferentes grados y modos de desarrollo y con diversos énfasis, y sin embargo participan de la misma experiencia fundamental y persiguen los mismos objetivos generales.

Este modelo de relaciones sumamente flexibles se encuentra a nivel diocesano y nacional, como también a nivel internacional. Tales relaciones se caracterizan muy frecuentemente por su libertad de asociación, diálogo y colaboración, más que por su integración o por una estructura organizada.

El liderazgo se caracteriza más que como gobierno, como un ofrecimiento de servicio para aquellos que lo desean.

III. Los objetivos centrales de la Renovación Carismática Católica o Renovación Pentecostal Católica, como también se la llama, consisten en:

- 1. Promover una conversión personal, madura y continua, a Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.*
- 2. Propiciar una apertura decisiva hacia la persona del Espíritu Santo, su presencia y su poder.*

Con frecuencia estas dos gracias espirituales se experimentan a la vez en lo que se llama, en diferentes partes del mundo:

*“Un bautismo en el Espíritu Santo”,
o “un dejar actuar libremente al Espíritu Santo”,
o “una renovación del Espíritu Santo”.*

Ordinariamente por ello se entiende una aceptación personal de las gracias de la iniciación cristiana y un recibir fuerza para poder realizar el propio servicio personal en la Iglesia y el mundo.

3. Fomentar la recepción y el uso de los dones espirituales (carismas), no solamente en la Renovación Carismática sino también en la Iglesia entera. Estos dones, ordinarios y extraordinarios, se encuentran abundantemente en laicos, religiosos y clérigos. Su justa comprensión y uso correcto, en armonía con otros elementos de la vida de la Iglesia, son una fuente de fuerza para los cristianos en su camino hacia la santidad y en el cumplimiento de su misión.

4. Animar la obra de evangelización en el poder del Espíritu Santo, incluyendo la evangelización de quienes no pertenecen a la Iglesia, la re-evangelización de cristianos de nombre, la evangelización de la cultura y de las estructuras sociales. La Renovación promueve especialmente la participación en la misión de la Iglesia, proclamando el evangelio con palabras y obras, y dando testimonio de Jesucristo mediante la vida personal y aquellas obras de fe y justicia a las que cada uno está llamado.

5. Impulsar el crecimiento progresivo en santidad, a través de la correcta integración de estos dones carismáticos con la vida plena de la Iglesia. Esto se realiza mediante la participación en una rica vida sacramental y litúrgica, el aprecio por la tradición de la oración y la espiritualidad católicas, la progresiva formación en la doctrina católica guiada por el Magisterio de la Iglesia, y la participación en el plan pastoral de la Iglesia.

Los objetivos y los proyectos que de allí dimanaban han marcado a la Renovación Carismática Católica en los individuos, los grupos de oración, las comunidades, los equipos de servicio locales, diocesanos y nacionales, y los ministerios.”

Vamos a hacer algunos breves comentarios sobre el contenido de estos estatutos, que implican una visión “oficial” de la Renovación Carismática. En primer lugar, la Renovación es caracterizada como “un movimiento mundial”, aunque se reconoce que no tiene ni fundador ni listas de miembros participantes.

La Renovación se caracteriza por la agrupación de individuos diversos en los llamados “grupos de oración” donde se expresan acentos y características bastante diferentes unos de otros, pero unidos por una experiencia fundamental, la experiencia del Espíritu Santo, y con similares objetivos generales.

El documento también señala algo muy característico de la Renovación Carismática: el liderazgo en los distintos niveles, desde los grupos de oración hasta las organizaciones internacionales, no es tanto un gobierno jerárquico, sino la prestación de un servicio a los demás.

Es muy claro el Preámbulo en cuanto a los objetivos de la Renovación Carismática, que se resumen en cinco principales:

“1º. Promover una conversión personal, madura y continua, a Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.”

La palabra “conversión” tiene un sentido de mutación, de cambio de una cosa a otra, y en el lenguaje militar significa un cambio de frente en la marcha de una formación de soldados. En la vida del cristiano implica cambiar su orientación, dejando de estar concentrado en las cosas del mundo y en sí mismo, para buscar realmente y sinceramente a Jesucristo, reconociéndolo como Señor y Salvador.

Usualmente esta conversión se inicia a partir del llamado “encuentro personal con Cristo resucitado”, que es consecuencia por lo común de la vivencia de la experiencia fundamental de la Renovación Carismática, que se describe en el siguiente punto.

“2º. Propiciar una apertura decisiva hacia la persona del Espíritu Santo, su presencia y su poder.”

Se plantea en este objetivo una doble apertura al Espíritu Santo: al conocimiento de su Persona divina, y a la acción y dinamismo de su poder.

Esta apertura se produce al vivir la experiencia fundamental de la R.C.C., que aquí se denomina de tres maneras equivalentes: “un bautismo en el Espíritu Santo”, “un dejar actuar libremente al Espíritu Santo” o “una renovación del Espíritu Santo”.

También se la define con mucha precisión: “es una aceptación personal de las gracias de la iniciación cristiana, y un recibir fuerza para poder realizar el propio servicio personal en la Iglesia y en el mundo”.

Por lo tanto, es una experiencia espiritual, que no implica recibir un nuevo sacramento, sino liberar todo lo recibido en la iniciación cristiana. El tercer objetivo se refiere a los carismas del Espíritu Santo:

“3º. Fomentar la recepción y el uso de los dones espirituales (carismas), no solamente en la Renovación Carismática, sino también en la Iglesia entera.”

Se aclara muy bien que esto no se refiere específicamente a los carismas extraordinarios propios de las asambleas de oración, como los del don de lenguas, profecía, oración de sanación o liberación, sino a todos los carismas, ordinarios o no, necesarios para la vida entera de la Iglesia.

Estos tres primeros puntos se refieren a objetivos que buscan fomentar lo que denominaríamos los “medios” característicos de la Renovación Carismática, mientras que los dos últimos puntos especifican más las consecuencias o frutos a obtener:

“4º. Animar la obra de evangelización de quienes no pertenecen a la Iglesia, la re-evangelización de cristianos de nombre, la evangelización de la cultura y de las estructuras sociales.”

La Renovación Carismática está llamada en primer lugar a volcar lo que recibe del Espíritu Santo en la llamada “primera evangelización”, o anuncio del “kerygma apostólico”, dirigido no sólo a los que no pertenecen a la Iglesia, sino a los “cristianos de nombre”, a los bautizados por tradición que no han vivido quizás más que muy superficialmente la acción de la gracia recibida en el bautismo.

“5º. Impulsar el crecimiento progresivo en santidad, a través de la correcta integración de estos dones carismáticos con la vida plena de la Iglesia.”

Aquí viene la segunda etapa, después de haber recibido la evangelización primera, y haber vivido la experiencia del “bautismo en el Espíritu Santo”, con la consiguiente apertura a la persona y acción del Espíritu: el avance hacia una verdadera santidad.

Se enuncian claramente los medios a utilizar para lograr este crecimiento progresivo en santidad: una rica vida sacramental y litúrgica, el aprecio y la vivencia de toda la riquísima tradición católica en la oración y espiritualidad, y una buena formación en la sana doctrina católica, guiada por el Magisterio de la Iglesia.

De esta manera este quinto y último objetivo marca el fin, la meta deseada a la que está llamada la Renovación Carismática, que es la de otorgar un impulso nuevo, poderoso, a los fieles, para avanzar hacia la santidad y guiarlos y ayudarlos en ese arduo y difícil camino.

b) Los estatutos de la Fraternidad Católica de Comunidades y Grupos Carismáticos de Alianza.

El 27 de noviembre de 1995 la llamada “Fraternidad Católica de Comunidades y Grupos Carismáticos de Alianza” recibió el reconocimiento final del Pontificio Consejo para los Laicos como una asociación privada de fieles con personería jurídica.

Las Comunidades de Alianza fueron surgiendo desde los primeros años de la Renovación Carismática, y su característica es que los que participan de ellas van más allá del deseo y acción de reunirse juntos en un grupo de oración para ir creciendo en la experiencia del Espíritu Santo, y avanzan hacia un *compromiso formal*, con objetivos y finalidades, que los une a la comunidad. Esto es lo que se denomina una “alianza”.

Este compromiso tiene variados grados, que van desde la consagración total, pasando por distintas formas de vida en común, según los estados de vida de cada uno, hasta compromisos parciales de dedicación a distintos ministerios y actividades, respetando y obedeciendo a los líderes y pastores de la comunidad.

La “Fraternidad” ha reunido decenas de estas comunidades en todo el mundo, regida por Estatutos, de los cuales vamos a transcribir y luego examinar el artículo 1, que fija la Constitución de la Fraternidad y sus objetivos:

“Artículo 1. Constitución y objetivos.

1.1 La “Fraternidad Católica de Comunidades y Grupos Carismáticos de Alianza” (de aquí en adelante “la Fraternidad”), es una asociación privada internacional de fieles con personería jurídica de acuerdo al Canon 322 del

Código Canónico. La Fraternidad se reconoce como miembro de la Iglesia Católica y de su estructura de acuerdo a los Cánones 298-300, 304-311 y 312-329. La Fraternidad se identifica con la misión salvífica de toda la Iglesia en comunión con el Obispo local y con el Romano Pontífice. Principalmente, a través de su dependencia formal con el Pontificio Consejo para los Laicos, la Fraternidad expresa su unión con el Romano Pontífice.

1.2 El fortalecimiento de los lazos entre la Fraternidad y la Santa Sede reafirma la identidad Católica de la Fraternidad.

1.3 A través del Bautismo, los Cristianos nos incorporamos a Cristo y a su Iglesia, que es su Cuerpo. En varios lugares del mundo, miembros de la Iglesia Católica y Apostólica han expresado su deseo de caminar juntos en el seguimiento a Cristo y en respuesta a Su llamado han formado comunidades de alianza. Una alianza es un compromiso formal de ser miembro de una comunidad participando de su estilo de vida y de su misión. En el centro de tal compromiso está el deseo de crecer en santidad y de ser parte del trabajo apostólico al servicio de la misión de la Iglesia.

1.4 Aquellas comunidades que desean ser admitidas como miembros de la Fraternidad deben dar muestras de defender los objetivos de la Fraternidad explicitados en los estatutos. Estas comunidades deben también dar evidencia que (a) viven dentro de un estilo de vida comprometido y (b) en una buena relación y entendimiento con la Iglesia local.

1.5 Es deseo de la Fraternidad que sus comunidades miembros se formen de tal manera de crecer en santidad, en su comunión con la Iglesia y en su testimonio apostólico en el mundo. Las comunidades y grupos de alianza de la Fraternidad se esfuerzan para desarrollar estructuras y relaciones que provean el ambiente donde aquellos que son llamados a seguir a Cristo, pueden tener su fe alimentada y consolidada dentro de la Iglesia.

1.6 Los objetivos fundamentales de la Fraternidad son:

(a) Compartir, alentar y consolidar los frutos de la vida cristiana que el Señor a través de su Espíritu ha suscitado en las diferentes comunidades y grupos miembros.

(b) Promover en la vida de la Fraternidad toda la riqueza espiritual de la Iglesia, escucha fiel a la Palabra de Dios, activa participación en la liturgia (especialmente en la vida sacramental de la Iglesia y en particular en la Eucaristía y la Reconciliación), y en los actos de devoción popular (adoración al Santísimo, peregrinaciones, Via Crucis, rezo del Rosario, etc.).

(c) Reafirmar y profundizar la conciencia de ser miembros de la Iglesia Católica y del amor hacia ella, como así también en el vínculo de comunión primario y esencial con ella.

(d) Crecer en conocimiento de la doctrina Católica y garantizar su fiel cumplimiento, particularmente con respecto a la eclesiología constitutiva, la centralidad de los sacramentos y la devoción a la Santísima Virgen María y a los Santos.

(e) Poner especial atención a los acontecimientos importantes de la Iglesia Católica, participando y colaborando en dichos eventos en las maneras apropiadas.

(f) Alentar el compartir las experiencias específicas de vida comunitaria de la Fraternidad con otras comunidades, asociaciones y movimientos de la Iglesia Católica.

(g) Llevar a cabo iniciativas específicas relacionadas con el trabajo de evangelización y de renovación de la Iglesia, de acuerdo a lo que establece el Código Canónico respecto a la autoridad de la Iglesia local.

(h) Alentar el uso de los carismas, dados por el Espíritu, para fortalecimiento y renovación de la Iglesia.

(i) Promover un auténtico ecumenismo en la esperanza de una perfecta unidad y formar a las comunidades miembros de la Fraternidad en el ecumenismo de acuerdo con las enseñanzas, orientaciones y normas de la Iglesia Católica y

(j) Alentar a las comunidades miembros a participar del ecumenismo espiritual y de otras actividades ecuménicas, cuando las circunstancias lo permitan, bajo la guía de la Iglesia local. Las actividades ecuménicas de naturaleza internacional se llevarán a cabo sólo luego de consulta con el Pontificio Consejo para los laicos.”

Vemos que en los puntos referidos a la constitución de la Fraternidad se define qué es una comunidad de alianza: es el deseo de caminar junto a otros en el seguimiento de Cristo, asumiendo un compromiso formal de ser miembro de esa comunidad, lo que implica participar del estilo de vida y de la misión de la misma, es decir, del carisma particular que tenga.

Pero ese compromiso tiene como centro y punto más significativo el *deseo de crecer en santidad*, y también como consecuencia, el ser parte del *trabajo apostólico* al servicio de la tarea misionera de la Iglesia, con la cual se mantiene una estrecha y fecunda *comunión*.

Así queda definido el fin o meta de la Fraternidad; se fijan luego los objetivos fundamentales que se buscará cumplir para alcanzar la meta enunciada.

Estos objetivos tienen relación en primer lugar con todo lo que se refiere a la pertenencia a la Iglesia Católica y a la vivencia de “toda la riqueza espiritual de la Iglesia”, es decir, al desarrollo de una clara identidad católica.

Es de notar como hay muy poco énfasis en el aspecto “carismático”, que se menciona en un solo punto, el (h), de los diez objetivos enunciados.

También se alienta en los objetivos la participación en la “evangelización y renovación de la Iglesia” y en la práctica de un “auténtico ecumenismo”.

A través de la constitución y objetivos de la Fraternidad se distingue, como si fuera una melodía de fondo continua y sin interrupción, la intención de una inserción mucho más profunda y eficaz de las comunidades en la vida y espiritualidad de la Iglesia Católica.

Esto prácticamente está señalado en forma explícita en el punto 1.5: “Las comunidades y grupos de alianza de la Fraternidad se esfuerzan para desarrollar estructuras y relaciones que provean el ambiente donde aquellos que son llamados a seguir a Cristo puedan tener su fe alimentada y consolidada dentro de la Iglesia.”

Tenemos así planteada, a través de estos dos importantes documentos, del ICCRS y de la Fraternidad, lo que sería la visión más actual o “moderna” de la Renovación Carismática. Con todo este material vamos a encarar la parte final de este capítulo.

Análisis del cumplimiento de los objetivos y el fin de la Renovación Carismática Católica.

La pregunta que voy a tratar de contestar ahora es la siguiente: ¿Cómo se han ido cumpliendo los objetivos y las metas de la Renovación Carismática después de treinta y seis años de su aparición?

Obviamente sé que no es una tarea fácil contestar esta pregunta, fundamentalmente porque las expresiones de la Renovación Carismática son multifacéticas, muy diversificadas, con enfoques y realizaciones distintas, aunque, como bien lo puntualiza el Preámbulo del ICCRS, todas tienen “una misma experiencia fundamental y persiguen los mismos objetivos generales”. En ellos vamos a poner el acento en este análisis.

También aquí influye la experiencia personal y la óptica particular de cada uno, y, en mi caso, esto es una limitación clara.

Mis observaciones están basadas en mis dieciséis años de experiencia y participación en la Renovación Carismática de la Argentina, a la que conozco bien. También he tenido bastante contacto e información a nivel internacional a través de mi pertenencia por muchos años a una Comunidad de Alianza integrante de la Fraternidad Católica de Comunidades y Grupos Carismáticos de Alianza.

Por último el otro elemento que me ha ayudado en esta visión es la lectura de libros y revistas internacionales de la Renovación, de América y de Europa.

Así y todo seguramente las conclusiones que vayan surgiendo no dejarán de ser incompletas y no serán aplicables en todos los casos, pero confío que igualmente serán de utilidad para los lectores, que podrán confrontarlas con su propia realidad y experiencia.

Voy a ir analizando el grado de cumplimiento en primer lugar de los objetivos concretos de la Renovación Carismática, para ir llegando finalmente a las metas y fines más generales.

El objetivo más directo de la Renovación Carismática es el de llevar al creyente a una nueva y mucho más consciente apertura a la presencia del Espíritu Santo y a su acción en el alma. Esta apertura se produce como consecuencia de la experiencia fundamental de la Renovación, el “bautismo en el Espíritu”, que es lo que todos los grupos, grandes o pequeños, y comunidades con distintos grados de alianza, guían y ayudan a vivir a los que llegan a ellos.

Sin duda la metodología para llegar al “bautismo en el Espíritu”, a través de los “Seminarios de vida en el Espíritu” se ha desarrollado ampliamente, adaptada a los ambientes y realidades de los más de 125 países donde hoy se conoce la Renovación Carismática.

Se podría decir que este objetivo de “iniciar” a las personas en la vida del Espíritu está muy bien logrado, tomando en cuenta que estimaciones conservadoras hablan de que más de cien millones de católicos han vivido esta experiencia en la Renovación Carismática, y que los grupos y comunidades ya constituidos a lo largo y a lo ancho de la tierra siguen recibiendo día tras día a nuevas personas deseosas de acercarse a la vivencia carismática.

Casi sin excepciones, en todos aquellos que viven realmente la experiencia de la acción del Espíritu Santo se produce *inicialmente* una *conversión* más o menos fuerte hacia la búsqueda de una nueva y distinta forma de vida. Uno se da cuenta de que realmente ha descubierto algo nuevo y muy grande, que de pronto parece ensanchar en forma notable la

visión del sentido de la propia vida, y aún de la historia del mundo, y todo es emoción, excitación, deseo de saber, de penetrar más en un mundo que hasta ese entonces aparecía como algo invisible e ignorado.

Es claro que lo que podríamos llamar con más propiedad *la primera conversión* de las almas, pasando de la vida del mundo y de lo material a una vida de búsqueda de Dios y de lo espiritual, es un objetivo que también se ha ido logrando en forma exitosa en la Renovación Carismática.

También otro de los objetivos claros y explícitos de la R.C.C., que es el de fomentar la recepción de los carismas del Espíritu Santo, y alentar su uso y desarrollo, se ha ido cumpliendo con un gran avance en todos estos años.

Es incontable la experiencia hecha en este campo dentro de los católicos, y hoy son cientos los libros que tratan sobre estos temas, y proliferan dentro de la Renovación todo tipo de seminarios, cursos y encuentros destinados al tema de los carismas, en cuanto a su conocimiento, desarrollo, crecimiento, ejercicio en ministerios específicos, etc.

Como consecuencia del avance en el logro de los objetivos anteriores, también la Renovación Carismática ha dado pasos muy importantes hacia una verdadera “evangelización primera”, que se ha manifestado sumamente fructífera al dirigirse a los llamados “cristianos de nombre”, y, en general, a los bautizados que no vivían más que mínimamente su fe cristiana.

Esta evangelización ha ayudado a muchísimos católicos a descubrir una fe viva, a un “conocer” a Jesús resucitado, a salir de una mera comprensión teológica de Dios para entrar en una vivencia reconocible de su presencia en la vida de cada uno.

Se han desarrollado muchas formas para llegar con esta proclamación primera a las personas, y hay comunidades y grupos “especializados” en la evangelización en la calle y lugares públicos, a través de distintos medios de comunicación masiva, en festivales de música para jóvenes, etc.

El compromiso de muchas personas en la Renovación Carismática para la evangelización ha permitido avanzar realmente muchísimo en este objetivo esencial.

Como consecuencia del cumplimiento que se ha ido dando en los objetivos enunciados, son muchos los frutos que se advierten claramente en la Renovación Carismática. Desde ya, está el conocimiento de Dios Trinidad por una experiencia concreta de la presencia del Padre y de Jesucristo, y la apertura a la persona y acción del Espíritu Santo.

También se da un despertar importante a una nueva y más plena vida sacramental, así como un amor más profundo a la Iglesia, al Papa, y a la Virgen María.

Pero los frutos más “espectaculares” de la Renovación son, sin duda, el redescubrimiento de la vida de oración, tanto la personal, como en especial la comunitaria, y la unión de los cristianos en una verdadera y sincera “comunión”, lo que ha originado las nuevas comunidades, con sus distintos estilos de vida, pero todas dando un testimonio práctico y visible de la fe que anima a sus integrantes.

No son pocos, sin duda, todos estos logros en el cumplimiento de tantos objetivos, pero no debemos quedarnos encandilados con la gozosa visión de todos estos aciertos, basados ciertamente en la apertura, docilidad y disponibilidad a la dirección del Espíritu Santo, sino que debemos mirar con detenimiento para descubrir las cosas que todavía representan “materias pendientes” en la R.C.C.

Dios es perfección infinita y plenitud, y nunca habrá un “techo” que se pueda alcanzar en la vida espiritual, que es compartir la misma vida de Dios, ya que siempre va a haber mucho más para descubrir y avanzar.

Si examinamos los objetivos y fines de la R.C.C. que sintetizamos al principio de este capítulo, tanto los discernidos en la primera hora, como los más actuales, vamos a encontrarnos con dos aspectos importantes en los que tenemos que detenernos para analizarlos con mucho cuidado.

El primero de ellos se refiere a la visión tan clara que tuvieron los primeros líderes de la Renovación en cuanto a que sostenían enfáticamente que la Renovación Carismática no debía quedarse en el propósito de ser un movimiento más en la Iglesia, sino que estaba destinada a renovar toda la vida cristiana en el poder del Espíritu Santo, por lo que debía insertarse decididamente en la espiritualidad y actividades de la Iglesia.

Después de cuarenta años, la Renovación Carismática Católica se ha transformado precisamente en un movimiento de la Iglesia, aceptado ya casi sin reservas en la mayoría de los países por los obispos, con un gran desarrollo propio, pero también con una identidad propia que no se “mezcla” en mayor medida con el resto de las actividades tradicionales de la Iglesia.

Justamente los estatutos del ICCRS que comentamos en el punto anterior definen a la R.C.C. como un “movimiento mundial”, aunque sin fundadores ni listas de participantes.

La Renovación Carismática, a través de sus grupos de oración, se encuentra insertada en la vida de un buen número de parroquias católicas de todos los países, pero en la mayoría de ellas siguen siendo “los carismáticos”, tolerados por los miembros de otras agrupaciones y movimientos de la parroquia, y aún vistos con simpatía, pero con actividades y vida espiritual aparte, con características propias, de lo que en general los demás integrantes de la parroquia no entienden mucho de que se trata, ni tienen gran interés en saberlo.

Tampoco, en general, se los denomina tanto como “locos”, pero ciertas cosas como el hablar en lenguas, o el “descanso en el Espíritu” siguen produciendo desconfianza y recelo en muchos lugares.

Podemos decir, entonces, que la R.C.C. por un lado se ha ido insertando en muchísimas parroquias en prácticamente todas las partes del mundo donde se practica el culto católico, pero se ha mantenido en general como un movimiento más dentro de la Iglesia.

Se ha ido acentuando y afirmando su característica “pentecostal o “carismática”, que define y diferencia a la Renovación Carismática de otros movimientos de la Iglesia, lo que implicó, de alguna manera, el desarrollo de una “espiritualidad carismática”.

Esta diferenciación se advierte incluso al mismo nivel de las misas, con el surgimiento de las llamadas “misas carismáticas” o “misas de sanación”, que son oficiadas por sacerdotes pertenecientes a la Renovación Carismática, y se distinguen de las misas tradicionales por la alabanza bullanguera, por cantos en lengua, por oraciones de sanación interior y sanación física, por las profecías, por los “descansos en el Espíritu” y por otros aspectos derivados de las vivencias de los grupos de oración carismáticos.

Queda así bastante claro que la visión de los primeros líderes de la Renovación Carismática, en cuanto a que ella debía ser menos “carismática” y más “católica”, y que debía insertarse con profundidad en la espiritualidad y vida de la Iglesia, llevando una renovación de la vida cristiana en el poder del Espíritu, no ha evolucionado, sino que se ha ido afirmando lo contrario, es decir, una Renovación como un movimiento aceptado y muy fuerte en la Iglesia, pero movimiento al fin, diferenciado y con características propias.

Podemos hacernos varias preguntas ante esta conclusión: ¿Hubo una visión inicial equivocada en la Renovación Carismática Católica? ¿Es bueno que se haya dado esta evolución hacia un movimiento firme y estructurado dentro de la Iglesia? ¿Cuáles fueron las razones para que esto ocurriera?

Las respuestas a estas preguntas las buscaremos más adelante, porque van unidas a un segundo aspecto importante en cuanto al cumplimiento de los objetivos de la R.C.C. que vamos a tratar a continuación.

Encontramos ya desde la primera comprensión de sí misma que tuvo la R.C.C. un fin bien definido, que inicialmente se planteó como “el alcanzar la plenitud de la vida en el Espíritu Santo, con el ejercicio pleno de los dones y carismas del Espíritu”, lo que implica claramente avanzar hacia la *santidad*, “plenitud de la vida cristiana” como la define el Concilio Vaticano II.

Este fin es muy explícito en los estatutos del ICCRS que ya vimos, en el punto 5 de los objetivos de la R.C.C.: “Impulsar el crecimiento progresivo en santidad, a través de la correcta integración de estos dones carismáticos con la vida plena de la Iglesia”.

También la Fraternidad Católica de Comunidades y Grupos Carismáticos de Alianza es muy clara al respecto en sus propios Estatutos: “Es deseo de la Fraternidad que sus comunidades miembros se formen de tal manera de crecer en santidad, en su comunión con la Iglesia y en su testimonio apostólico en el mundo”.

Por lo tanto no hay ninguna duda que el avanzar hacia la búsqueda de un crecimiento en la santidad ha sido prácticamente uno de los fines últimos de la R.C.C. desde el principio hasta nuestros días.

¿Qué se puede decir al respecto del cumplimiento de esta meta? ¿Qué difícil es la respuesta! ¿Cómo saber con cierta certeza en cuantas almas ha sido encendida realmente la llama pura de la santidad de vida?

Evidentemente no se puede afirmar, pero no obstante esto tenemos que poder encontrar alguna orientación que nos permita evaluar este punto, y apelamos nuevamente a la enseñanza del Maestro, del mismo Jesús, y Él nos dice que “el árbol bueno por sus frutos se reconoce”.

La santidad de vida necesariamente produce frutos, y estos frutos son el reflejo externo, diríamos, de lo que existe en el interior del alma santa.

A lo largo de toda la historia de la Iglesia, viendo como fue la vida de los santos reconocidos y canonizados, vamos a encontrar que en ellos, a pesar de las grandes diferencias en cuanto a sus llamados y sus obras, hubo dos características comunes: la primera es que no pasaron desapercibidos, aún pesa a sus esfuerzos a veces para no ser notados.

El “olor a santidad” no se puede evitar, se esparce y se hace notar alrededor del santo, aunque no esté haciendo nada, porque se desprende simplemente de su presencia.

La otra característica es que el santo necesariamente produce cambios en su entorno, ya sea pequeño o más extenso.

El santo no puede evitar influir sobre el mundo que lo rodea, tanto por su ejemplo y testimonio de vida, en oposición en general a lo que está a su alrededor, que lleva a otros a querer imitarlo y seguirlo, como por llevar a cabo algún tipo de misión que Dios le ha encomendado, materializada en una obra concreta, como fundar órdenes religiosas, sentar principios teológicos inspirados como lo hicieron los doctores de la Iglesia, realizar obras particulares de caridad y misericordia, ser voces proféticas dentro de la Iglesia, escribir libros ejemplares y útiles para el crecimiento espiritual, desarrollar todo tipo de obras de evangelización, etc.

La acción del santo influye en forma más o menos profunda y notoria en la vida de la Iglesia de su época y deja huellas permanentes.

La Iglesia comienza a partir del derramamiento del Espíritu en Pentecostés, con ciento veinte discípulos y apóstoles que avanzaron por un camino de santidad movidos por el Espíritu Santo. Dentro de la Renovación Carismática Católica se ha dicho y repetido una y otra vez que esta experiencia que se vive del Espíritu Santo en ella es “Pentecostés hoy”.

Pensemos que después del Pentecostés histórico, esos ciento veinte hombres, más las mujeres que estaban con ellos, junto a la Virgen María, salieron al mundo, y con todas las limitaciones de comunicación de la época lograron impregnar y transformar, hasta convertirlo al cristianismo, al vasto Imperio Romano, pagano y cruel perseguidor de esos cristianos.

Hoy sabemos que probablemente más de cien millones de católicos han vivido la experiencia del “bautismo en el Espíritu”, definido en la Renovación como “Pentecostés hoy”, y entonces surge fuertemente una pregunta: ¿Por qué no se nota ya una profunda transformación, no sólo en la Iglesia Católica, sino también en el mundo, más aún si tomamos en cuenta los medios de comunicación masiva de los que hoy se dispone?

Se podrá decir que solamente han pasado treinta y ocho años, pero esto implica prácticamente el paso de toda una generación de personas.

Si de estos cien millones de católicos renovados, aunque sea hubiera avanzado hacia una santidad efectiva el uno por ciento, tendríamos hoy un millón de santos diseminados por todo el mundo. ¿No sería esto realmente notorio? Sin embargo no lo es.

Ante esta realidad sólo encontramos dos posibilidades para explicarla: o los santos de hoy tienen características que los hacen pasar totalmente desapercibidos, lo cual sería contradictorio respecto a lo que ha sido la santidad en la historia de la Iglesia, o en realidad no se ha producido todavía esa evolución hacia la santidad, al menos dentro del actual contexto general de la Renovación Carismática.

Por lo tanto parecería que este objetivo, que es prácticamente uno de los fines últimos de la Renovación Carismática Católica, todavía no ha sido alcanzado. Si admitimos esto, tenemos a su vez que tratar de discernir si es que no se ha alcanzado pero se está en camino de llegar a él, o hay algún estancamiento o desvío que lo está demorando o impidiendo de alguna manera.

Como es lógico pensar, el hecho de encontrar alguna respuesta fundamentada a todos estos interrogantes sería crucial hoy para la Renovación Carismática, porque tocaría directamente al rumbo que ella debe seguir para tratar de alcanzar los fines que se han discernido y que hacen a las razones por las que fue suscitada por el Espíritu Santo.

CAPITULO 4: DIFICULTADES EN LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA PARA EL CUMPLIMIENTO DE SUS OBJETIVOS.

De acuerdo a lo desarrollado en el capítulo 3, vimos que la gran materia pendiente que hoy todavía le queda a la Renovación Carismática es la de avanzar decidida y concretamente en una búsqueda de una santidad firme y crecida, que realmente transforme de manera radical la vida de quienes experimentan esta conversión profunda, no acomodándose ya al mundo presente sino transformándose mediante la renovación de su mente humana, llegando a distinguir y conocer con claridad la voluntad de Dios para sus vidas y para su tiempo (Cf. Rom. 12,2).

¿Por qué existe esta dificultad? Sin duda alguna no es porque no se tenga claro en la Renovación este objetivo de buscar la santidad, que se ha proclamado y levantado como bandera una y otra vez a lo largo de los cuarenta años de vida de esta “corriente de gracia”.

La raíz de este problema está en otro aspecto, *en no tener claro cuál es el camino y el modo práctico de avanzar hacia la santidad, una vez que se ha producido en la persona la apertura a la acción del Espíritu Santo.*

Sin embargo, si prestamos atención a la profusa información existente en las obras de teólogos referentes a la llamada “Teología Ascética y Mística”, en cuanto al contenido y desarrollo de la verdadera vida cristiana, cuya plenitud es la santidad, y cuál es el camino a recorrer para avanzar hacia ella, utilizando los medios que Dios ha puesto a nuestro alcance, vemos que a lo largo de estos dos mil años de cristianismo la Iglesia, en su evolución teológica, unida a la vivencia experimental de tantos santos, ha ido marcando claramente cuál debe ser la interacción entre el esfuerzo del hombre y la gracia que Dios le hace disponible, a fin de avanzar en el crecimiento de la vida espiritual y alcanzar en algún momento, si persevera, una santidad madura y permanente.

Por lo tanto resulta muy evidente que la dificultad que hoy subsiste en la Renovación Carismática para avanzar más en la búsqueda de la santidad tiene su raíz en el divorcio que existe entre la “nueva” experiencia carismática y el gran tesoro tradicional de la Iglesia, en cuanto a la “vieja” teología mística y todo lo que ella enseña respecto al camino de la perfección cristiana.

Sin embargo, este alejamiento de la R.C.C. de considerar el “viejo” camino tradicional de la vida espiritual, básicamente por un desconocimiento y falta de interés en el mismo, no es privativo de la Renovación, sino que es algo inherente a gran parte de los diversos estamentos y realidades que conforman nuestra Iglesia Católica contemporánea.

No podemos menos que abordar este fenómeno en el contexto de la Iglesia en general, si queremos entender porque se manifiesta puntualmente también en la Renovación Carismática.

La Teología Ascética y Mística tuvo un desarrollo que fue acompañando el mismo desarrollo histórico de la Iglesia.

Los Padres Apostólicos, es decir, aquellos que escribieron en los principios de la Iglesia y que tuvieron algún trato directo con los primeros apóstoles y discípulos de Jesús, como San Ignacio de Antioquia, San Clemente Romano, San Policarpo, Papias, etc., ya avanzaron en la exaltación de la práctica de las virtudes cristianas, en especial de las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, todo enmarcado por la vivencia común de la persecución y del martirio, como expresión de la verdad de Dios vivida hasta las últimas consecuencias.

A partir del siglo II encontramos que se va delineando la doctrina ascético-mística cristiana, a partir de escritores como Orígenes, Clemente de Alejandría, San Gregorio de Niza, San Juan Crisóstomo y otros, y se alcanzará la cumbre de esta época con san Agustín.

Se habla de la vida espiritual como de una ascensión (ascesis) continua, a partir de la renuncia a sí mismo, hasta llegar a la iluminación interior o conocimiento de Dios, que llega al hombre que se va purificando por la misma acción profunda de Dios.

Será San Agustín que desarrollará la importancia y la necesidad de la gracia de Dios, y hablará de la perfección cristiana como la perfección de la caridad.

Un vuelco fundamental en la vida cristiana se producirá con la conversión del vasto Imperio Romano al cristianismo, durante el siglo tercero de nuestra era, proceso que comienza con la conversión al cristianismo del Emperador Constantino.

Comenzará a partir de allí una distinción entre los cristianos que se mantendrá hasta nuestros días: están los fieles *laicos* o *seglares*, y los *consagrados*, que con el advenimiento del monacato se dividirán entre los *sacerdotes*, que constituirán la jerarquía de la Iglesia, y los *religiosos* y *religiosas*, que adoptarán una vida de renuncia al mundo y una consagración de sus vidas a Dios.

Precisamente el surgimiento del monacato cristiano se produce en Oriente, especialmente en Egipto, a fines del siglo III y principios del IV con sus dos formas de vida principales, los *anacoretas*, que vivían solitariamente en las ermitas en el desierto, y los *cenobitas*, que se agrupaban en monasterios con una vida en común sujeta a reglas estrictas. Pero ambas formas de monacato tenían en común una característica principal, que consistía en apartarse del mundo, en dejar todo lo que tenían, y recluírse para sólo dedicarse a la búsqueda de Dios.

Será entre estos monjes que se irá abriendo camino el concepto de la “contemplación” o estado místico, donde el hombre va avanzando hacia una apertura de su mente a las mociones e iluminaciones directas del Espíritu Santo, después de una larga y a veces muy dura etapa de purificación interior.

Un poco más tarde, en el siglo IV aparece también en Occidente el monacato, que tendrá gradualmente un crecimiento muy grande. La influencia de san Agustín será decisiva, y la doctrina de los monjes occidentales desarrollará aún más la doctrina ascética y mística de los antiguos monjes del desierto oriental.

Un gran exponente del pensamiento y doctrina de los monjes occidentales será Juan Casiano, que vivió a fines del siglo IV y principios del V, quien desarrollará detalladamente la doctrina de la perfección cristiana, definiendo los obstáculos que la impiden, los medios destinados a vencer dichos impedimentos, la práctica metódica de las virtudes cristianas, los grados de la oración, la contemplación o conocimiento espiritual de las Escrituras, etc.

El máximo referente en cuanto al monacato occidental resultará ser, a fines del siglo V, San Benito.

Luego, en la llamada Alta Edad Media, a lo largo de los siglos IX y XI se produce una gran decadencia de la vida espiritual, inclusive en la vida de la Iglesia, con una preponderancia creciente de la ignorancia consecuencia de las invasiones de los pueblos bárbaros.

Será en los siglos XII y XIII que aparecerá un gran refloreamiento de la espiritualidad cristiana, donde San Bernardo desarrollará la doctrina de la unión mística del alma con Dios, y la Teología Mística alcanzará sus más altas cumbres doctrinales con Santo Tomás de Aquino, con la descripción de las líneas fundamentales de la acción de la gracia santificante a través de las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, y la experiencia “sabrosa” de la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma en estado de gracia.

De la influencia de Santo Tomás surgirán muchas “escuelas” de espiritualidad, como por ejemplo la dominicana, a partir de Santo Domingo de Guzmán.

También en esta época aparece una grande y luminosa estrella en el firmamento de la Iglesia: San Francisco de Asís, con su espiritualidad netamente evangélica y llena del amor de Dios.

Más adelante, en los siglos XVI y XVII, con la llamada “escuela carmelitana” que la mística cristiana, sobre todo en su aspecto experimental, basado en la vivencia de la doctrina teórica ya desarrollada, tendrá su máximo esplendor, a través de tantos santos y santas, cuyos mayores exponentes fueron Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Esta escuela tendrá su otra gran estrella más adelante, ya en el siglo XIX, con Santa Teresita del Niño Jesús.

De los siglos anteriores no se puede dejar de mencionar al menos a dos grandes exponentes de la espiritualidad cristiana, que son San Ignacio de Loyola y San Francisco de Sales.

Con el advenimiento de los siglos XVIII y XIX se produce nuevamente un gran retroceso en la vida espiritual, con el surgimiento del iluminismo, de la preponderancia de la razón sobre la fe, y con el materialismo que va avanzando incontenible.

Es una época de confusión en la misma Iglesia, donde la doctrina moral va entrando en un creciente desconcierto.

Se irá desarrollando en estos tiempos, a nivel teológico, un concepto que irá tomando fuerza, y es el que dice que hay dos vías o formas distintas para llegar a la santidad: una vía ascética, y otra mística. La primera se alcanza primordialmente a partir del esfuerzo del hombre, a partir del proceso ordinario del conocimiento, ayudado por la gracia divina, y es accesible a todos los cristianos, mientras que la segunda queda reservada sólo para algunos que reciben unas gracias extraordinarias de Dios para alcanzar las cumbres de la llamada “experiencia mística” o “experiencia contemplativa”.

Quedan así los místicos reducidos a una especie de “bichos raros”, unos pocos privilegiados que reciben gracias especiales de Dios para alcanzar experiencias espirituales que le están vedadas al común de los cristianos.

Encontraremos recién a fines del siglo XIX y principios del XX que se producirá algo conocido como la “restauración” de la Teología Ascética y Mística, que volverá a las fuentes tradicionales, retornando al concepto que todos los cristianos son llamados a la perfección espiritual mediante el desarrollo de las virtudes infusas perfeccionadas por la acción de los dones del Espíritu Santo, en el proceso de la “contemplación infusa” de los misterios de Dios.

Los grandes exponentes de esta restauración serán muchos sacerdotes, entre ellos Juan Arintero, Antonio Gardeil, Reginald Garrigou-Lagrange, Miguel Philipon, Augusto Poulain, Augusto Saudreau, Adolphe Tanquerey y Antonio Royo Marín.

Se retomará el concepto de las tres etapas o vías espirituales que el cristiano debe recorrer en su camino hacia la santidad: vía purgativa o edad de los principiantes, vía iluminativa o edad de los adelantados, y vía unitiva o edad de los perfectos.

A medida que progresa el crecimiento espiritual, avanzando a través de estas etapas o edades espirituales, se va desarrollando cada vez en forma más plena el *nuevo organismo sobrenatural*, injertado en el alma humana por la gracia santificante recibida en el bautismo.

Este organismo divino se compone de las *virtudes cristianas o infusas* y de los *siete dones del Espíritu Santo*, y no se desarrolla por sí mismo, sino que necesita de la colaboración y el esfuerzo de la criatura humana.

La explicación amplia de este tema la encontramos en esta Página en [“La Vida Cristiana Plena, Segunda Parte, Capítulo 2”](#), donde se puede obtener las nociones básicas del mismo.

En la primera mitad del siglo XX hay un gran resurgimiento del interés por la Teología Mística, que se hace fuertemente presente en los seminarios católicos y en las facultades de teología, y llega a los ambientes seculares “cultos”, aunque no tiene repercusión en la gran masa de los fieles católicos.

Pero, después del Concilio Vaticano II, se va perdiendo todo este interés, se va eliminando inclusive este estudio en la mayoría de los programas de los seminarios de formación sacerdotal, y se va abriendo paso con fuerza el concepto que esta teología ascética y mística poco tiene que decir al hombre y a la mujer modernos con sus preocupaciones sociales, ya que implica algo que solamente puede ser vivido por monjes y monjas que se apartan totalmente del mundo y se recluyen en conventos y monasterios.

Así la Teología Ascética y Mística pasa a ser algo que sólo es estudiado en su aspecto teórico a partir de la curiosidad de unos pocos, y que es tratado de vivir en algunas órdenes religiosas que mantienen la tradición de sus fundadores.

La degradación de la vida espiritual en los últimos cincuenta o sesenta años es pavorosa, y entre los fieles católicos “comunes” ya nada se conoce, y menos se vive, de las grandes verdades de la vida espiritual.

Este es el panorama más o menos generalizado que existía cuando surge impetuosamente la Renovación Carismática Católica, y la realidad que ella encuentra, tal como vimos en el capítulo 2 de este libro.

La Renovación Carismática “descubre” nuevamente, como ya vimos, dos importantísimas cosas que parecían ya olvidadas y aún perimidas: la experiencia de la “efusión o bautismo en el Espíritu” y la acción de los carismas extraordinarios del Espíritu Santo, especialmente los relacionados con la oración comunitaria.

A partir de allí la R.C.C. se lanza a recorrer el camino de la experiencia “carismática”, proclamando con decisión el primer anuncio cristiano o “kerygma” y llevando a las personas a la vivencia del Espíritu Santo y la acción de sus carismas.

De alguna manera, frente a la gran “novedad” que se vive, especialmente al experimentar tan fuertemente la experiencia viva de la presencia de Dios en las propias vidas, se tiene la tendencia de pensar que se ha logrado un gran avance en la vida espiritual, lo cual es cierto, y que los frutos de la vida del Espíritu se irán manifestando con intensidad.

Pero, en la práctica, esto no ocurre, y muchas personas así van abandonando la Renovación Carismática e inclusive grupos y comunidades enteras se van disolviendo.

La razón fundamental para que esto suceda es lo que mencionábamos al principio de este capítulo: después de la primera experiencia fuerte del Espíritu Santo, no se tiene claro cuál es el camino práctico para seguir avanzando en la perfección cristiana, utilizando todo el empuje del “bautismo en el Espíritu”, ya que este camino ha sido también “olvidado” en casi toda la Iglesia.

Lo que es muy interesante es que el hecho de que ocurran estos abandonos en la Renovación Carismática y las razones para que ello sea así, ya fueron discernidos y explicados desde los primeros tiempos de la Renovación, aunque esto no fue acompañado por las acciones prácticas para corregirlo.

La R.C.C. ha sido consciente desde los primeros años de su existencia del peligro de quedarse solamente con la experiencia inicial del Espíritu, exuberante y llena de fuego, basada especialmente en la vivencia de los carismas extraordinarios.

Quiero rescatar un artículo publicado en la revista “New Catholic World”, en noviembre de 1975, por el P. Edward O’Connor, miembro del Departamento de Teología de la Universidad de Notre Dame, en Estados Unidos, uno de los pioneros en la teología de la Renovación Carismática, y traducido y publicado en el N° 17 de la revista “Alabaré” de enero-febrero de 1976.

El artículo lleva el significativo título de “Cuando la nube de gloria se disipa”, y plantea ya desde esos lejanos años un problema que sigue siendo muy actual en la R.C.C. Veamos algunos de sus principales conceptos, haciendo los correspondientes comentarios:

“En el 1970 cuando la mayoría de los periódicos y revistas publicaban los sucesos de la década del 60 y preveían las tendencias del 70, apenas se mencionaba la Renovación Carismática. La poca gente que sabía de ésta por lo general reaccionaba con sonrisas de incredulidad y estupefacción. No es éste el caso hoy en día. El movimiento pentecostal es con frecuencia tópico de preguntas por parte de periodistas y eruditos.

Un signo claro de reconocimiento en la misma Iglesia es el hecho de que los obispos están empezando a emitir declaraciones, no meramente alabando el movimiento o previniendo a la gente, pero dando regulaciones para el mismo.

Esta aceptación pública de la Renovación como un suceso que debe ser considerado parece ir paralelo a un desarrollo que se está llevando a cabo dentro del movimiento mismo. La novedad de una nueva empresa está siendo reemplazada por una apariencia conocida, gastada y unos patrones establecidos. Muchos de los que actualmente forman parte del mismo llevan dos o tres años de experiencia. Ya no se reúnen en un espíritu de expectación y asombro; saben muy bien qué esperar. A los nuevos los preparan para el “bautismo en el Espíritu” por medio de un “Seminario de Vida en el Espíritu” ya estructurado. Existen conceptos bien definidos y formas fijas para ministerios como profecía, sanación y liberación que años atrás hubiese parecido algo esotérico.

Por otro lado, hay indicaciones de que existe una creciente preocupación o un desencanto con la Renovación. Parte de esto es ocasionado precisamente por la organización progresiva y la estructuración. Otra parte se debe a errores cometidos o personas que han sido heridas. Está creciendo el número de los que después de haber tomado parte en los círculos de oración carismáticos, abandonan los mismos, así como grupos que existieron por un tiempo han fracasado.

Tal desarrollo indica que el movimiento está entrando en una nueva fase de su existencia, que yo considero es importante tratar de entender.

El autor plantea en esta primera parte un fenómeno observado en los inicios de la Renovación, en grupos que llevan ya al menos dos o tres años de formados, y que sigue produciéndose hoy en la mayoría de los grupos de oración luego de un tiempo que se han iniciado.

Sucede que toda la expectativa y el asombro de los principios, donde se vivió la experiencia del Espíritu y la vivencia que cada uno tuvo al recibir el “bautismo en el Espíritu”, junto al descubrir y experimentar la acción de los carismas, va dando paso al servicio de estos “carismáticos experimentados” a preparar a los neófitos para que vivan la misma experiencia, en una forma estructurada y sobre bases conocidas.

El que al principio fue “servido” por otros, se transforma en un “servidor”, y muchas veces ocurre que a partir de allí su expectativa espiritual tiene un traslado desde lo que esperaba “recibir” al principio, hasta lo que ahora viene a “dar”, y poco a poco corre el peligro de transformarse en lo que yo llamo un “servidor profesional”, muy eficiente en sus actividades de servicio a los demás, pero que con el tiempo va vaciándose interiormente, ya que no espera nada nuevo que lo sacuda en su vida espiritual, y va transitando por un camino ya bien conocido.

Esto hace que, como explica el P. O’Connor, muchos que han llegado a la R.C.C. después de un tiempo la abandonan, o también grupos enteros se disuelven.

El autor contempla una razón para que se produzca este fenómeno:

“Un enfoque sería decir que el movimiento ha perdido su primer entusiasmo y se está enfrentando a la prueba de si ha de tener un efecto duradero o si se evaporará como muchos avivamientos del pasado.

Hay cierta verdad en este punto de vista que recalca uno de los problemas serios de la Renovación en el momento actual. Hay gente que en una explosión inicial de generosidad aceptaron pesadas responsabilidades de liderazgo, testificando, aconsejando, etc. Pero luego se dieron cuenta que la carga es pesada y se están cansando. Esto es un problema inevitable en una empresa que depende de generosidad y sacrificio. Pero esto no presenta un peligro inminente para la continuación de la Renovación, la cual ha establecido una base lo suficientemente amplia y unas estructuras lo suficientemente firmes que aseguren su perpetuidad por largo tiempo, aún existiendo en una forma más institucionalizada.

Tal evaluación, sin embargo, no toma en consideración la naturaleza peculiar de la Renovación Carismática, cuya característica es engendrar cristianos entusiastas. Para un movimiento entusiasta perder su entusiasmo equivaldría a la muerte. Cuando una actividad inspiracional es perpetuada por una institución, ¿es esto perpetuación o estrangulación? Hay muchos historiadores que creen que esto fue lo que ocurrió a la Iglesia primitiva. Muchos ven la misma secuencia

repetida en la historia de movimientos de renovación, avivamiento y reforma surgidos más tarde, tales como el Luteranismo, el Metodismo, el Movimiento de Santidad, y ya se ve en algunas denominaciones pentecostales modernas. Sería de poco consuelo para los carismáticos el asegurarles que se están deslizándose inexorablemente hacia el mismo patrón.

Esto explica por qué hay entre los carismáticos la tendencia crónica, aunque a la larga inútil, de resistir a toda organización e institución porque apagan el Espíritu.

Es aún más importante que se reconozca que el entusiasmo de los carismáticos no viene de una idea a la cual han sido persuadidos, pero sí de la experiencia de una realidad en la que ellos creen. Ellos han tocado la mano de Dios y han sentido el poder renovador de su amor.

Decirle a tales personas que el movimiento va por el mismo camino que los otros es cuestionar su validez fundamental; significa o que la experiencia total fue una ilusión o que si el Espíritu tuvo alguna vez parte en la misma el contacto con Él ya se está perdiendo. De hecho parece ser precisamente esta deducción la que está moviendo a mucha gente a abandonar la Renovación, y otros que permanecen en ella a luchar tenazmente para recobrar su fervor inicial.”

La razón más aparente para el abandono de muchos en la Renovación Carismática es que se produce una pérdida o reducción del entusiasmo inicial, aunque es difícil aceptar que simplemente este entusiasmo o fuego inicial se enfríe en los carismáticos, ya que como bien recalca el autor “el entusiasmo de los carismáticos no viene de una idea a la cual han sido persuadidos, pero sí de la experiencia de una realidad en la que ellos creen”.

Lo que se plantea como explicación de esta pérdida de entusiasmo es que se va diluyendo de alguna manera la experiencia primera, y que esto lleva en algunos casos a pensar que inclusive todo lo vivido no fue más que una ilusión.

El P. O'Connor desarrollará entonces dos enfoques para explicar las razones de la pérdida de este entusiasmo inicial:

“Sin negar que parte de la experiencia reciente puede ser ciertamente explicada en términos de simple reducción y entusiasmo esfumado, me gustaría proponer otras dos consideraciones que yo creo darán luz al significado más profundo de lo que está ocurriendo; la primera es que la experiencia de la operación carismática del espíritu está propensa a promover una esperanza exagerada. La gente siente que el Reino de Dios de alguna manera se está realizando en ellos, y el resurgir de fragilidades humanas mezquinas que ellos creían haber superado puede resultar en una desilusión aplastante. Decir que esto es la suerte inevitable del optimismo que rodea cualquier nuevo movimiento es malinterpretar su motivación distintiva.

Los carismáticos son aquellos que “han experimentado el poder de la vida futura” en la cual está inherente la promesa segura de la realización de una Jerusalén celestial que ya se está construyendo. El Espíritu Santo es el poder del Señor resucitado obrando en el mundo, el mismo poder que traerá la plenitud del reino. Conocerle es estar en contacto real con el reino por venir. Por esto es que San Pablo insistía que el don del Espíritu es la promesa de las cosas buenas que aguardamos.

Los primeros cristianos esperaban que la parusía viniera durante su vida; los pentecostales a menudo sienten la tentación de esperar una santificación inmediata y perfecta. En ambos casos el error no está tanto en entender mal las palabras de Jesús como en una ansiedad desmesurada movida por el poder del Espíritu de realizar las promesas de Dios completamente. A los discípulos del primer siglo había que tranquilizarles diciéndoles que “con el Señor un día es como mil años y mil años es como un día”. Los pentecostales quizás tienen más necesidad de la enseñanza que predomina en la carta a los Hebreos: que no es suficiente “haber gustado el don del cielo y ser partícipe del Espíritu Santo”; también necesitamos “mantener nuestra primera confianza firme hasta el fin”.

El cuadro verdadero de nuestra situación lo dio San Pablo: sólo tenemos “los primeros frutos del Espíritu”; por lo tanto debemos “gemir interiormente” mientras aguardamos que se complete nuestra redención. La obra del espíritu en nosotros es genuina, pero no completa aún, y el toque más leve de su realidad intensifica nuestra agonía por lo que nos falta.

La imagen de Dios ha sido realmente impresa en nosotros, pero nuestra naturaleza carnal, aún no sometida completamente, continuará por largo tiempo reafirmándose y desfigurando esa imagen. Todo esto debe tomarse en consideración para no exigirnos a nosotros y a los demás en forma excesiva.”

En esta parte del artículo queda planteado un problema muy importante al que creo que no se le ha dado la debida importancia en la Renovación Carismática, y es el exagerado valor que se le da muchas veces a la experiencia del “bautismo en el Espíritu”.

Se ha acuñado la famosa frase referida a la experiencia carismática, diciendo que es “Pentecostés hoy”, que por supuesto tiene un sentido muy general, pero es tomada por muchos en forma literal, y así se llega al convencimiento de que a partir de este “bautismo en el Espíritu” o “Pentecostés personal” podrán recorrer un camino similar al de los apóstoles y discípulos cuando salieron del Cenáculo llenos del Espíritu Santo.

Nada hay más lejano de la realidad que esta idea, por lo que es fundamental tener claro, en primer lugar, el verdadero y profundo significado del acontecimiento histórico de Pentecostés, y luego hay que situar en ese contexto la experiencia del “bautismo en el Espíritu”.

Se suele tener como concepto del significado de Pentecostés lo siguiente: es cuando los apóstoles y los discípulos reciben el Espíritu Santo, y la consecuencia es el comienzo de la misión; a partir de ese momento saldrán a predicar y a evangelizar al mundo con el poder del Espíritu, realizando signos y prodigios, y dando nacimiento a la Iglesia.

Por supuesto este concepto no es erróneo, pero no pone el acento en el significado esencial de Pentecostés. Veamos por qué:

Pentecostés es la culminación de todo un camino previo para esos apóstoles y discípulos, y a su vez el inicio de uno nuevo. El camino anterior se inició con un llamado personal, proveniente de Jesús, para seguirlo y estar con él. (cf. Mt. 4,18-22; Mt. 9,9).

Los que aceptaron ese llamado fueron recorriendo junto al Maestro distintas etapas, escuchándolo, viéndolo y aprendiendo de él lo poco que sus mentes humanas entendían. Y de pronto, un día, fueron llamados por Jesús y recibieron de él un poder nuevo, sobrenatural, y fueron enviados a evangelizar, a proclamar la Buena Noticia. Veamos los relatos evangélicos:

“Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y dolencia. A estos doce envió Jesús, después de darles estas instrucciones: “No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id proclamando que el Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis, dadlo gratis” (Mt. 10,1-2;5-8).

“Convocando a los Doce, les dio autoridad y poder sobre todos los demonios, y para curar enfermedades; y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar. Y les dijo: “No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni plata; ni tengáis dos túnicas cada uno. Cuando entréis en una casa quedaos en ella hasta que os marchéis de allí. En cuanto a los que no os reciban, saliendo de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos. Saliendo, pues, recorrían los pueblos, anunciando la Buena Nueva y curando por todas partes.” (Lc. 9,1-6).

Vemos claramente que ya mucho antes de Pentecostés los apóstoles y discípulos recibieron de Jesús, quizás por imposición de sus manos según la costumbre de la época, un “poder carismático” (lo que luego los teólogos denominarán “gracias dadas gratis”) y fueron enviados a proclamar la Buena Nueva del Reino. Por lo tanto, estos aspectos en forma aislada no constituyen una novedad como consecuencia de Pentecostés.

Para encontrar la clave del acontecimiento de Pentecostés tenemos que examinar cómo fue que estos apóstoles y discípulos cumplían la misión encomendada por Jesús, y cuáles eran sus actitudes.

Examinemos un primer pasaje evangélico:

“Cuando llegaron donde la gente, se acercó a Jesús un hombre que, arrodillándose ante él, le dijo: “Señor, ten piedad de mi hijo, porque es lunático y está mal; pues muchas veces cae en el fuego y muchas en el agua. Se lo he presentado a tus discípulos, pero ellos no han podido curarle”. Jesús respondió: “¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo acá!” Jesús le increpó y el demonio salió de él; y quedó sano el niño desde aquel momento.

Entonces los discípulos se acercaron a Jesús, en privado, y le dijeron: “¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?” Díceles: “Por vuestra poca fe; si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: ‘Desplázate de aquí allá’, y se desplazará, y nada os será imposible”. (Mt. 17,14-20).

Los discípulos poseían y ejercitaban los carismas recibidos, pero en ellas había deficiencias, y aquí Jesús les hace ver claramente una de ellas: la poca fe; no habían crecido todavía en una fe madura.

Tenemos otro episodio bastante curioso:

“Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su ascensión, Jesús se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén, y envió mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada; pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén. Al verlo, sus discípulos Santiago y Juan dijeron: “Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?”. Pero volviéndose, los reprendió y se fueron a otro pueblo.” (Lc. 9,51-56).

Los discípulos, y nada menos que Santiago y Juan, demuestran una enorme falta de caridad con esta actitud, ya que por el simple hecho de que los samaritanos no le ofrecen posada por ser judíos, están dispuestos a quemar todo el pueblo, emulando el milagro de Elías al hacer bajar fuego del cielo.

Por el simple examen de estas situaciones vemos que los apóstoles y discípulos tenían todavía una fe y una caridad muy poco crecidas, por lo que podemos decir, utilizando la terminología de San Pablo, que todavía eran realmente “hombres viejos”, llevados por los impulsos de su naturaleza carnal.

Esto también se reflejaba en su incapacidad para comprender con sus mentes humanas lo que Jesús les decía y enseñaba. Veamos un ejemplo de esto:

“Se habían olvidado de tomar panes, y no llevaban consigo en la barca más que un pan. Jesús les hacía esta advertencia: “Abrid los ojos y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes”. Ellos hablaban entre sí que no tenían panes. Dándose cuenta, les dice: “¿Por qué estáis hablando de que no tenéis panes? ¿Aún no comprendéis ni entendéis? ¿Es que tenéis la mente embotada? ¿Teniendo ojos no véis y teniendo oídos no oís? ¿No os acordáis de cuando partí los cinco panes para los cinco mil? ¿Cuántos canastos llenos de trozos recogisteis?”. “Doce”, le dicen. “Y cuando partí los siete entre los cuatro mil, ¿cuántas espuertas llenas de trozos recogisteis?”. Le dicen: “Siete”. Y continuó: “¿Aún no entendéis?” (Mc. 8,14-21).

Jesús les recrimina su falta de entendimiento y su mente embotada, ya que después de haber presenciado poco antes el milagro de la multiplicación de los panes, estaban preocupados porque sólo tenían en la barca un pan, aunque el mismo autor del milagro estaba con ellos. Casi nunca lograban entender ni las enseñanzas del Maestro, ni el significado de los signos que Él realizaba.

Otra característica de los apóstoles y discípulos era el temor; este temor llevará a Pedro a negar tres veces que lo conocía a Jesús, para evitar correr la misma suerte que el Señor. Luego de la muerte de Jesús este temor se generaliza en todos ellos:

“Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos.” (Jn. 20,19).

Mentes que no entienden, temor muy grande, son signos claros del “hombre viejo”, del que tiene su naturaleza herida por el pecado original y se apoya en sus solas fuerzas humanas.

Pero, ¿qué ocurre después de Pentecostés? Estos apóstoles y discípulos aparecen totalmente diferentes, cambiados en extremo. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos narra (Hech. 2,14-21) que inmediatamente después de la vivencia de Pentecostés Pedro se dirigió a los habitantes de Jerusalén que se habían congregado, dirigiéndoles un discurso lleno de elocuencia y sabiduría, proclamando el “kerygma”, o interpretación de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, basado en numerosas citas de las Escrituras, con una claridad total, llegando al corazón de los que lo escuchaban, y convirtiendo a tres mil personas que se hicieron bautizar ese día.

El temor desaparece, e inclusive surge la alegría de sufrir por causa de Jesús, y nada ni nadie les hace retroceder en la proclamación de la Buena Nueva:

“Entonces llamaron a los apóstoles; y, después de haberles azotado, les intimaron que no hablasen en nombre de Jesús. Y les dejaron libres. Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre. Y no cesaban de enseñar y de anunciar la Buena Nueva de Cristo Jesús cada día en el Templo y por las casas.”

También el ejercicio de los carismas será ahora diferente, no tendrán dudas, como se ve cuando Pedro sana el tullido en la puerta del Templo (Hech. 3,1-10) o resucita a una mujer en Joppe (Hech. 9,36-43); su fe ya era muy distinta.

Por lo tanto, surge así con claridad el sentido más profundo del acontecimiento de Pentecostés: *es una profunda transformación interior*, es cuando el “hombre nuevo” u “hombre espiritual” o “perfecto, o simplemente “santo” toma el control de la vida de cada uno, y comienza a obrar.

Es dejar atrás la etapa en que el “hombre viejo” todavía era el que guiaba la mayoría de los actos del cristiano, con sus pasiones desordenadas y sus pensamientos humanos, comenzando a vivir bajo la guía más o menos clara y constante del Espíritu Santo a través de sus mociones captadas abiertamente.

Pero no debemos olvidar que para llegar a esta transformación prodigiosa, que es la que se denomina la “unión transformante”, habrá que haber recorrido un largo camino, a partir del primer encuentro personal con Jesús, y de haberle dicho sí a su llamado.

Una síntesis del camino y las etapas que se recorren en el crecimiento espiritual la encontramos en [“La Vida Cristiana Plena, Cuarta Parte”](#).

El “bautismo en el Espíritu” equivale al primer encuentro personal claro y efectivo con Jesús resucitado, y será recién el inicio de un camino que llevará un día al cristiano, desde esa primera conversión, a la vivencia de la transformación de Pentecostés, o unión transformante con Dios.

Este proceso lo vemos con mucha claridad en la Biblia con la conversión de Pablo, que es totalmente equivalente a la nuestra, pues él la vive ya insertado en la “época del Espíritu”, igual que nosotros hoy.

Pablo, o Saulo según su nombre judío, iba en camino a Damasco persiguiendo a los cristianos. En ese andar tiene de pronto una visión de Jesús resucitado, cae al suelo, queda ciego, y es llevado a Damasco. Pasará allí tres días en ayuno estricto y en oración, hasta que un discípulo de Jesús, Ananías, siguiendo órdenes del mismo Jesús en una visión, le impondrá las manos, será sanado de la ceguera y quedará lleno del Espíritu Santo, para luego ser bautizado como cristiano (Hech. 9,1-19).

¿Se puede dudar que de esta manera Pablo vivió su “bautismo en el Espíritu”? Sin duda que no, pues encontramos en esta descripción todos los elementos que lo constituyen. Pero, ¿qué ocurrió después? ¿Salió Pablo enseguida a predicar convertido en el apóstol de los gentiles?

Nada de eso. La cronología reconstruida de los pasos de Pablo nos dice que permaneció aproximadamente un año en Damasco, luego se fue tres años a Arabia, dirigiéndose después a Jerusalén a visitar a Pedro, y después desaparece unos ocho años en Siria y Cilicia. Reaparecerá en Antioquia, junto a Bernabé, y allí, después de uno o dos años recién emprenderá el primer viaje misionero con la fuerza del Espíritu.

Habrán pasado nada menos que trece o catorce años desde que recibió el primer “bautismo en el Espíritu” hasta que comience su tarea de apóstol. ¡Todo un largo proceso! ¡Cuántas nuevas efusiones del Espíritu habrá recibido en ese tiempo, que lo llevaron a su Pentecostés personal, y a iniciar el camino de apóstol! (cf. Hech. 13,1-3).

Frente a esto, entonces, debemos desechar la ilusión, como dice en su artículo el P. O’Connor, de vivir una santificación inmediata y perfecta con la experiencia del “bautismo en el Espíritu”, porque si así se piensa vendrá la desilusión y el abandono, porque esa no será absolutamente la realidad.

El “hombre viejo” con su naturaleza carnal, debe todavía ser vencido y transformado, y eso llevará tiempo y un proceso, más o menos largo, con etapas distintas.

El autor del artículo que venimos comentando se refiere a este tema para desarrollar la segunda consideración que explica la pérdida del entusiasmo inicial en la Renovación:

“Una segunda consideración es que en la dinámica de la gracia hay un régimen para los comienzos que no debe ser perpetuado indefinidamente, sino que debe ser seguido por un régimen diferente más apropiado para una profundización y fortalecimiento de la vida en el Espíritu. Esto ocurre normalmente en las vidas de los individuos y no hay razón para dudar que ocurre también en las comunidades, y aún más en un movimiento entero. Así el comienzo de la vida en el Espíritu a menudo parece estar más bendecido que su continuación. Esto se aplica particularmente a ese nuevo comienzo o segunda conversión por la cual un individuo se vuelve hacia Dios consciente y deliberadamente con una convicción personal que no había estado presente en su vida religiosa juvenil. Dicha conversión con frecuencia se lleva a cabo por una gracia arrolladora que llena a la persona con una conciencia vívida de la presencia y el amor de Dios. Bajo la influencia de esta gracia uno experimenta una nueva unidad en su ser, una nueva vida y bondad en el mundo que le rodea, y una nueva armonía al relacionarse con éste. Si esta gracia perdura por un tiempo, la persona puede tener la impresión que todas sus faltas y dificultades se han desvanecido en el dominio suave y dulce de un Señor cuya soberanía abraza a todos en perfecta armonía.

Pero esta clase de gracia nunca dura por mucho tiempo, y mientras se desliza gradualmente como una marea menguante, comienzan a reaparecer las cosas feas, duras y banales que había cubierto. No importa cuán desesperadamente un hombre pueda tratar, no puede hacer nada para retener esta gracia, ni lograr nada que pueda duplicarla; es un don gratuito conferido por un tiempo y retirado cuando ha cumplido su función.

Mientras tanto ha servido el propósito útil de sacudirnos, disolviendo nuestros patrones y perspectivas anteriores; dándonos una nueva vida, reorientando nuestras vidas, sacándonos de lo cómodo e iniciándonos en una nueva dirección, como San Pablo en Damasco. Dios ha invadido el pequeño mundo de nuestra edificación y nos ha dejado saber que como de ninguna otra forma, al ser poseídos por Él, tenemos vida, sanción, liberación y restauración.

Pero antes que esto pueda ser completo y definitivamente realizado, debemos responder a la gracia por un esfuerzo personal. El asentimiento amoroso y espontáneo traído bajo el impacto de la presencia de Dios debe de ser ratificado soportando fielmente la prueba y ofreciendo el sacrificio. El Señor crucificado no está contento con discípulos que lo abandonan en la primera prueba. Él busca aquellos a quienes les pueda decir: “Ustedes son los que han perseverado conmigo en mi aflicción”.

Él retira así esta gracia inicial, pero no desprendiéndonos completamente (en cuyo caso nos derrumbaríamos totalmente), pero sosteniéndonos por un poder más oculto que no tiene frutos tan manifiestos, de paz y armonía. Entonces reaparece nuestra debilidad y las faltas que parecían haber sido sanadas vuelven a surgir. Uno está tentado a pensar que ha fracasado y perdido la gracia de Dios para siempre o que aquello fue sólo una ilusión. Este es el punto en

que mucha gente abrumada por el desaliento, renuncia a la vida espiritual en el preciso momento cuando pudo haber empezado un progreso serio para ellos.

Los grupos de oración y las comunidades de alianza parecen estar pasando por un proceso similar aunque de un modo menos agudo, ya que están compuestos por varias personas en diferentes etapas de crecimiento. En sus comienzos a menudo experimentan un tiempo de florecimiento de gracia. Son bendecidos con un espíritu de amorosa unidad en el cual los miembros encuentran un placer el estar juntos y llegan a acuerdos con una relativa facilidad. Hay una generosidad en servicio mutuo y una prontitud sincera de dar la vida por su hermano. Los errores se vencen fácilmente, las inconveniencias se sobrellevan con alegría. Un sentido vivo de la presencia de Dios llena los círculos de oración. A menudo ésta es una época en que los carismas de lenguas, profecía e interpretación están comenzando a funcionar libremente y el novedoso asombro de éstos trae un toque de gloria a las reuniones. Sanaciones y respuestas notables a la oración llenan al grupo de admiración.

Sin embargo, eventualmente esta “nube de gloria” se disipa. El encanto de los carismas se va gastando y la gente aprende a ser más críticos, ejercitándolos y creyendo en ellos.

En lugar de ser llevados adelante sencillamente por el movimiento del Espíritu las actividades de la comunidad son planeadas y preparadas. Algunos se preocupan de que sencillamente estén haciendo los mismos gestos vacíos sin progresar; otros, particularmente los líderes, están perplejos en cuanto a la dirección en la que deberían de orientar sus esfuerzos. En medio de esta debilidad humana reaparecen las faltas y surgen los desacuerdos y rivalidades personales que llevan a veces a divisiones dolorosas.

Cuando esto ocurre hay una tentación natural a mirar el pasado con nostalgia y a tratar de recapturarlo de cualquier forma. Esto está bien hasta cierto punto, porque debemos guardarnos de la apatía y de recaer en faltas profundas. Sin embargo no es posible recobrar la gracia de los comienzos como tampoco lo es aferrarnos a los días dorados de nuestra niñez. La ley de crecimiento se aplica inexorablemente tanto a comunidades como a individuos. Cuando el batir de palmas y los gritos de Aleluyas vienen a ser un esfuerzo para incitar una exhuberancia que ya no existe, hay un vacío tremendo similar al esfuerzo que hace una mujer envejecida al usar cosméticos tratando de asirse a una juventud esfumada.

Cualquiera que sea el caso, el que haya pasado el fervor inicial no es razón para desanimarse, pero un llamado a crecer en madurez. Aunque esto fuese consecuencia de faltas humanas, la Providencia lo usa para enseñarnos cosas que teníamos que aprender de todos modos.”

El P. O'Connor recuerda aquí una verdad fundamental, en cuanto a que hay un régimen inicial en la dinámica de la acción de la gracia en el hombre, y otro diferente necesario para la “profundización y fortalecimiento de la vida en el Espíritu”.

Lo interesante es que este proceso es válido tanto para los individuos en particular como para los grupos y comunidades.

Hay gracias iniciales que empujan al que se inicia en su conversión hacia la verdadera vida cristiana, que llenan al principiante de deleites espirituales y consolaciones sensibles, lo que el autor llama “la nube de gloria”. Pero Dios quiere llevar al cristiano mucho más allá de esta etapa de principiante, pero para avanzar más adelante deberá pasar por un cambio profundo en su relación con Dios, que será inducido por la “noche de los sentidos”, a través de la cual deberá ir entrando en otra dimensión espiritual y de oración.

La ignorancia de este proceso, perfectamente explicado por la Teología Mística, hace que en general, en la Renovación Carismática, cuando inevitablemente ocurre, en lugar de entender que el Espíritu Santo quiere llevar a las almas hacia nuevas y venturosas sendas, se piensa equivocadamente que se ha perdido el fervor de los primeros tiempos, que se ha entrado en una tibieza espiritual, y ocurre lo que describe acertadamente el P. O'Connor: “hay una tentación natural a mirar el pasado con nostalgia y a tratar de recapturarlo de cualquier forma. Sin embargo, no es posible recobrar la gracia de los comienzos, como tampoco lo es aferrarse a los días dorados de nuestra niñez”.

¡Cuánta verdad hay en estas palabras! Y, sin embargo, ¡qué pocos son los que conocen esto, y cuántos menos los que saben lo que hay que hacer!

En el final del artículo se plantean algunas consideraciones generales sobre el tema que se está tratando:

“Si una comunidad ha de adquirir profundidad no podrá evadir el reto de crecimiento. Las etapas iniciales de la vida carismática, a pesar de su belleza son afectadas por superficialidad, debilidad y error. Los principiantes inevitablemente dan mucha importancia a los carismas aún cuando sepan en teoría que los “frutos” del Espíritu son más importantes que los “dones”. Tienden a medir la cualidad de la oración por la abundancia de manifestaciones carismáticas que la acompañan. Ellos suponen que el crecimiento espiritual es correlativo con la profusión de milagros y maravillas. Le gustaría ser dirigido en todas sus acciones por mensajes sobrenaturales o por textos bíblicos seleccionados por inspiración divina en lugar de recurrir al sentido común, la razón, las lecciones de la experiencia, la sabiduría de la tradición o las prescripciones de la autoridad. Aspiran a alcanzar un estado de contacto íntimo con Dios de modo que siempre sepan lo que Él quiere que ellos hagan. Ellos esperan vivir en una alegría constante fuera de la sombra de la

cruz. La expresión externa, libre, de emoción religiosa cantando, aplaudiendo, dando gritos entusiastas de alabanza o la oración en lenguas, se identifican de tal forma en su mente con la oración en el Espíritu que tienen poco aprecio por los valores del silencio y la contemplación, y casi ningún sentido de profundidad e interioridad. El sentimiento, la emoción y la experiencia ocupan un lugar muy alto en su estima, en detrimento de la fe, contemplación y servicio.

Retirando gradualmente algunas de las bendiciones más externas, Dios nos reeduce suavemente sobre lo que es realmente substancial y perdurable en la vida espiritual: amor, fe, humildad, perseverancia, etc.. Amor, no alegría, es su esencia; fe, no experiencia, su fundamento; humildad, no poder espiritual, el escudo que la protege; la perseverancia en todas las vicisitudes es la prueba que profundiza y confirma la misma. El poder carismático, el gozo, la armonía y la experiencia tienen un valor real en promover esta vida, pero cuando éstos se buscan como fin o se aprecian como valores dominantes, la deforman e inhiben. Quizás el “issue” decisivo que está confrontando la Renovación Carismática mientras pasa por la transición de su primer entusiasmo a un modo más sobrio de existencia, es como se orientará el entusiasmo enfocándolo como un valor primario que debe ser perpetuado desesperadamente por toda clase de energías, o sacando de él incentivo para mayor generosidad o profundidad en la auténtica vida del Espíritu”.

El P. O’Connor señala aquí otro punto álgido, y es el peligro de quedarse en un grupo o una comunidad dándole solamente importancia a la vida “carismática”, y creer que el crecimiento espiritual avanza basado casi exclusivamente en los carismas extraordinarios.

Cuando así ocurre se denota nuevamente la falta de conocimiento de la acción de la gracia de Dios, sobre todo en no tener clara la diferencia entre la gracia habitual o santificante y las gracias “carismáticas”.

En todos los manuales de Teología Ascética y Mística no se nombran para nada los carismas al desarrollar el proceso de la verdadera vida cristiana. ¿Por qué? Por una razón muy contundente: los carismas, o “gracias dadas gratis”, como se las suele denominar, en relación al pasaje de Mateo 10,8, no son dadas a los hombres para su santificación, sino para aprovechamiento de los demás.

También es importante tener claro otro aspecto de ellas: la posesión de estas gracias no depende de las cualidades morales y personales de quien las posee, y se pueden tener aún en estado de pecado grave, es decir, habiendo perdido la gracia santificante, o también sin tener siquiera la gracia habitual por el bautismo. Veamos este pasaje bíblico:

“Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra. Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles, pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo: “¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?” Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo.” (Hech. 10,44-48).

Una gran diferencia que hay en las gracias carismáticas con respecto a la gracia habitual es que las primeras son transitorias, y obran cuando el Espíritu las otorga, mientras que la gracia habitual justamente se caracteriza por su permanencia y crecimiento consiguiente, si no se la pierde por pecado grave.

Volvamos a la utilidad de los carismas; dijimos que son gracias otorgadas a individuos para aprovechamiento de los demás, y no para la salvación personal. ¿Qué significa esta utilidad para los otros?

A la luz del Antiguo y Nuevo Testamento encontramos que el ejercicio de los carismas tiene dos finalidades básicas. Primero, es la de evidenciar la presencia y el poder de Dios en medio de su pueblo, a través de la acción de hombres que utiliza como instrumentos.

Esta es la característica fundamental para realizar efectivamente la “evangelización primera”, al dirigirse a los paganos e incrédulos. Así fueron utilizados los carismas por Jesús y por los apóstoles, y luego a lo largo de la historia de la Iglesia también los encontramos de esa manera.

Los hombres son reunidos y fascinados por estas manifestaciones sobrenaturales, y entonces escucharán el mensaje de la salvación, y podrán llegar a la fe. En esta faceta de utilidad encontramos los carismas de milagros, de liberación de demonios, de curaciones, y de todo tipo de señales y prodigios extraordinarios.

La segunda utilidad de los carismas se evidencia cuando ya se forma la “comunidad”, es decir, los convertidos por la predicación primera con el poder del Espíritu se comienzan a reunir para crecer juntos en la vida espiritual, lo que constituye la Iglesia. Allí los carismas sirven para la *edificación de la comunidad cristiana*, en cuanto que apuntalan su desarrollo y su estructura.

Aquí tenemos los carismas de asambleas de oración, como lenguas, profecía, interpretación, y los carismas “ministeriales”, que son los que tienen los evangelizadores y maestros, los pastores, los que gobiernan la Iglesia, etc. (cf. 1 Cor. 12,4-11;27-30).

Queda así clara la utilidad fundamental de los carismas, aunque también vale la pena aclarar que el que ejercita determinado carisma, si está en estado de gracia, aunque sea de forma indirecta y como consecuencia de su uso, podrá crecer en su gracia santificante, como ocurre por ejemplo con el maestro que enseña a crecer a los demás, dando rienda suelta a su caridad fraterna. Pero, no olvidemos que en sentido estricto el ejercicio de los carismas no santifica a la persona que los posee.

El hecho de no tener clara esta doctrina, como apuntábamos antes, hace que el cristiano “carismático”, muchas veces, en lugar de ir transitando por las tres vías de la evolución mística que se conocen tradicionalmente, se desvíe a una “vía muerta” que le provocará desilusión, enfriamiento, y probablemente hasta podrá llegar al abandono de la vida espiritual.

El P. Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia en los papados de Juan Pablo II y Benedicto XVI, en su libro “Renovarse en el Espíritu”, habla del ejercicio de los carismas, y plantea este tema a partir de las palabras de Jesús:

“El carisma es una manifestación, o epifanía del Espíritu; es un modo parcial, pero auténtico, de manifestarse el Espíritu. Con esto acabamos de decir algo muy serio; hemos dicho que los carismas, o no están para nada en una persona o, si lo están, se destruirán muy pronto, cuando no constituyan la manifestación espontánea y el reflejo natural del Espíritu que llena su corazón y su vida, cuando, en otras palabras, representan algo separado, postizo en la vida de quien los ejercita. Jesús nos dice que con los carismas se puede ir a parar hasta el infierno; pues dice: “No basta andar diciéndome: ‘¡Señor, Señor!’ para entrar en el Reino de Dios; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo. Aquel Día muchos me dirán: ‘Señor, Señor; si hemos profetizado en tu nombre (¡primer carisma!) y echado demonios en tu nombre (¡segundo carisma!) y hecho muchos milagros en tu nombre (¡tercer carisma!). Y entonces yo les declararé: ‘Nunca los he conocido, ¡lejos de mí los que practican la maldad!’” (Mt. 7,21-23).

¿Pero por qué esta gente que profetiza, que expulsa demonios y obra muchos milagros va a escuchar que le digan en el día del juicio “¡Retírense de mí”? Señal de que esos carismas no eran la “manifestación” auténtica de una vida guiada por el Espíritu de Jesús, sino que eran cualquier otra cosa; al máximo eran ostentación del Espíritu. Lo mismo sucede cuando se abusa de los dones de Dios para la propia gloria o utilidad, sin aceptar las austeras exigencias que el Espíritu mismo propone y que el Evangelio expone, resumidas en la palabra “cruz”.

Tenemos que entrar, por consiguiente, en una perspectiva de conversión real, dejando por fin de pensar en los carismas como si fueran hermosos dones que, en determinado momento, gracias a la efusión del Espíritu, se llegaron a posar sobre el árbol de nuestra vida. En ese caso sería un árbol de Navidad, no un árbol verdadero. Por lo general, el árbol de Navidad es un árbol de plástico, al que se cuelgan los regalos navideños y se tira a la basura en cuanto son arrancados los regalos una vez que ha pasado la fiesta. Un cristiano que tiene carismas, pero sin que tenga la substancia de una vida moldeada por el Evangelio, se parece a ese árbol de plástico que ya no sirve para nada y que se echa a la basura en cuanto son recibidos sus dones, mientras que algo muy diferente es el cristiano cuya vida es semejante al árbol que crece a la orilla de las corrientes de agua: siempre tendrá fruto a su tiempo (cf. Salmo 1,3). Será capaz de pasar a través del invierno, o sea, a través de períodos en que parece no dar ningún fruto y está despojado de todo (pasará por el deshojamiento y la aridez), pero durante la primavera volverá a germinar y, más aún, aun cuando sus frutos no se vean, es cuando está produciendo más.

San Pablo expresa muy bien todo esto cuando afirma que los carismas deben ser la expresión de una vida “conforme al Espíritu”; porque los carismas están en buenas manos sólo en quienes “mediante el Espíritu, hacen morir las obras de la carne” (cf. Rom. 8,13). Esto nos explica por qué tantas personas se han detenido en el camino, después de un brillante inicio en la Renovación o, de plano, se echaron para atrás. Sucede con la Renovación como cuando se enciende fuego en la casa; primero se le aplica fuego a un material que puede encenderse fácilmente, como papel, paja, o ramas secas. Pero en cuanto termina esa primera llamarada, o logró el fuego encender los pedazos grandes de madera y entonces va a durar hasta la mañana siguiente calentando toda la casa, o no lo logró, y entonces no sucede absolutamente nada; porque se hizo de un fuego de paja.

En el plano de la Renovación espiritual, o la llama inicial prende en el corazón y lo transforma de corazón de piedra en corazón de carne, o no llega al corazón, sino que se queda en la periferia y entonces pronto se consume sin dejar huella de él.

Si en nuestros grupos son todavía tan escasos los “carbones encendidos”, a saber, las vidas realmente penetradas por el fuego del Espíritu que siguen ardiendo para la Iglesia, la razón está aquí: se debe a que no se le ha permitido al fuego llegar al corazón. No se ha pasado a través de lo que San Pablo llama “circuncisión del corazón” (Rom. 2,29).

Debemos tomar más en serio algunas reglas básicas de santidad que se observan precisamente en la vida de los santos reconocidos tales por la Iglesia.”

El P. Cantalamessa plantea en este pasaje de su libro el mismo tema que estamos trabajando: el escaso número de “carbones encendidos” que se observan en la Renovación Carismática, de vidas penetradas por la acción santificadora del Espíritu, y plantea que es porque no se ha “tomado más en serio algunas reglas básicas de santidad que se observan en la

vida de los santos”, es decir, de las reglas de la doctrina de la Teología Mística sobre el desarrollo de la gracia santificante.

Nos podemos preguntar: ¿Se ha hecho esto realmente en la Renovación Carismática? ¿Se tiene claro como llevarlo a cabo de una forma práctica y no sólo como un conocimiento teórico? La respuesta, como ya lo hemos analizado, no puede ser más que negativa.

Lamentablemente el símil que plantea el P. Cantalamessa de los carismas como adornos de un árbol de navidad de plástico es una realidad que se observa muchísimas veces en la Renovación Carismática, donde hay personas que relumbran fugazmente en el firmamento de las comunidades debido al ejercicio de tal o cual carisma extraordinario, y luego ese fuego se apaga, como el fuego de la paja que se encendió fácilmente pero dura poco.

Por eso el reto del crecimiento espiritual es tan fundamental, y debe ser plenamente encarado en la R.C.C.. Es en este punto que justamente encontramos en la Renovación algo realmente curioso. Desde el principio de su impetuoso surgimiento, como vimos claramente en el capítulo segundo, se observó la carencia en la formación del cristiano adulto, que se quedaba en general solamente con algunas nociones elementales y teóricas de su fe, a nivel de su razón humana.

Se modificó este enfoque al comenzarse a vivir la experiencia del Espíritu Santo, con una enseñanza práctica sobre como vivir una fe viva y aplicable a la vida de cada uno. Pero, en la etapa de crecimiento posterior, en general se vuelve a caer en el mismo error. Cuando miramos los programas de formación y crecimiento en el Espíritu Santo, algunos clásicos dentro del habla hispana como los de la comunidad de san Juan Bautista de Coyoacán, México, con sus cursos de Crecimiento 1, 2, 3 y 4, vemos que se incluyen temas muy importantes referentes a la vida espiritual, pero se dan en muy poco tiempo (cada curso en este caso dura ocho semanas) y se avanza casi exclusivamente por la vía de dar un conocimiento teórico, mientras que en los mismos grupos de oración la “experiencia” sigue estando basada casi exclusivamente en la vivencia “carismática”.

Así al menos es como he visto desarrollar estos cursos en la Argentina, y, por ejemplo, un tema como el de los dones del Espíritu Santo, cuya vivencia es absolutamente fundamental para la verdadera “vida en el Espíritu”, tal como vimos en el capítulo cuatro, ocupa dos enseñanzas, que llevarán a lo sumo de una hora a dos horas cada una. ¿Qué otra cosa se puede hacer en ese tiempo que recibir una noción teórica del significado de cada uno de los dones? ¿Y el descubrimiento de su acción y el ejercicio de cada uno de ellos? Y la forma de llegar a la apertura necesaria para recibirlos a través de la vivencia de la contemplación infusa ¿cómo se obtiene?

Podemos seguir así con todos los temas que se dan en general en la Renovación en la etapa de “crecimiento” posterior al Seminario de Vida y veremos que implican normalmente un “baño” de conceptos teóricos, pero no encaran una práctica y vivencia metódica como en el caso, por ejemplo, de los carismas y su ejercicio, en los que se abunda tanto en la Renovación.

Encontramos así que, en general, en la etapa de “crecimiento” de los grupos de oración, se repite el mismo error que la Renovación descubrió en la Iglesia en cuanto a la formación de cristianos adultos. Se carece de una práctica concreta y viva de los medios clásicos que llevan al crecimiento de la gracia santificante, además de los sacramentos, como la práctica metódica, guiada y creciente de las virtudes cristianas, especialmente de las teologales, fe esperanza y caridad, lo que lleva a crecer la gracia santificante por el mérito de las buenas obras, como ya vimos anteriormente.

Tampoco se produce el crecimiento en la práctica de la oración, que es el otro medio fundamental para el crecimiento de la gracia. Enseguida el carismático que lea esto seguramente exclamará: “¿Cómo es eso de que falta práctica de oración y de su crecimiento, si oramos muchísimo, tanto en los grupos como en forma personal?”

Indudablemente esta afirmación es cierta, pero los que dicen esto ¿se han preguntado cuáles son los grados de oración que están viviendo?

Es casi seguro que no, porque no conocen la doctrina de la Teología Mística sobre los grados crecientes de la oración, tal como lo vemos en **“La Vida Cristiana Plena, Tercera Parte, Capítulo 3”**, o quizás solamente han leído algo al respecto pero no lo han relacionado con su experiencia práctica.

Lo que comúnmente se tiene claro es lo referido al “tipo” o “clase” de oración, que comprende las oraciones de petición, de acción de gracias, de alabanza, de adoración, de intercesión y otras, y no se sabe que cada una de estas clases de oración tiene una profundidad o grado cada vez mayor.

Es así que encontramos algo que cuando se lo menciona en la Renovación Carismática Católica produce desconcierto primero, cierto escozor después, y luego muchas veces un rechazo rotundo, con todo tipo de argumentos bastante endeble, que finalmente se resumen en uno: “lo que usted me está mencionando no es carismático”.

Y esto es que *la oración que se vive mayoritariamente en la Renovación Carismática es una oración de principiantes en la vida espiritual*, ya que no pasa de la meditación discursiva u oración libre (segundo grado de oración) con algunas vivencias sensibles, pertenecientes al tercer grado de la oración, u oración afectiva. ¿Y todos los grados que siguen después, que pertenecen a la experiencia de la contemplación infusa (al menos cinco grados más)? ¡Ah, no son carismáticos!

Aunque parezca mentira, con esta afirmación se cierra muchas veces toda posibilidad de profundizar este tema cuando se lo plantea en la Renovación.

El artículo que estábamos comentando del P. O'Connor también mencionaba el tema de la oración, que debe ser tomado en cuenta para avanzar hacia una madurez en la R.C.C., y planteaba el poco crecimiento en la profundidad de la oración que se encuentra en los grupos y comunidades carismáticos:

“La expresión externa, libre, de emoción religiosa, cantando, aplaudiendo, dando gritos entusiastas de alabanza, o la oración en lenguas se identifica de tal forma en su mente con la oración en el Espíritu que tienen poco aprecio por los valores del silencio y la contemplación y casi ningún sentido de profundidad e interioridad. El sentimiento, la emoción y la experiencia ocupan un lugar muy alto en su estima, en detrimento de la fe, contemplación y servicio.”

Mientras en la Renovación Carismática se siga pensando que sólo esto es “oración en el Espíritu”, la oración quedará estancada y sin crecimiento, y se perderá algo fundamental en el camino hacia la verdadera oración “en Espíritu y en verdad” (Jn. 4,23), que es la apertura a la acción de los dones del Espíritu Santo que produce la contemplación infusa.

Cuando se habla de “contemplación” también hay confusión, porque se suele denominar así la oración de silencio, o contemplación “ignaciana”, que no es más que una oración de meditación perteneciente al segundo grado de oración, y no tiene nada que ver con la oración de contemplación infusa, que proviene directamente de la acción del Espíritu Santo a través de sus dones “intelectuales”: inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo.

Hemos visto así los elementos más importantes que definen el problema fundamental que hoy subsiste en la Renovación Carismática, que es la dificultad para avanzar hacia una santidad crecida y madura, debido al desconocimiento en la práctica del camino tradicional de la gracia santificante que enseña la Teología Mística.

Esta ignorancia, no tanto en el aspecto teórico, sino en como puede aplicarse en la práctica en la vida espiritual de hombres y mujeres comunes que viven y se desempeñan en el mundo, produce los obstáculos que vimos, y que vamos a resumir ahora.

Por un lado hay una concentración de esfuerzos, tanto en la evangelización como en la enseñanza posterior, sobre la experiencia “carismática”, sobre el uso y acción de los carismas, olvidándose que por sí mismos no son medios de santificación.

La enseñanza en la etapa de “crecimiento” pasa en general a ser teórica, manteniéndose la vivencia sólo a nivel “carismático”, aunque esta se va agotando y se hace rutinaria y sin sorpresas.

Otro inconveniente importante es que muchas veces, cuando las personas entran en una etapa de “desierto” o “noche”, donde pierden las experiencias sensibles y llenas de fuego de la primera hora, se diagnostica que se están volviendo “tibias”, y, ¿cuál es el remedio?: ¡qué vuelvan a hacer un Seminario de Vida para recuperar el primer amor!

De esta manera es seguro que no seguirán más adelante, adonde el Espíritu las quiere llevar, y, para peor, tampoco volverán a tener las vivencias del principio, por lo que muchos que pasan por esta situación finalmente abandonan la Renovación.

Otro problema surge del hecho de sobrevalorar el papel de los carismas en la vida espiritual, y el creer que con el “bautismo en el Espíritu” ya se ha vivido la experiencia de Pentecostés, lo que hace caer muchas veces en la presunción de que ya se ha alcanzado un alto grado de santidad, lo que será desmentido por la práctica, ya que resurgirán tarde o temprano muchas actitudes de “hombre viejo” que se creían superadas, lo que producirá enojo y desaliento.

En este contexto, la típica oración “carismática”, bullanguera, con gritos y pura alabanza, llena de emociones fuertes, se irá agotando en sí misma, se volverá forzada y muy externa, y no permitirá avanzar hacia la profundidad interior necesaria para que los “flashes” de los dones del Espíritu Santo comiencen a actuar más claramente, con el ingreso entonces a la experiencia fundamental de la contemplación infusa.

La suma de todas estas dificultades y obstáculos hace que muchas personas, grupos y comunidades avancen en su vida espiritual por la “vía muerta”, que no les permite ni avanzar más, ni retroceder para pasar nuevamente por las experiencias del principio, por lo que llega el estancamiento, el desconcierto, el no saber que hacer.

Esta situación también afecta a otro de los fines principales de la Renovación Carismática, tal como fue expuesto en el capítulo 3, al analizar el cumplimiento de los objetivos y fines de la R.C.C., que implica que la Renovación no se convierta solamente en un movimiento más dentro de la Iglesia Católica.

El mantener fuertemente sus características “carismáticas” o “pentecostales” y no avanzar más por el camino espiritual católico desarrollado por la Teología Mística, básicamente por desconocimiento o por creer que ya no es relevante ni aplicable para el mundo de hoy, hace que la Renovación Carismática quede aislada y tipificada por su experiencia “pentecostal”, y no se inserte dentro de la amplia espiritualidad católica tradicional, que, si bien es cierto que hoy tampoco es conocida y vivida en la Iglesia, está allí, latente y con todo su potencial intacto, esperando ser “despertada”.

¡Y la Renovación Carismática ha sido suscitada por el Espíritu Santo para producir este despertar a la verdadera vida cristiana!

Así lo comprendió la Renovación desde el principio, pero, por los obstáculos que hemos visto, todavía no lo ha podido lograr.

Finalizando ya las consideraciones de este capítulo, quiero destacar ahora algo muy importante para la comprensión de lo tratado. Todo lo que escribí respecto a estos obstáculos y dificultades de la R.C.C. en lograr sus fines y objetivos, no ha sido en absoluto consecuencia de un análisis y discernimiento de la historia y evolución de la Renovación realizado desde un punto de vista intelectual y especulativo.

Las ideas y conclusiones fueron surgiendo de a poco como consecuencia de una experiencia práctica muy especial que me ha tocado vivir, junto a muchos hermanos, desde hace más de doce años, en un camino espiritual nuevo, hasta donde yo conozco, en la Renovación y en la Iglesia misma, al que fuimos entrando sin saber muy bien hacia donde íbamos, y sin conocer siquiera lo más elemental que enseña la Teología Mística, ya que éramos “carismáticos” de pura cepa, sin “contaminaciones” de ninguna clase.

Todo fue surgiendo poco a poco en esos años, cuando de pronto nos encontramos que estábamos caminando “más allá” de los rumbos transitados habitualmente en la Renovación.

El capítulo que sigue tratará de describir en qué ha consistido esta experiencia, y cuál es su desarrollo hasta el día en que estoy escribiendo este estudio, con el objetivo de darla a conocer lo más claramente posible.

CAPITULO 5: LA EXPERIENCIA DE “PROFUNDIZACION DE LA VIDA EN EL ESPIRITU”

Entre los años 1995 y 2003 se desarrolló en una Comunidad de la R.C.C. en Buenos Aires, Argentina una experiencia espiritual inédita, que ha sido la base de la actual “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual” que presentamos en esta página Web, tal como lo explicamos en [“Quiénes somos”](#).

Vamos a recorrer lo que fue el principio de este proyecto, y como se fue desarrollando el mismo, como un aporte testimonial para entender más sobre esta particular experiencia espiritual.

Nacimiento de los grupos de Profundización.

A principios de diciembre de 1994 se realizó una de las reuniones que se hacían periódicamente entre todos los responsables de los distintos grupos para intercambiar experiencias, ideas y sugerencias para la marcha de la Comunidad. En esa reunión surgió, en un momento dado, un tema puntual, que algunos de los servidores más antiguos tenían bastante claro, que afectaba a los hermanos que llevaban más tiempo de permanencia.

Quiero aclarar que la gente que llegaba a los grupos de oración, pasaba en primer lugar por los grupos de “iniciación”, donde iban recibiendo y practicando las primeras nociones de oración comunitaria, y se los iba introduciendo en el sentido de la Renovación Carismática Católica.

Luego, formándose un grupo que ya quedaba cerrado, en el que ya no ingresaba gente nueva, pasaban a vivir el Seminario de Vida en el Espíritu Santo, donde transitarán por esas dos experiencias fuertes que son la “Ceremonia de la Luz” y la “Efusión del Espíritu”. Terminado el Seminario, seguirán por la etapa de “Crecimiento”, donde irán afianzando la fe movilizada por la acción del Espíritu Santo.

Este proceso abarcaba de dos a tres años, donde de alguna manera había un “programa” más o menos estructurado de crecimiento, pero luego ocurría que se entraba en una especie de meseta espiritual, en donde ya no se iban agregando más cosas nuevas, y se producía una especie de repetición de temas y experiencias.

Algunos hermanos iban pasando al servicio en los distintos grupos, donde se sumergirían cada vez más en la actividad para el Señor, y, de alguna manera, les iría ocurriendo más o menos este proceso: el centro de su vida espiritual pasaba a ser el servicio, e iría quedando de lado un mayor avance, una mayor profundización de la conversión interior, ya que, por otro lado, tampoco tenían claro hacia donde deberían seguir avanzando, a partir del punto en que se encontraban, en el camino del crecimiento espiritual.

Otras personas, en cambio, se incorporaban a los llamados grupos de “asamblea”, que constituían un grupo permanente de oración, que iba creciendo con los hermanos que año a año venían de la etapa anterior de “crecimiento”. Allí la enseñanza no era mucha, y, en general, seguía dando vuelta sobre los temas clásicos de la Renovación Carismática: carismas, oración de alabanza y de sanación, así como la lectura y comentario del Evangelio del día, etc. También se impulsaba a las personas a volcarse hacia algún tipo de obra de misericordia, como visitas a hospitales, geriátricos, etc.

Lo que se planteó en la reunión fue que se notaba claramente que, en estos grupos de “asamblea”, y también en parte en los de “crecimiento”, se observaban dos tendencias claras entre la gente que concurría: estaban aquellos que iban en especial a que “les oren”, a “recibir fuerza” como algunos dicen, a plantear en la oración sus peticiones por las necesidades que tienen, y a pedir la intercesión de los servidores y hermanos del grupo frente a las situaciones que les toca vivir. En general estas personas quieren poca enseñanza, y más bien actividad de compartir vivencias, de testimonios, de contar sus necesidades, y de “oración de poder”.

Sin embargo, había otras personas que sentían la necesidad de recibir más formación, de seguir avanzando en su proceso de conversión; percibían, en general, que todavía les faltaba en su crecimiento espiritual, y querían entonces tener más enseñanza en temas formativos. Cuando esto no ocurre, la mayoría de éstas personas se van yendo de los grupos, como si ya hubieran terminado un ciclo, una etapa, sintiendo que ya no se les agrega nada nuevo.

Esta es la realidad que se planteó en esa reunión, y se compartieron distintas ideas en cuanto a la manera en que se le podría dar alguna solución. Y lo que surgió, fue más que lógico: debería analizarse la posibilidad de diferenciar la formación de los hermanos, ofreciéndose en forma optativa a las personas que tuvieran la inquietud de una mayor intensidad en la formación, la alternativa de integrar algún grupo donde se les diera esta enseñanza más amplia.

Se redondearon bastante las ideas vertidas con distintas sugerencias, y yo manifesté que sentía la inquietud de trabajarlo más a fondo, para ver en que medida se podía armar un proyecto concreto. Yo no me di cuenta en ese momento, ya que recién lo vería con claridad bastante tiempo después, pero esa expectativa tan fuerte que había nacido en mí era también porque *yo mismo sentía fuertemente esa necesidad en mi vida espiritual*, y hasta el momento no encontraba respuesta en la Comunidad.

Se me encomendó la tarea de organizar esta experiencia y coordinar su puesta en marcha y desenvolvimiento.

A principios de 1995 se formaron los grupos nuevos de “Profundización en la vida del Espíritu Santo”, o simplemente “Profundización”, que así se denominaron.

Lo primero que tuvimos claro fue que había que profundizar la vida de discípulo de Jesús, poniendo realmente en práctica la exigencia que el Maestro plantea a todos quienes, escuchando su llamado, desean seguirlo, según lo encontramos en el capítulo 9 de San Lucas:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.” (Lc. 9,23).

Así comenzamos un trabajo a fondo sobre el “negarse o morir a sí mismo”, tratando de ir mucho más allá en el reconocimiento del pecado y las actitudes del “hombre viejo” que todavía existen en nosotros. Esto implica trabajar a fondo en los pecados capitales y los que se derivan de ellos, suscitados por la acción de la concupiscencia y de los enemigos espirituales exteriores (mundo y demonio).

También se va creciendo en la fe, por la enseñanza y la oración, teniendo cada vez más claro que la fe es una virtud sobrenatural que permite al entendimiento humano captar el sentido de las verdades reveladas por Dios a través de la Biblia, que para la razón del hombre natural, como dice San Pablo, son solamente necesidades.

La conjunción de estos dos aspectos tan importantes, como son la *progresiva purificación interior*, a partir del reconocimiento del pecado que existe en cada uno y la lucha contra el mismo, utilizando el poderoso medio de los sacramentos, y el *crecimiento en la fe*, a través de una buena y metódica enseñanza sobre las verdades básicas de la vida cristiana, con una *práctica asidua de oración*, tanto personal como comunitaria, van llevando a un avance importante en el crecimiento espiritual

La vivencia cada vez más plena de los afectos en la oración, que se suelen ir simplificando en su variedad, gustándose por mayor tiempo alguno de ellos, unida a una progresiva interiorización de la misma, con frecuentes exámenes de conciencia, va haciendo avanzar a los que viven esto hacia los umbrales de la contemplación infusa.

Al no estar bullendo en la mente tantos interrogantes sobre uno mismo, sobre el sentido de lo que se pueda estar viviendo, debido al aumento de la fe, y al no tener ya tanta lucha interior debido a la purificación progresiva, se va generando una oración más sosegada, con el entendimiento más aquietado, con menos discurso, lo que da la disposición necesaria para que, normalmente, el Espíritu Santo comience a introducir a las almas que no se resisten a la contemplación infusa.

Tiene un papel fundamental en esto también el carisma de oración y canto en lenguas, ya que ayuda decisivamente para que la inteligencia se vaya despojando de su razonamiento habitual y quede abierta a lo que el Espíritu quiera darle en forma directa.

La dirección hacia donde va Profundización.

Después de un primer año de experiencia en los grupos de Profundización, surgidos tal como lo relaté anteriormente, se inició el segundo año de este trabajo especial. A partir de este nuevo año ya estaba en mí y en los servidores bastante más clara la idea de lo que estábamos haciendo.

En junio tuvimos un retiro, y pocos días después, el 1/7/1996 escribía:

“El retiro pasado estos días ha unificado en mí ideas y una dirección hacia la que me está llevando el Señor (dirección en el sentido del tema a transmitir o predicar). En definitiva todo lleva a buscar la conversión interior, la muerte del hombre viejo y el nacimiento del nuevo, desde el Espíritu y obrando según el Espíritu. He avanzado muchísimo en esta temática que, al principio del año pasado, fui planteando para el grupo de Profundización.”

Algunos días después, el 9 de agosto, vivo algo muy especial, que después denominaré “la gran explosión interior”:

“Tengo que comenzar a escribir esto ahora mismo, cuando me estoy por ir de la oficina, porque esta tarde se ha producido como una gran explosión en mi cabeza. Todo comenzó cuando, sin saber por qué, y tampoco recuerdo en qué momento, surgió una pregunta en mi mente: en Pentecostés 120 personas recibieron el Espíritu Santo, y en más o menos 200 años convirtieron todo el mundo civilizado de entonces, usando los medios de comunicación tan primitivos de esa

época. Hoy se dice que entre 50 y 70 millones de católicos vivieron la “Efusión del Espíritu” en Seminarios de Vida. ¿POR QUÉ NO SE NOTA EN EL MUNDO ESTO?

Si realmente este “Pentecostés hoy” que se dice que es la Renovación Carismática fuera como en la época de los apóstoles, y con los medios de comunicación actuales, ya se debería haber transformado todo el mundo.”

De esta pregunta básica, se derivarán muchas otras, que irán planteando en mi mente un esquema distinto al que había conocido hasta entonces por mi formación en la Renovación Carismática. En seguida llego a una primer conclusión: “Parecería que hoy, el Bautismo en el Espíritu Santo es sólo el primer encuentro, el primer conocimiento personal de Jesús (así fue exactamente en mi caso).”

A esta primera conclusión le siguen, a modo de corolarios, otras más, tal como lo escribo ese mismo día:

“En Pentecostés el discípulo se recibe de maestro, porque se transforma en el Maestro. Los discípulos son hombres viejos que van aprendiendo y se van transformando. Pentecostés es el momento que marca que el hombre nuevo toma el mando.”

Desde este día ya nada será igual en mi vida, y aquí nacerá una búsqueda insaciable para encontrar respuestas, en especial una respuesta a la gran pregunta que dominará mi interior en forma constante por mucho tiempo, como clavada en mi alma: ¿Cómo se hace para llegar a vivir este Pentecostés, esta transformación en hombres nuevos, que *no es* la “Efusión” o “Bautismo en el Espíritu”, tal como se vive en la Renovación Carismática?

Movido por estas ansias, leo y releo cuanto libro tengo a mi alcance sobre el crecimiento espiritual, sobre la experiencia del Espíritu, sobre la vida que surge después de la “Efusión del Espíritu”, de los más caracterizados autores que escriben en la Renovación Carismática Católica, pero no logro encontrar la luz que estoy buscando, aunque a raíz de este esfuerzo se me va presentando un panorama cada vez más claro en cuanto al hecho que, dentro de la Renovación Carismática hay profusión de literatura sobre los Seminarios de Vida, sobre oración de alabanza y de intercesión, sobre carismas, sobre la “experiencia carismática”, y otros temas conectados con éstos. Pero no logro encontrar mayores precisiones sobre lo que viene “después” de esta experiencia, aunque en distintos autores, en especial en libros del P. Raniero Cantalamessa, voy palpando que hay mucho más todavía por donde avanzar.

Pero, antes de fin de ese año 1996, llegó “por casualidad” a mis manos un libro, escrito a principios de 1900, del P. Juan Arintero, titulado “La Evolución Mística”, y a partir de su lectura fue para mí como descubrir un nuevo mundo, que no era más que el mundo de la verdadera vida cristiana.

¡Había encontrado por fin el manantial en donde saciar esta sed que me abrasaba, que nacía de tantas preguntas sin respuesta todavía!

Han pasado más de diez años desde ese momento, y en ese tiempo literalmente me “tragué” una multitud de libros que forman un enorme tesoro de la Iglesia Católica, libros de santos, de místicos experimentales, de Doctores de la Iglesia, y de los grandes teólogos de la Ascética y la Mística actuales. Después de “digerir” de a poco todo ese caudal de nuevas cosas que llegaba a mí, lo fui preparando y dando en enseñanzas en los grupos de Profundización, porque era exactamente lo que se estaba necesitando, en el punto en que nos encontrábamos. A lo largo de estos años, toda esta enseñanza tuvo un único objetivo: aplicarla a explicar nuestras propias experiencias espirituales, buscando *vivir* todo este nuevo y maravilloso camino que surgía con gran esplendor ante nuestros maravillados ojos.

Ya a fines de ese año 1996 se notaba claramente que se estaba dando un cambio importante en la oración del grupo, que la estaba haciendo distinta de la tradicional oración “carismática”.

A raíz de estas cosas novedosas para nosotros, que iban surgiendo en las oraciones, fui compartiendo con los servidores primero, y luego con los hermanos de los grupos, cual era la visión que tenían respecto a lo que estaba pasando. El 4/2/97 yo escribía respecto a la experiencia de haber escuchado estos testimonios:

“En el grupo compartimos anoche, como continuación de lo que habíamos hecho la semana anterior, un discernimiento sobre cómo había evolucionado la oración desde que comenzamos el trabajo en el grupo de Profundización. Y las conclusiones generales que compartimos todos fueron las siguientes:

- a) En la actual oración hay **muchas menos peticiones**, y **mucha menos oración vocal**.
- b) Se entra mucho más rápido en la alabanza y la adoración, sin necesidad de mucha preparación previa.
- c) Hay **mucha más variada y extensa oración en lenguas**, en especial canto en lenguas.
- d) Se **vive**, de distintas maneras, **la “presencia” del Señor**, su amor, su consolación, su misericordia, su grandeza, su sanación. Es realmente, cada vez más, una oración de “afectos”.
- e) Hay mucha más **acción de gracias**.
- f) Se viven fuertemente sensaciones de **gozo y alegría**.

*El discernimiento general coincidió en que este tipo de oración es consecuencia de una **mayor entrega y más abandono en el Señor**, una aceptación mayor de su voluntad y sus caminos. Implica más docilidad a la acción del Espíritu, mucha menos resistencia a lo que Él quiera hacer.*

También el grupo coincidió en esto: antes, en general, se iba al grupo con el propósito de entregar determinadas situaciones, de pedir intercesión por tal o cual necesidad, o para recibir la oración de algún servidor. También se llevaban muchas veces cuestionamientos que pedían respuestas. Ahora, en cambio, la ida al grupo significa “disfrutar” de un encuentro con Jesús resucitado, vivir el amor del Padre y dejarse trabajar por el Espíritu Santo. Es un encuentro con el amado, en que se busca más la adoración y el disfrutar de esa presencia que es todo y da todo, que en hablar y contarle cosas.”

En los testimonios de tantos hermanos aparecieron todos estos elementos, y, sobre todo, algo muy importante: se busca cada vez más a Dios mismo, el encuentro profundo con Él, dejando más de lado las peticiones, las necesidades, las respuestas a dudas y cuestionamientos. Hay, por supuesto, una entrega y un abandono mucho mayor en la Providencia, así como la aceptación de la voluntad divina, que permite esta actitud más abierta a una vivencia cada vez más plena del amor de Dios.

Avanza la experiencia de “Profundización”.

Una de las primeras cosas que en lo personal me comenzó a llamar la atención al ir avanzando en este nuevo tipo de oración que había surgido, y que en mi discernimiento consideraba que era el inicio de la contemplación infusa, fue que se iba evidenciando en mí la acción de los dones del Espíritu Santo; al principio, aún en forma todavía confusa, iba ya reconociendo que de alguna manera se manifestaban en mí, lo que me producía una gran sorpresa por lo novedoso de ello.

En ese tiempo es indudable que no lograba todavía expresar con claridad lo que vivía, pero el sentido era uno solo: tanto cuando preparaba las enseñanzas, como cuando las daba, en gran parte mi proceso humano de razonamiento discursivo quedaba eliminado, y “veía” lo que tenía que escribir o lo que debía decir. Con el tiempo entendería que así era la acción de los dones del Espíritu Santo.

Al año siguiente, a principios de febrero de 1998, comencé a estudiar a fondo los dones del Espíritu Santo, para preparar las enseñanzas del nuevo año, para los grupos que comenzaban su tercer año en Profundización, y allí pude empezar a captar mucho más claramente la forma en que estaban obrando algunos de los dones en mi interior.

Así escribía el 10/2/1998:

“Es prácticamente increíble lo que me está pasando últimamente, quizás en los últimos tres meses ha sido más notable: tomo un texto de la Palabra, y “siento”, “veo” lo que me está diciendo, sin un tiempo de meditación, de armado mental, de construcción de conceptos. Esto que “siento” y “veo” lo escribo sin parar ni un instante, todo está tan claro que no tengo dudas ni inquietudes, todo está a la vista.

Es una sensación extraña, es como si levantara cada pasaje de la Biblia del papel, y debajo estuviera escrita la interpretación, a la que sólo tengo que leer, y está tan clara que no necesito pensar ni forzar mi entendimiento. Está “allí”, y sólo tengo que dirigir mi mirada y verlo. Es todo tan fácil y natural que me asombra, y es un “proceso” que tengo claro que se va acentuando cada vez más.

Para alguien como yo, que ha pasado muchos años de su vida estudiando en una universidad, con el método trabajoso de leer un texto, entender los conceptos de a poco, fijarlos escribiendo un resumen o síntesis, y luego repasar esa síntesis para ir reteniéndolos, este proceso mental del don de inteligencia es realmente asombroso, y lo es todavía más cuando se trata de la lectura de la Biblia, que no es precisamente un texto “fácil” o abierto.

Siempre dije que en este camino nuevo del crecimiento espiritual “a fondo”, yo quería ser una especie de conejillo de indias, para ir experimentando en mí mismo las cosas, para poder luego explicarlas a los demás, no desde un texto solamente, sino basado en mi propia vivencia y experiencia personal, y esto es lo que está ocurriendo, y esto mismo es lo que espero transmitir este año a los servidores de la Comunidad.

También creo reconocer una acción, quizás no tan clara como la anterior, del don de sabiduría. Primero, en que al penetrar con esta facilidad en el sentido de la Palabra, no me quedo solamente en el nivel del entendimiento, en entender los significados ocultos y los conceptos adicionales que surgen, sino que realmente tengo la sensación de “saborear”, de sentir un gusto especial en la boca, algo que me produce gozo y me hincha el corazón.

Está todo muy lejos del estudio metódico y frío de un investigador, sino que todo es palpar, es asombro de niño y gozo puro e inocente ante la inmensidad simple de lo que me dice la Palabra.

También me parece reconocer la acción del don de sabiduría, porque el contexto en que vivo estos conceptos e interpretación de lo que leo de la Palabra, es muy amplio, no está restringido a una escena, a un pasaje o una idea, sino

que se inserta, por ejemplo en este caso, en una visión amplia de la obra que el Espíritu quiere hacer en el mundo, en su Iglesia, y yo me siento inserto en esa magnitud, en ese plan grandioso.”

Se puede ir entendiendo así mucho mejor el proceso de la acción de los dones del Espíritu Santo. Su “activamiento” se produce durante la oración de contemplación, pero, luego de que el alma va viviendo esta acción con asiduidad y profundidad, los dones del Espíritu Santo actúan en cualquier momento en que son necesarios, aun sin estar “en oración” en forma propiamente dicha. Así, en mi caso, aparecía su acción cuando necesitaba preparar las enseñanzas.

Lo que ocurre, es que cuando se va avanzando en la oración, y ya se vive la contemplación, va desapareciendo el concepto de que hay tiempos o momentos de oración, y otros para hacer otra cosa. Se ingresa así en la experiencia de la “oración constante” o permanente, que no significa estar arrodillado todo el día con las manos unidas, sino que es la vivencia sin interrupciones a lo largo de todo el tiempo de la presencia de Dios, de su proximidad, de su importancia por encima de todo lo demás, donde poco a poco cada acción del día, por insignificante que sea, se la encomendamos a Él o se la ofrecemos para Él.

Eso permite la disponibilidad permanente para la acción de los dones del Espíritu, ya que se va dejando cada vez más de lado la iniciativa propia, racional, abandonándose siempre a lo que el Espíritu quiera mostrar y decir.

Pero, los dones siguen penetrando en su acción profunda en los momentos de oración y recogimiento, esos ratos de intimidad plena con el Señor, tanto personal como comunitaria, donde la contemplación se va haciendo cada vez más extensa en el tiempo.

En ese año 1998 trabajé a fondo el tema de los dones del Espíritu Santo, ya que tuve que preparar y dar las enseñanzas sobre cada uno de ellos. Yo he comprobado una y otra vez la verdad de lo que dice San Francisco de Sales en su “Introducción a la vida devota”: *“La buena manera de aprender es el estudiar, la mejor es el escuchar, y la buenísima es el enseñar”*. Yo no tengo dudas que el primer favorecido con mis enseñanzas soy yo mismo, tanto cuando las preparo como, sobre todo, cuando las doy, porque ese es el momento en que yo las vivo.

Ya a fines de ese año podía discernir con mucha más claridad de qué manera iban obrando los distintos dones, tal como lo escribía en noviembre de 1998:

“En esta semana, en las enseñanzas y oraciones en los grupos viví algunas cosas especiales. El miércoles tuve que dar dos enseñanzas: en el grupo 1 di la virtud de la justicia, y luego, a la noche, en el grupo 2, hablé sobre los dones de consejo y fortaleza.

Viví en todo ese día una sensación de mucho gozo y plenitud, motivada principalmente por como podía dar esas enseñanzas, y como eran recibidas. El gozo nacía de la sensación certera de ser movido claramente en mis palabras y expresiones por la acción del Espíritu, más específicamente, por sus dones.

Ya hoy es muy claro para mí que cuando el Señor confía un ministerio o una responsabilidad a alguien en su Iglesia, también pone a su disposición todos los auxilios sobrenaturales de la gracia para llevar a cabo ese ministerio como Él quiere. Lo que ocurre muchas veces es que los hombres se quedan solamente con el mandato de Dios, y quieren llevarlo adelante con su sola fuerza humana, y entonces les resulta muy dificultoso. Pero yo compruebo cada vez más claramente como, en el ejercicio de este ministerio que el Señor me ha confiado, que es el de ayudar a la formación y crecimiento espiritual, en cuanto me abro cada vez más a la acción del Espíritu Santo, éste viene en mi auxilio con la acción profunda de sus preciosos dones. Y precisamente la comprobación cada vez más evidente de esta acción en mí y en mis hermanos, es lo que me produce tanto gozo.

Me doy cuenta como, por momentos, actúan los dones intelectuales y el don de consejo en mí.

Primero, el don de ciencia, haciéndome ver con mucha seguridad la necesidad del grupo para su crecimiento espiritual, lo que me hace tener claro la necesidad del trabajo que hay que hacer.

Segundo, el don de inteligencia me permite abordar y entender muy fácilmente los libros espirituales y de teología, aún los que no son nada fáciles, y también captar el sentido profundo de la Escrituras, con una claridad y facilidad en ambos casos que no deja de asombrarme.

Hay otra operación después, que es la más importante, y yo adjudico a la acción del don de ciencia: poder llevar el tema que voy a dar en una enseñanza, desde la densidad teológica y la expresión compleja que encuentro en los textos especializados, a una forma simple y clara apta para el auditorio hacia quien va dirigida (grupos, servidores), y luego expresar con claridad esto en el momento de la enseñanza.

Como en esto está la acción profunda de este don, los resultados son importantes, porque tienen un sello sobrenatural, de la acción del mismo Espíritu Santo. Quizás también en esto último esté presente la acción del don de consejo, que me guía a la forma más adecuada de transmitir el tema, que ha sido previamente iluminado por los dones de inteligencia y ciencia.

En este punto del camino del crecimiento espiritual, les decía a mis hermanos del grupo 2, es importantísimo darnos cuenta que ya existe en nosotros la acción de todos estos dones, aunque en forma esporádica, y que lo que todavía nos

diferencia del perfecto, del hombre nuevo, del santo, es que en ellos los dones se manifiestan con su acción de una manera mucho más habitual.”

Creo que hay algo que a esta altura merece una aclaración: si, en general, me he referido más a mis propias experiencias, ha sido por una razón muy simple: creo que es la única manera de tratar de describir estas cosas tal como ocurren, partiendo de lo que ha pasado en uno mismo.

Es mucho más difícil, inseguro, y propenso a errores, describir lo que han vivido otros y han contado en qué consiste, porque, precisamente, las vivencias interiores, al ser sobrenaturales, son muy difíciles de explicar y describir por el pobre lenguaje humano, y se prestan a ser mal interpretadas por un tercero.

Con respecto a los dones del Espíritu Santo, no quisiera en absoluto que pueda quedar la sensación de que yo me presento como alguien que es favorecido generosamente por esos dones del Espíritu.

Si he transcrito el descubrimiento que fui haciendo en mí mismo de la acción de algunos de ellos, ha sido con el ánimo de mostrar de qué manera se puede reconocer su acción incipiente o más profunda, la cual es una experiencia muy íntima y muy difícil de explicar en general, para que otros quizás puedan ayudarse con ésta para reconocer en sí mismos que también ya actúan los dones del Espíritu.

En cuanto al hecho de ser favorecido por Dios, en el caso de los dones no hay nada que Dios dé en especial, porque ellos *están presentes en cada bautizado* que ha recibido la gracia habitual o santificante. No es para nada el caso de los *carismas extraordinarios*, que el Espíritu Santo otorga a quien quiere y cuando quiere, según los insondables designios de su Providencia. En mi propia persona el único carisma que puedo reconocer es el don de lenguas, el más simple de todos.

Por lo tanto, *todo cristiano* posee los dones del Espíritu, y, si avanza en el camino espiritual y es cada vez más dócil a las mociones que vienen del Espíritu Santo, necesariamente se deberán evidenciar en su acción, en forma progresivamente más clara y consciente.

Tengo que decir al respecto que son innumerables las vivencias de la manifestación de los dones del Espíritu Santo que conozco, en tantas personas con las que estuve en contacto a lo largo de todos estos años en que se ha ido desarrollando esta experiencia.

La acción de los dones del Espíritu Santo va apareciendo cada vez más claramente, en forma más profunda y constante, a medida que se va viviendo con mayor asiduidad la contemplación infusa. Pero, hay algo que es indudable: no todos los dones actúan con la misma intensidad en una persona, ya que según sea el llamado y la misión de cada cristiano, en base a los designios de la Providencia divina, se manifestará la preponderancia de unos dones sobre otros.

Por ejemplo, aquel cristiano que, como ocurrió con tantos en los principios de la Iglesia, tenga que sufrir el martirio, tendrá en forma eminente el auxilio de la acción poderosa del don de fortaleza, que le permitirá morir, por ejemplo, como un San Lorenzo, cantando mientras era asado vivo sobre una parrilla.

Mientras que el alma llamada a formar discípulos, a transmitir la Palabra, a evangelizar, tendrá acentuados los dones de inteligencia y sabiduría; y el sacerdote que deba ser confesor y guía espiritual, abandonándose a la acción del Espíritu Santo, seguramente recibirá en toda su amplitud la acción del don de ciencia, y ocurrirá, como en tantos casos conocidos, que el fiel que se le acerque a confesar o a pedir consejo, no tendrá ni siquiera que decirle una palabra, porque el Espíritu le mostrará al sacerdote todo lo que hay en ese corazón.

En mi caso personal, en el ministerio que el Señor, a través de la Comunidad, me ha ido encomendando, es natural que se manifiesten en principio en forma más notable los dones intelectuales antes que otros.

Sin embargo, en otros hermanos he visto como otros dones muestran con más intensidad su acción. El don de piedad surge impetuosamente en muchos, lo que les lleva a sentirse verdaderamente hijos del Padre, y, sobre todo, impulsa a ver a las personas como hermanos, hijos del mismo Padre celestial, y produce un efecto maravilloso: poder mirar al prójimo con los ojos de Cristo, con su misma mirada, que va mucho más allá de las apariencias exteriores.

En aquellas personas que son llevadas por el Espíritu Santo a ejercitar el ministerio de orar en grupos de oración, se observa muy claramente la acción de los preciosos dones.

Siempre que una persona “guía” una oración comunitaria, no hay duda que lo hace con el auxilio del Espíritu Santo, pero esta ayuda se da según dos formas diferentes.

En un caso la persona que ora lo va haciendo según su entendimiento natural ayudado por la acción de la gracia, es decir, “al modo humano”. Esto significa, por ejemplo, que va recurriendo a utilizar textos bíblicos que vienen al caso, ya

sea de memoria como leyendo, o a expresiones de adoración, alabanza, acción de gracias, pedido de perdón, etc. que usualmente expresa en sus oraciones de acuerdo a fórmulas ya utilizadas por la misma persona.

Esta forma de orar se reconoce bastante bien cuando uno escucha orar muchas veces a una misma persona, y se da cuenta que tiene una manera muy personal, distinta de otros, en su oración, ya que su “estilo” de oración, aunque inspirado y guiado por el Espíritu, se amolda a su lenguaje habitual, a su personalidad, a los temas “favoritos” que cada uno tiene.

En cambio, cuando se ora con mucha apertura a los dones del Espíritu, la oración por lo general es distinta, y en ella se va conjugando la acción de los dones de sabiduría, ciencia e inteligencia.

El don de sabiduría es el que produce en la oración la experiencia más profunda de la presencia de Dios y de su amor, “conocimiento sabroso” de las cosas de Dios, como lo define San Bernardo.

Cuando una persona abierta a la acción de los dones comienza a orar, se siente tan envuelta y sumergida en la presencia de Dios que lo que hace, en realidad, es decir lo que ella está “sintiendo” y “viendo” en su corazón, sin tener que “pensarlo”. Las palabras y las frases brotan de su interior sin que ella haga el menos esfuerzo intelectual, y muchas veces en su oración se “mezcla” una oración en lenguas, como si ya su vocabulario no fuera suficiente para expresar lo que siente.

Así es como resulta difícil encontrar un “patrón” en sus oraciones, que parecen siempre “distintas” a las anteriores.

También cuando ora está obrando en ella el don de ciencia, y su oración entonces va dirigida hacia la necesidad del grupo en ese momento, o quizás contempla alguna situación particular de alguien presente, porque “sabe” qué es por lo que tiene que orar, sin pensarlo y sin tener un conocimiento previo de una determinada necesidad.

Este aspecto se confirma casi siempre después que terminan las oraciones, cuando al dar testimonio los hermanos, dicen que se sintieron muy “tocados” por tal o cual parte de la oración, o alguno comparte que la oración “fue exactamente para mí”, produciéndose en ellos, por ejemplo, sanaciones de heridas interiores profundas, o luces especiales para afrontar dificultades que están viviendo.

Por último, el don de inteligencia también hace muchas veces su aporte, llevando a que su oración sea como una “aclaración” o “interpretación” de algún aspecto de la enseñanza desarrollada antes, o de la lectura de una Palabra, lo que permite que algunas personas que están escuchando puedan terminar de captar el sentido de la enseñanza, o logren entender como aplicar a sus situaciones personales algún aspecto de lo escuchado.

Yo he comprobado reiteradamente que estas oraciones así “inspiradas”, llevadas por el “modo divino” de la acción de los dones, llevan a sanaciones interiores muy profundas, sin ser las oraciones “clásicas” de sanación interior que se practican en la Renovación Carismática, donde se va recorriendo distintas etapas de la vida, y situaciones diversas que pueden haber ocurrido allí, pidiendo al Señor que sane las heridas recibidas, si las hubiera.

No significa que este último tipo de oración esté mal, ni mucho menos, pero lo que estoy tratando de explicar, y sé que no es fácil, es que la oración en un grupo donde tanto el que ora como los que están en el grupo pueden llegar a la contemplación, es distinta, y se sale de los moldes más conocidos en la Renovación, pero produce efectos profundísimos, aunque no se mencione a veces nada específico.

Es que cuando una persona vive intensamente la presencia y la cercanía de Dios en la oración, es Él mismo que se ocupa de obrar, según su voluntad, y no hace falta más que quedarse allí en esa inmensidad de amor.

Algunos experimentan también cada vez más fuertemente al don de temor de Dios, que los lleva a la vivencia profunda del respeto filial hacia Dios, y les muestra la propia miseria, hasta en las cosas más pequeñas, llevándoles a las lágrimas y a la contrición profunda por haber ofendido a ese Padre tan bondadoso, y hace a los que lo viven apartarse cada vez más de las actitudes del hombre viejo y del pecado.

Es importante una aclaración respecto a la acción de los dones del Espíritu Santo (no confundir con los carismas): en la experiencia de oración de muchas personas que están en la R.C.C. se manifiesta en ellos la acción incipiente de varios de los dones, aunque por desconocer su “funcionamiento” no se los toma en cuenta, y, de hecho, no se hace nada para aumentar la apertura hacia ellos.

De allí la importancia de conocer más sobre estas nuevas y preciosas facultades que posee el alma en estado de gracia, y sobre cuál debe ser la disposición para prepararse a recibir su acción sobrenatural.

Otra cuestión importante que se fue aclarando con el paso del tiempo y de nuevas experiencias vividas, es la referida al concepto de lo que es realmente una oración de contemplación infusa, en especial la vivida en forma comunitaria.

No es solamente una oración en silencio, como muchos creen al confundirla con la oración de “contemplación adquirida” o “contemplación ignaciana” que se desarrolla en los ejercicios espirituales según San Ignacio, que es una oración de meditación en silencio.

La contemplación infusa implica la acción de los dones del Espíritu Santo, lo que se experimenta y manifiesta de muchas maneras que no implican necesariamente el silencio.

Esto lo vimos claramente en un retiro de los grupos de Profundización que tuvo lugar en octubre de 2001. Esto es parte de lo que escribí al respecto el día siguiente del retiro:

“La primer oración, llevada por la enseñanza, fue una oración sobre todo de examen interior profundo, de ver como las situaciones de dolor y sufrimiento habían borrado a veces la figura del Señor. Y esto, de forma sorprendente para mí, desembocó en una oración de petición de perdón a Dios, por las veces que en esas situaciones se culpaba directa o indirectamente a Dios.

Fue una oración dura, fuerte, donde hubo quebrantamientos, y donde en un momento dado el dolor que se percibía era muy fuerte, y se hizo casi insoportable. Pero, el ministerio de música tocó inspiradamente una canción sobre Dios que nos ama, y el amor de Dios se fue derramando como un bálsamo sobre heridas que se iban cerrando y sanando.

La oración de la tarde fue mucho más extraordinaria: en ella se vivió realmente todo el poder de Dios. Fue en una parte de la oración que se cantaba en lenguas, y comenzó un ritmo creciente, con las guitarras y las palmas, que se fue transformando en canto y danza, y que, al escuchar la grabación, parece que es un gran ejército de miles y miles, marchando con el poder de Dios, en el clamor guerrero de un pueblo invencible.

Es algo sobrecogedor escuchar ese ritmo al que parece que se unen miles y miles de voces, y que estuviera grabado no en una capilla, sino en un gran valle abierto entre montañas.

Esta oración la escuchamos en el mismo retiro, cuando el sábado después de la merienda compartimos todos juntos los testimonios, y fue unánime la impresión: eran muchas más que setenta personas las que allí se escuchaban, y era impresionante la sensación de poder sobrenatural que se presentía en esa marcha y ese canto.

Yo sentí que era el clamor del pueblo judío frente a los muros de Jericó, y también era el canto de miríadas de ángeles del Apocalipsis.

Era un anticipo, por una parte, del fragor de la batalla final, en la Segunda Venida con poder y gloria de Jesús, donde serían destruidas las modernas Jericó, y, a su vez, también un adelanto de la gloria del cielo.

En realidad la vivencia más profunda de la adoración en la gloria del cielo se dio en la adoración al Santísimo Sacramento el sábado después de la cena.

Yo nunca viví antes una adoración así, en la que, durante una hora estuvimos frente al Señor, acompañados de los ángeles, y sobre todo de una presencia inmensa de la Santísima Virgen.

*Gracias a Dios pude grabar en forma completa esa oración totalmente sobrenatural, especialmente en su primera media hora. Fueron casi treinta minutos de canto en lenguas, un canto verdaderamente angélico, que poco a poco se fue transformando en un canto a **María** y **de María**, con reminiscencias del Ave María.*

Casi se puede definir el momento en que María descendió con toda su blancura y esplendor de Reina de los Ángeles y del mundo en medio de los que estábamos en esa pequeña capilla.

Muchos “sintieron” esta presencia, otros la “vieron” de distintas maneras, y todos, en general, la “oímos” en el canto totalmente sobrenatural que brotaba de las gargantas de los que estaban cantando de rodillas frente al sagrario.

No sé cuantas personas en el mundo de hoy pueden haber vivido una experiencia similar a esta oración de adoración; no creo que sean una gran cantidad, y por eso todos los que estuvimos allí esa noche podemos considerarnos muy afortunados y bendecidos de haber sido elegidos, según la voluntad del Señor, para compartir esa extraordinaria vivencia espiritual.

¿Cuál es el primer discernimiento de este retiro? Vimos y palpamos que la experiencia de oración de contemplación puede profundizarse cada vez más, se puede penetrar siempre más en la acción creciente de los dones del Espíritu, y que no hay límite en este sumergirse en el mar del Espíritu, como lo hizo Pedro lanzándose desde la barca en el mar de Tiberíades, para nadar vigorosamente hacia la unión con Dios.”

Lo descrito aquí se complementa con lo que se vivió en los testimonios de las personas que asistieron a este retiro durante la semana siguiente. El viernes 2 de noviembre de 2001 esto es lo que escribía:

“Pasó esta semana y compartimos en los grupos de Profundización la experiencia del retiro. En dos de los grupos escuchamos partes de las oraciones grabadas en el retiro.

Realmente es impresionante volver a escuchar lo que se vivió allí. Anoche escuché junto al grupo de nuevo la primera parte de la oración en la Capilla el sábado a la noche. No se puede describir con palabras lo que es esa oración, y revivirla junto a parte de los que estuvieron allí, y junto a otros que no se quedaron, fue una experiencia muy conmovedora.

Como comentaban los hermanos, una cosa que llama poderosamente la atención es la armonía en el canto, donde parece que todos “saben” cual es la melodía, como si estuvieran dirigidos por un eximio director (que sí está presente, y

es el Espíritu Santo). Una hermana dijo que ella cantaba, y “sabía” como seguía ese canto, aunque nunca lo había cantado, ya que era un “canto nuevo”.

Para mí hubo una conclusión muy importante entre tantas, en este retiro: yo sabía que la contemplación se vive muy claramente en la oración comunitaria, algo no descrito ni experimentado en la tradición mística de la Iglesia, y que representa la gran novedad de la actual etapa espiritual de esta época; pero lo que todavía no tenía muy claro es que se manifiesta bajo diferentes formas, y en este retiro se derrumbó algo que para muchos, cuando piensan en contemplación, es como un axioma: la contemplación se da en el silencio. No es así, al menos si cuando se habla de “silencio” nos referimos al silencio exterior, al no proferir sonido alguno.

La contemplación infusa, lo que implica es el “silencio interior”, que significa que se acallan nuestras ideas y pensamientos, que cesa nuestro razonamiento discursivo, y que nuestra inteligencia y nuestra voluntad se unen a Dios, por la acción de los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría.

Pero, como decía, esta contemplación no sólo se da en el silencio exterior, lo que sí puede ocurrir, sino en toda oración en que el Espíritu actúa a través de sus dones directamente en la mente y en la voluntad.

Así, tanto el sábado por la tarde como el domingo, se vivieron esas oraciones de ritmo y de danza, del ejército de los redimidos que marchaba, y eso era, en la mayoría, **pura contemplación infusa**.

Las voces que cantaban, las manos que se levantaban, los cuerpos que danzaban, lo hacían en total armonía, despojados claramente de sus ideas y pensamientos humanos, simplemente gozándose de la presencia del Señor, de María, de los ángeles y de los santos en medio de ellos.

Eso, por supuesto, es contemplación profunda, aunque pueda parecer erróneo para el punto de vista “clásico” de la contemplación.

Por supuesto también fue contemplación profunda la del sábado a la noche, sumergidos en ese canto en lenguas inefable, digno de los ángeles del cielo.

De esta manera, toma toda la luz esta conclusión importantísima: **la contemplación infusa, en la oración comunitaria, se da en el silencio, en el canto en lenguas, y en la danza con el cuerpo, y también cantando canciones en entendimiento.**”

Fueron sin duda muy importantes estas conclusiones, ya que daban mucha luz al tema de la experiencia de contemplación infusa vivida en una oración comunitaria., de la que prácticamente no se habla en los tratados de Teología Mística.

Teníamos claro ahora que la contemplación, como acción de los dones del Espíritu, no es algo vivido solamente en un silencio vocal y postración inmóvil, sino que el don de sabiduría, que produce “conocimiento sabroso” de la presencia de Dios, toca y afecta todo el ser, cuerpo y alma, y se expresa en el canto, la alabanza, el baile y la danza.

Respecto a esta experiencia, de la que no encontré relatos similares como decía antes, sí me llamó la atención la descripción de una clase de oración por Santa Teresa de Jesús, en su libro “Las Moradas”, moradas sextas, capítulo sexto, que ella llama “oración extraña”, y que tiene todos los elementos que la hacen *una oración de contemplación comunitaria en la que aparece canto y alabanza en lenguas*.

La oración de las sextas moradas es la llamada *oración extática*, y aquí Santa Teresa está describiendo los arrobamientos y éxtasis que se viven en ella:

“Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente, da nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración extraña, que no sabe entender que es.

Porque si os hiciere esta merced, le alabéis mucho y sepáis que es cosa que pasa, la pongo aquí.

Es, a mi parecer, una unión grande de las potencias, sino que las deja nuestro Señor con libertad para que gocen de este gozo, y a los sentidos lo mesmo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan.

Parece esto algarabía, y cierto que pasa así, que es un gozo tan excesivo del alma que no querría gozarse a solas, sino decirlo a todos, para que la ayudasen a alabar a nuestro Señor, que aquí va todo su movimiento.”

En esta descripción parece no haber dudas de que se trata de una oración en lenguas. Santa Teresa dice que es una “oración extraña”, “unos júbilos”; júbilo significa, según el diccionario “viva alegría, manifestada con signos exteriores”.

Pero esos signos exteriores, que son alabanzas que provienen de un gozo profundo, “excesivo” como define la Santa, parecen “algarabía”. Recurriendo nuevamente al diccionario encontramos que “algarabía es “lengua árabe”, y, en sentido figurado “lenguaje o escritura ininteligible, manera de hablar atropelladamente, gritería confusa de varias personas que hablan a un mismo tiempo”.

Lenguaje que no se entiende, confuso, que parece “lengua árabe”, ¿puede darse una descripción más clara de una alabanza en lenguas?

Santa Teresa coloca en las sextas moradas esta oración, donde por otra parte todos los autores de Teología Mística colocan la aparición de las llamadas “gracias dadas gratis” o carismas extraordinarios, como el don de lenguas.

La Santa define que esta oración no sólo es una unión con Dios de las potencias del alma, entendimiento y voluntad, características de las cuartas y quintas moradas respectivamente, sino también del cuerpo y de los sentidos, lo que define las sextas moradas.

Algo muy interesante es que no sólo es la descripción de una oración en lenguas, sino también que es una *oración comunitaria*. Veamos lo que describe un poco más adelante:

“Algunas veces me es particular gozo cuando, estando juntas, las veo a estas hermanas tenerle tan grande interior, que la que más puede, más alabanzas da a nuestro Señor de verse en el monasterio; porque se les ve muy claramente que salen aquellas alabanzas de lo interior del alma.

Muchas veces querría, hermanas, hiciédeses esto, que una que comienza, despierta a las demás. ¿En qué mejor se puede emplear vuestra lengua cuando estéis juntas, que en alabanza de Dios, pues tenemos tanto porque se las dar? Plega a su Majestad que muchas veces nos de esta oración, pues es tan segura y gananciosa: que adquirirla no podemos, porque es cosa muy sobrenatural; y acaece durar un día, y anda el alma como uno que ha bebido mucho, más no tanto que esté enajenado de los sentidos, o un melancólico, que del todo no ha perdido el seso, más no sale de una cosa que se puso en la imaginación, ni hay quien lo saque de ella. Harto groseras comparaciones son éstas para tan preciosa causa, mas no alcanza otras mi ingenio, porque ello es así: que este gozo la tiene tan olvidada de sí y de todas las cosas que no advierte ni acierta a hablar, sino en lo que procede de su gozo, que son alabanzas de Dios.”

La Santa dice que esto ocurre en las hermanas “estando juntas”, y que muchas veces esta “oración extraña” comienza en una de las monjas, y se propaga a las demás que están escuchando. Esto pasa exactamente en un grupo cuando comienza el canto en lenguas, que arranca en unos pocos y va creciendo en los demás, que se van uniendo al mismo hasta que se generaliza.

Santa Teresa dice que es una oración “tan segura y gananciosa”, y que “adquirirla no podemos, porque es cosa muy sobrenatural”. Viene del Espíritu Santo, no de la mente humana, por eso es tan segura, e inevitablemente este pensamiento lleva a la Carta a los Romanos: ***“Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos como pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables”*** (Rom. 8,26).

Agrega también la Santa que cuando esto ocurre “anda el alma como uno que ha bebido mucho”, lo que también lleva a recordar lo que decía la gente al escuchar después de Pentecostés a los apóstoles y discípulos que hablaban en lenguas: ***“Se decían unos a otros: “¿Qué significa esto?” Otros, en cambio, decían riéndose: “Están borrachos”.*** (Hech. 2,12-13).

Termina diciendo al final que ese gozo sobrenatural hace que no acierte a hablar, lo que seguramente se refiere a hablar según el entendimiento humano, sino solamente dice lo que viene de ese gozo, que son alabanzas en lenguas a Dios.

Quizás haya quienes al leer esto que escribí piensen que estoy forzando la interpretación sobre este pasaje de “Las Moradas”, y probablemente habría quienes se escandalicen al escuchar que alguien diga que Santa Teresa y sus monjas oraban comunitariamente en lenguas, pero para aquel que ha tenido la experiencia de vivir la contemplación en el canto en lenguas, esta descripción es absolutamente clara y comprensible.

Conclusiones sobre la experiencia de Profundización.

Quisiera reseñar ahora, para tratar de que quede claro, en qué ha consistido esta experiencia vivida en estos últimos años. Allí encontramos manifestaciones que son habituales en los grupos de oración de la Renovación Carismática Católica: oración y canto en lenguas, visiones de distinto tipo, profecías, “descansos en el espíritu”. Pero, por supuesto, lo importante es lo que ocurre en el interior de las almas, y esto es lo que quiero resumir ahora, para no dejar de ver al bosque por mirar solamente el árbol, para que se pueda distinguir, de alguna manera, la “novedad”, al menos para los que la vivimos, de esta experiencia de “Profundización”.

Lo primero significó avanzar mucho más de lo que todos habíamos hecho hasta ese momento, en la purificación interior, en realmente “morir a sí mismo”, morir a ese yo del “hombre viejo” que ocupaba todavía en forma más o menos clara el centro de nuestra vida, y, diríamos, tenía en general el control sobre la mayoría de nuestras acciones.

Esto significó trabajar muy a fondo, con enseñanzas, oraciones, talleres y exámenes personales, una multitud de temas que representan actitudes de “hombres viejos” y que pueden llevar a manifestaciones de pecado, incluso graves.

Desfilieron así, a lo largo de ese primer trabajo, el morir a la soberbia, al egoísmo, al odio y la falta de perdón, al apego a lo material y al dinero, a la mentira, a la envidia, a la ira, a las expresiones del ocultismo, a la impureza, y otras más. Se buscó tomar conciencia de la existencia de algunas de estas cosas en cada uno, con la luz del Espíritu Santo, para poder enfrentarlas e ir muriendo a ellas.

Luego, se fueron trabajando las virtudes cristianas una a una, las teologales y las cardinales con todas sus derivadas principales, con un enfoque muy práctico para vivirlas realmente, ya que cuando se va dejando actitudes arraigadas de pecado o de manifestación del “hombre carnal”, es necesario reemplazarlas por otras, que implican el ejercicio de las virtudes infusas, las que, a su vez, contribuyen a desarraigar aun más las antiguas actitudes.

Avanzando en esta *purificación activa* y en el ejercicio de las virtudes, nos encontramos que nuestra oración, a partir de la oración comunitaria en los grupos, se iba transformando; se fue haciendo más “interior”, fue desapareciendo el discurso, y aparecieron vivencias muy profundas de encuentros con el Señor y con María. Ingresamos así, de a poco, en la nueva dimensión de la *contemplación infusa*, de la experiencia mística propiamente dicha.

Allí nos lanzamos a conocer, a través de muchas enseñanzas, el camino tradicional del crecimiento espiritual que nos presenta la “antigua” Teología Mística, lo que por un lado, nos clarificó notablemente muchas de las cosas que estábamos viviendo o ya habían ocurrido en nuestra vida espiritual, y, por otra parte, nos permitió “ver” con mucha más claridad hacia donde debíamos ir, y como hacerlo, para ir viviendo cada vez más plenamente la vida cristiana, y poder llegar un día a la *unión con Dios*.

Quizás el “descubrimiento” más importante en esta etapa fue el de darnos cuenta que, con el poderoso impulso de la “efusión del Espíritu”, y de la renovación de lo que habíamos recibido en nuestro bautismo, todo ese camino que parecía estar reservado para muy pocos consagrados, de pronto se hacía accesible, *porque ya lo estábamos recorriendo*, a laicos comunes como todos nosotros.

Se despertó así un gran deseo y sed de santidad, y se fueron perdiendo los temores que a veces produce esa palabra tan fuerte cuando un laico se la trata de aplicar a sí mismo.

Fuimos entonces dándole la importancia que deben tener a los dones del Espíritu Santo, sacándolos del “olvido” en que estaban sumergidos dentro de la Renovación Carismática Católica, deslumbrada y encandilada sobremedida por los carismas extraordinarios.

Con sorpresa primero, y mucho gozo después, fuimos reconociendo poco a poco como se manifestaban en nosotros, cuando actuaban, como aparecían de pronto como un “flash” o “relámpago” del Espíritu que nos sacudía y asombraba. Vimos también que a medida que nuestra disposición se hacía mayor, y las vivencias de la contemplación eran más profundas, estos dones se iban evidenciando con más claridad.

Yo diría que fuimos pasando en forma progresiva desde lo más sensible, lo más exterior, a lo más profundo, más interior, más íntimo en cuanto a la experiencia de Dios, y sobre todo, a tener en claro lo que significa ser más “pasivos” en lo referente al Espíritu Santo, lo que no implica no hacer nada, sino *hacer cada vez menos nosotros*, a partir de nuestras propias ideas y esfuerzos, y dejar *hacer cada vez más al Espíritu*, según la voluntad de Dios.

Así fue apareciendo la evidencia del trabajo secreto y directo del Espíritu Santo a través de la acción de sus dones, para ir completando más aun la primera purificación, lo que implica las llamadas *purificaciones pasivas*, o “noches” según las llama San Juan de la Cruz.

Podría decir que esto ha sido lo que se fue planteando y descubriendo a lo largo de los primeros ocho años de esta experiencia, comprendidos entre 1995 y 2002. De alguna manera significó avanzar por el camino que plantea la teología ascética y mística, con el impulso de la “efusión en el Espíritu”, pasando por las etapas necesarias de purificación, para ir avanzando hacia la manifestación de los dones del Espíritu Santo.

Ya durante el transcurso del año 2001 se planteaban inquietudes importantes respecto a esta experiencia, y una de las principales era esta: si es cierto que en estos grupos se están viviendo experiencias de oración de contemplación que permiten reconocer las que ocurren hasta las sextas moradas de Santa Teresa, ¿por qué no se manifiesta todavía la santidad de vida que se supone se vive allí?

Esta pregunta venía en forma constante a mi mente, en distintas formas y circunstancias, y poco a poco fue llegando la luz.

El 31/7/2001 reflexionaba escribiendo en mi “diario de viaje” estas consideraciones:

“En estos días estuve relejendo el libro “Teología de la mística”, de Jiménez Duque. No es un libro simple ni fácil de leer, pero me ha traído mucha luz sobre distintas cosas. Al principio, en la nota sobre el primer capítulo, dice: “Misterio es la realidad vivida desde dentro de ella misma, identificada de algún modo con el sujeto que la padece. “Problema” es esa misma realidad hecha objeto, puesta fuera del sujeto, que desde fuera de ella misma trata de conocerla y penetrarla. La vida espiritual es un misterio y un problema. Como misterio es lo que llamamos “mística”; mejor, “teología mística”. Como problema sería la “teología de la mística”, la teoría en torno al hecho.

Pues bien, los primeros tiempos del cristianismo viven el misterio de esa vida espiritual, es decir, el misterio de la perfección que ella exige. Es el misterio del cristianismo vivido hasta sus últimas consecuencias (el martirio será la suprema).

Pronto, sin embargo –ello es profundamente humano, el hombre es curioso por naturaleza-, se plantea como problema y surge la teoría.”

El autor reseña luego, a través de las distintas épocas del cristianismo, como fue evolucionando la teología de la perfección.

La lectura de este pasaje a mí me volvió a plantear, como con una luz vivísima, el hecho de que, al principio del cristianismo, hubo vivencias muy fuertes del Espíritu, pero que carecían todavía de un fundamento teológico, y en las que, al principio, se dio una explicación indudablemente equivocada: se estaba reviviendo la experiencia de Pentecostés, se sucedían “nuevos Pentecostés”, cuando en realidad no era así.

Cuando una vez convertido el Imperio Romano al cristianismo, algo más de 200 años después de la muerte de Cristo, se diluye la vivencia profunda de la fe como experiencia vital, que llevaba a hombres y mujeres comunes hasta la heroicidad del martirio, y se comienza a centrar toda la atención en la defensa del dogma frente a las distintas herejías que surgían por doquier, y va desapareciendo la experiencia masiva de la acción del Espíritu.

Yo diría que se pasa, siguiendo al autor citado, desde la preponderancia del misterio, o de la vivencia mística, a la influencia de la teoría, de la teología dogmática.

En cuanto a la teología de la mística, habiendo desaparecido, al menos a nivel masivo, la experiencia del Espíritu, se va desarrollándose, pero basándose más en lo nuevo que surge, que es el monacato, a partir de los Padres del desierto.

Aquí hay un enfoque muy distinto al del inicio del cristianismo, que es el enfoque ascético, donde el hombre pone primero todo su esfuerzo y sacrificio, apartándose del mundo, para tratar de llegar algún día a la iluminación, a la vivencia mística, que era por donde arrancaban los cristianos de los primeros tiempos, a partir de la “efusión” del espíritu.

Lamentablemente durante casi dieciocho siglos de la historia de la Iglesia, toda la teología mística partió del enfoque ascético-místico para la perfección cristiana, lo que descartaba que pudiera darse nuevamente en forma masiva la experiencia del Espíritu de los primeros tiempos, y reducía a unos pocos consagrados que se apartaban del mundo la posibilidad de la vida cristiana en plenitud y perfección, es decir, la vida mística.

Surgió así la desgraciada diferenciación entre la espiritualidad “seglar” o “laica”, con alcances muy modestos, y la espiritualidad de los consagrados, o “ministerial”, como bien lo señala H. Mühlen en “Espíritu, Carisma y Liberación”. Pero, en nuestra época, vuelve a irrumpir masivamente la experiencia del Espíritu como en los primeros tiempos, lo que hace replantear, de alguna manera, el camino tradicional de la Teología Mística.

Siguen iluminando mucho este tema las palabras del P. Cantalamessa en “Ungidos por el Espíritu”:

“En el pasado –al menos en los manuales de ascética que estudiábamos nosotros cuando éramos jóvenes- se razonaba por lo general así: es necesario partir de la mortificación, de la renuncia, del esfuerzo, para llegar un día al fervor y a los dones espirituales. Es necesario atravesar la vía purgativa para llegar a la vía iluminativa y a la experiencia de Dios. Cada fervor que se manifieste antes de este momento se debe considerar sospechoso, o al menos superficial.

Todo esto es verdad y ¡ay de nosotros si nos olvidamos de esto aunque sea solo por un momento! Pero no es todo; de hecho, si no se está atento, en este modo se termina por hacer de la gracia y de los carismas un efecto de nuestros esfuerzos, es decir, un mérito, más que un don.

Una de las desventajas de la presentación escolástica del problema es que son muy pocos los que llegan a tener la experiencia de Dios en el Espíritu. ¿Y entonces qué hacer? Es necesario poner junto a esta perspectiva tradicional aquella más bíblica: la de la embriaguez espiritual. Nosotros no tenemos necesidad del Espíritu sólo al final, como coronamiento de un camino, sino sobre todo al inicio de éste. Es necesario recorrer el camino de la santidad en las dos direcciones. Es cierto que hay que practicar la mortificación, la ascesis, es decir, la sobriedad, para llegar a la experiencia de Dios, es decir, a la embriaguez, pero también es cierto que es necesario haber experimentado la potencia de Dios para abrazar el camino de la renuncia.

Esta segunda es la vía que Jesús hizo seguir a los apóstoles. Antes de Pentecostés ellos no fueron capaces de poner en práctica casi nada de lo que habían escuchado de Jesús mismo. Después en cambio... No recibieron el Espíritu en Pentecostés porque se habían purificado, sino que se purificaron porque habían recibido el Espíritu.

A esta fundamental necesidad responde el bautismo en el Espíritu.”

Aquí en este texto aparece la clave fundamental respecto a la pregunta que me venía planteando. Con la antigua forma de recorrer el camino espiritual, con la larga primera etapa ascética, los que realmente perseveraban y avanzaban llegaban a un grado de purificación muy alto, conseguido en la soledad de las ermitas o en el ambiente comunitario de los monasterios.

Cuando después se iban abriendo a la manifestación de los dones del Espíritu, esto se producía en almas purificadas bastante y con un gran avance en su lucha contra el pecado.

Pero, los hombres y mujeres de hoy no pueden vivir de esta forma la purificación, y por eso necesitan un impulso muy fuerte del Espíritu, con manifestaciones concretas, para ir avanzando en una purificación interior aún insertos en el mundo como están.

El P. Cantalamessa lo expresa muy claramente, ejemplificando el tema con los apóstoles: *“No recibieron el Espíritu en Pentecostés porque se habían purificado, sino que se purificaron porque habían recibido el Espíritu. A esta fundamental necesidad responde el bautismo en el Espíritu.”*

Es así que encontramos en los cristianos de hoy que comienzan a vivir en plenitud la vida divina recibida en el bautismo una situación en que las manifestaciones de los dones del Espíritu se “adelantan” respecto a la consideración tradicional de la Teología Mística, coexistiendo su acción incipiente con manifestaciones todavía claras del “hombre viejo”.

Pero precisamente la poderosa acción de los dones ayudará a lograr un avance en la vida de las virtudes infusas, “quemando” de alguna manera ciertas etapas largas y fatigosas que ningún laico de nuestra época podría afrontar.

Lo que sin duda al día de hoy tenemos muy claro todos los que hemos tomado parte de la experiencia de los grupos de “Profundización”, continuada en los últimos cinco años por la de la “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual” ([ver “Quienes somos”](#)), es que no hemos llegado a ninguna meta, que por lo demás, en la vida espiritual aquí en la tierra no existe, porque siempre va a haber más, sin importar hasta donde se llegue.

Sólo sabemos que hemos avanzado, que hemos ido, a partir de un día, “más allá del desierto”, como nos cuenta el libro del Éxodo que hizo Moisés, después de estar muchos años apacentando las ovejas de su suegro siempre en el mismo lugar.

Este ha sido un camino de descubrimiento permanente, de búsqueda, de ir más allá de los caminos que todos conocíamos y habíamos recorrido antes, cometiendo muchos errores y aprendiendo de ellos, siguiendo a veces direcciones equivocadas y corrigiendo el rumbo, pero que ante todo fue una experiencia personal de los servidores, que se fue discerniendo y trasladando y explicando a los hermanos de los grupos,

A todos los que nos ha tocado participar de esta nueva experiencia nos ha movido un impulso que nos fue llevando día a día a avanzar en este camino nuevo y fascinante, que, en última instancia, implica unir el “nuevo” camino de la experiencia del Espíritu en la R.C.C. con el “viejo” y tradicional camino de la Teología Mística católica.

Este impulso, que es sin duda por la acción del Espíritu, nace y aumenta al ver que realmente surgen frutos de conversión profunda y de deseos de santidad.

Está en todos nosotros el deseo profundo de seguir caminando, de seguir creciendo, porque no tenemos dudas de que si perseveramos, seguiremos abriendo este camino nuevo e inexplorado por nosotros.

Ojalá que este testimonio impulse a otros a emprender un camino similar, desarrollando su propia experiencia, dentro de la multiforme manera de obrar y de manifestarse que tiene el Espíritu Santo.

Somos conscientes que hay una riqueza práctica y experimental acumulada en estos años, de aciertos y errores, de marchas y contramarchas, y eso es lo que estamos tratando de transmitir hoy a aquellos que manifiesten su interés en este camino de crecimiento espiritual.

El otro aspecto que quiero resaltar como conclusión importante es el hecho que la experiencia mística no queda de ninguna manera circunscripta simplemente a una experiencia de oración, sino que trasciende a la vida entera de la persona que la vive, sanándola y transformándola. Debemos desechar totalmente la falsa imagen de los místicos como personas que están encerrados todo el día en una celda, arrodillados con las manos unidas y los ojos vueltos hacia arriba, orando sin parar, o viviendo en éxtasis desconectados totalmente del mundo que los rodea.

Santa Teresa de Jesús fue una empecinada fundadora de convento tras convento, viajando en carreta de un lado a otro de España, a pesar de su salud deteriorada, impulsada por todo lo que vivía en su interior. Y así, multitud de otros santos y místicos conocidos. Santa Catalina de Siena intervino activamente en los asuntos de estado de su época, con una claridad y lucidez absolutamente incompatibles con su escasa cultura, pero movida fuertemente por el don de consejo.

Para los laicos que vivimos en el mundo, debe estar muy claro esto, y entender que la experiencia mística y la transformación profunda que provoca, se verá necesariamente reflejada en nuestra vida.

Quiero dejar sentado que este trabajo, que con el correr del tiempo y en función de más experiencia y aportes, que sin duda surgirán, irá cambiando y mejorándose, no implica llegar a ninguna meta de perfección o santidad.

Lo que tenemos claro es que sí permite a aquellos que realmente hayan tenido perseverancia y dedicación el adquirir una base de medios y herramientas espirituales prácticas tales que, de seguir utilizándolas y perseverando, un día, en el tiempo que sólo conoce el Señor, puedan realmente llegar a una verdadera transformación en hombres nuevos, es decir, puedan llegar a vivir la transformación de Pentecostés, la que tuvieron los apóstoles y discípulos a partir de la experiencia del Cenáculo, que no es la vivencia de la “efusión” del Espíritu, la que es una gracia de impulso inicial que se va renovando en nuevos impulsos en la vida del carismático.

Como nos enseña la teología mística, Pentecostés es la unión transformante o matrimonio espiritual, la cumbre de la vida cristiana, donde ya se vive en forma casi habitual y permanente la acción de los dones del Espíritu Santo.

CAPITULO 6: RENOVAR LA RENOVACION CARISMATICA CATOLICA.

¿Por qué renovar la Renovación Carismática?

A lo largo de este estudio fuimos concluyendo que hay razones para “renovar la Renovación”, porque la misma, de alguna manera, se ha ido apartando de los fines para las que fue suscitada por el Espíritu Santo, o quizás porque el camino que está recorriendo mantiene ciertas limitaciones que le están dificultando lograr esos objetivos.

El obstáculo principal, del cual se derivan en la práctica todos los demás, está radicado en el desconocimiento práctico, en mayor o menor medida, de cuál es el camino para avanzar en la perfección espiritual, o la santidad de vida, para los hombres y mujeres comunes de esta época tan particular de la historia de la humanidad.

El redescubrimiento de la experiencia personal del Espíritu Santo, y de la acción de los carismas que Él regala, ha movilizó a millones de católicos dentro de la Renovación Carismática, pero luego que han pasado casi cuarenta años, se evidencia que el avance hacia una verdadera y más o menos difundida santidad de vida entre esos millones de fieles, todavía no se ha logrado.

Al ignorarse el camino propuesto desde hace siglos por la doctrina desarrollada por la Teología Ascética y Mística para avanzar hacia un verdadero crecimiento en santidad, o al creer que el mismo es totalmente impracticable para el fiel de nuestra época, que debe vivir y desarrollar su fe inserto en un mundo tan complejo y hostil a todo lo espiritual como es el actual, la Renovación Carismática Católica se ha aferrado a su propia experiencia “pentecostal”, muy influenciada, sobre todo al principio, por la herencia recibida de los “pentecostales clásicos”, con vivencias de la experiencia “carismática” desde muchas décadas anteriores a los católicos.

La Renovación Carismática enfrenta hoy este obstáculo principal, de no haberse insertado en la espiritualidad plena de la Iglesia Católica, por lo que se ha afirmado como un movimiento más en la Iglesia, muy fuerte y con muchísima gente que participa en él como en ningún otro movimiento actual de la Iglesia, pero que mantiene y afirma cada vez más su identidad de movimiento.

Las consecuencias que se derivan de esto se evidencian en distintos aspectos de la realidad actual de la R.C.C. Hemos visto que se confunde y sobrevalora el papel que desempeñan los carismas en la vida espiritual, adjudicándose a ellos capacidades que no corresponden a su función.

Se da también muchas veces un valor exagerado al “bautismo” o “efusión” del Espíritu, pensando que el mismo lleva a las personas que lo viven a un grado de apertura al Espíritu muy grande, viviendo una experiencia de “Pentecostés hoy” que los encaminará rápidamente a la santidad por caminos deliciosos, que hace dejar de lado, e incluso despreciar por “obsoleto” el áspero camino de la cruz.

La vivencia de oración que se manifiesta en los grupos de oración es en general una oración de principiantes en la vida espiritual, y no ayuda a penetrar en la dimensión de la contemplación infusa, donde aparece la apertura a la acción de los siete dones del Espíritu Santo, que producirá el verdadero avance a la vida “en el Espíritu”.

Todos estos obstáculos hacen que el crecimiento en la vida espiritual se estanque, y no se produzca el avance deseado hacia una conversión profunda que lleve poco a poco a un crecimiento en santidad.

Por lo tanto, la Renovación Carismática debe ser “renovada”, para que pueda ir más allá de sus actuales caminos, superando los impedimentos que la retienen y no la dejan avanzar hacia los fines y objetivos para los que fue suscitada por el Espíritu Santo.

Estos, según ya analizamos, consisten principalmente en insertar profundamente en toda la vida de la Iglesia la experiencia del Espíritu, para, desde allí, avanzar decididamente hacia una verdadera vida cristiana, cuya plenitud es la santidad.

Renovación y la Carta “Novo millenio ineunte”

Es muy interesante analizar lo que el Papa Juan Pablo II pidió para la Iglesia toda en el nuevo milenio en su Carta Apostólica “Novo Millenio Ineunte”, dada el 6 de enero del 2001, dado el indudable carácter profético de la misma.

La Renovación Carismática Católica no puede sustraerse a la consideración de lo que el Papa Juan Pablo II propuso y pidió a la Iglesia del tercer milenio de la era cristiana, y deberá analizar, como el resto de los integrantes de la Iglesia Católica, de qué manera inserta su acción y su espiritualidad en este contexto desarrollado por el Santo Padre.

Vamos a ver algunos de los puntos de esta carta que merecen una consideración por su relación con lo que se ha desarrollado en este estudio:

En el Capítulo 3 el Papa Juan Pablo II plantea la manera práctica de llevar al mundo la experiencia de la contemplación del rostro de Cristo y lo que ella implica:

“29. **No se trata, pues, de inventar un nuevo programa.** El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. **Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste.** Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene en cuenta el tiempo y la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz...

Nos espera, pues, **una apasionante tarea de renacimiento pastoral.** Una obra que implica a todos. Sin embargo, deseo señalar, como punto de referencia y orientación común, *algunas prioridades pastorales* que la experiencia misma del gran jubileo ha puesto especialmente de relieve ante mis ojos.”

Al contrario de lo que muchos creen, el Papa recuerda que no puede haber un nuevo programa para enfrentar los desafíos del tiempo actual. El programa ya existe, y es el que se basa en el Evangelio y en la Tradición viva de la Iglesia, y el Santo Padre lo resume magníficamente en los tres pasos fundamentales y consecutivos de la vida cristiana: **conocer, amar e imitar a Cristo.** Lo nuevo es encontrar la forma para comunicarlo y darlo a conocer al mundo de hoy.

Lo importante es que el Papa no se queda simplemente en el “qué” hay que hacer, sino que desarrolla a continuación en detalle el “cómo” hacerlo, basado en toda la riqueza de la Iglesia, indicando así muy concretamente cuáles deben ser las *prioridades pastorales* de la Iglesia del nuevo milenio:

a) La santidad.

30. “En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la *santidad*. ¿Acaso no era este el sentido último de la indulgencia jubilar, como gracia especial ofrecida por Cristo para que la vida de cada bautizado pudiera purificarse y renovarse profundamente?

Espero que, entre quienes han participado del jubileo, hayan sido muchos los beneficiados con esta gracia, plenamente conscientes de su carácter exigente. Terminado el jubileo, empieza de nuevo el camino ordinario, pero **hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral.** Conviene además descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, dedicado a la “vocación universal a la santidad”. Si los Padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante...

Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado. Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: “*Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación*” (1 Tes 4,3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: “Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor” (Lumen gentium 40).

31. Recordar esta verdad fundamental, poniéndola como fundamento de la programación pastoral que nos atañe al inicio del nuevo milenio, podría parecer, en un primer momento, algo poco práctico. ¿Acaso se puede “programar” la santidad? ¿Qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral?

En realidad poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, **si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre**, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, “¿quieres recibir el bautismo?”, significa, al mismo tiempo, preguntarle, “¿quieres ser santo?” Significa ponerle en el camino del sermón de la Montaña: “*Sean perfectos como es perfecto el Padre celestial*” (Mt. 5,48).

Como el Concilio mismo explicó, este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos “genios” de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno.

Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “alto grado” de la vida cristiana ordinaria... Pero también es evidente que los caminos de la santidad son personales y exigen una *pedagogía de la santidad* verdadera y propia que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia.”

El centro de las prioridades pastorales para la Iglesia de hoy el Papa lo ubica resueltamente en una sola dirección: **la búsqueda de la santidad**, y define que esta acción es “mas que nunca una urgencia pastoral”. Para esto reclama descubrir en todo su valor como programa la “vocación universal a la santidad” definida en el Concilio Vaticano II. También el Papa exhorta a “proponer de nuevo a todos con convicción este *alto grado* de la vida cristiana ordinaria”, recordando que la santidad no es algo extraordinario, reservado para unos pocos privilegiados o “genios” de la santidad.

A continuación el Papa entra directamente a explicar lo que llama la “pedagogía de la santidad”, es decir, los medios principales de que dispone el cristiano para avanzar en el camino que lleva a la perfección cristiana, y que “deben enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia”. Esto significa que ningún componente de la Iglesia queda excluido de la necesidad de aplicar esta “pedagogía de la santidad”, ya que abarca desde los “tradicionales” hasta los “nuevos”, como es la renovación Carismática Católica, entre otros.

b) la oración.

32. “Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el *arte de la oración*. Es preciso aprender a orar, como aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro, como los primeros discípulos: “*Señor, enséñanos a orar*” (Lc 11,1).

33. ¿No es acaso un “signo de los tiempos” el que hoy, a pesar de los vastos procesos de secularización, se detecte una *difusa exigencia de espiritualidad*, que en gran parte se manifiesta precisamente en una *renovada necesidad de orar*? También las otras religiones, ya presentes extensamente en los territorios de antigua cristianización, ofrecen sus propias respuestas a esta necesidad, y lo hacen a veces de manera atractiva. Nosotros, que tenemos la gracia de creer en Cristo, revelador del Padre y Salvador del mundo, debemos enseñar a qué grado de interiorización nos puede llevar la relación con él.

La gran tradición mística de la Iglesia, tanto en oriente como en Occidente, puede enseñar mucho a este respecto. Muestra cómo la oración puede avanzar, como verdadero y propio diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre. Entonces se realiza la experiencia viva de la promesa de Cristo: “*El que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él*” (Jn 14,21). Se trata de un camino sostenido enteramente por la gracia, el cual, sin embargo, requiere un intenso compromiso espiritual que encuentra también dolorosas purificaciones (la “noche oscura”), pero que llega, de tantas formas posibles, al indecible gozo vivido por los místicos como “unión sponsal”. ¿Cómo no recordar aquí, entre tantos testimonios espléndidos, la doctrina de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús?.

Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser *auténticas “escuelas de oración”*, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el “arrebato del corazón”.

Ciertamente, los fieles que han recibido el don de la vocación a una vida de especial consagración, están llamados de manera particular a la oración: por su naturaleza, la consagración les hace más disponibles para la experiencia contemplativa, y es importante que ellos la cultiven con generosa dedicación. **Pero se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida.** Especialmente ante tantos modos que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino “cristianos con riesgo”. En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición. **Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta en alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral.”**

El medio por excelencia, el que se distingue ante todo para la búsqueda de la santidad, el que destaca Juan Pablo II, es el *arte de la oración*. Afirma que “es necesario aprender de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro”, y, para lograr en la práctica este objetivo de aprendizaje, dice que “la gran tradición mística de la Iglesia puede enseñar mucho a este respecto”.

¡El Papa revaloriza en este tercer milenio la gran experiencia de la teología mística de la Iglesia, especialmente en lo referente a la oración! Algo que muchos teólogos daban como perimido para esta época, como algo impracticable para los fieles de hoy, vuelve a tener vigencia y actualidad, nada menos que a través de la voz autorizada del sucesor de Pedro.

Esto es cierto según los esquemas tradicionales del camino de la evolución mística, pero en esta Carta Apostólica el Papa plantea la necesidad de recurrir, en el mundo de hoy, nuevamente a la tradición mística de la Iglesia, para desarrollar el “arte de la oración”, como medio fundamental para avanzar hacia la verdadera santidad.

Y no hay ninguna duda que el Papa se refiere a **todos los grados de la oración**, hasta los más elevados de la contemplación infusa, las últimas “moradas” descritas por santa Teresa, que culminan con la “unión esponsal” o místico “matrimonio espiritual”.

Y también recuerda, según la más pura doctrina mística de San Juan de la Cruz, la necesidad de pasar por las purificaciones pasivas, llamadas “la noche oscura” de los sentidos y del espíritu, para llegar a la unión transformante final, que, según los autores místicos, significa la vivencia plena de la experiencia de Pentecostés.

Por lo tanto, a pesar de las opiniones de los místicos “modernos”, el Papa plantea el desafío de encontrar hoy los caminos para vivir plenamente la oración de contemplación, basados en el gran tesoro de la espiritualidad mística de la Iglesia.

Así los cristianos dejarán de ser “cristianos con riesgo” de vivir que su fe pequeña ceda ante los múltiples ataques con que el mundo quiere derribarla, y podrán llegar al “arrebato del corazón” que implica vivir la verdadera vida cristiana en plenitud, es decir, la vida de santidad, la conversión en hombre nuevo.

Sigue luego el Papa recordando que la vida de oración está indisolublemente unida a la vida de la gracia”:

38. “En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: *la primacía de la gracia*. Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, “no podemos hacer nada” (Jn 15,5). La oración nos hace vivir precisamente en esta verdad. Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad. Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración? Permítanle al Sucesor de Pedro que, en el comienzo de este milenio, invite a toda la Iglesia a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración.”

El Papa amplía aquí el concepto que presentó en el capítulo I, en cuanto a la necesidad de la contemplación para evitar el riesgo del activismo, dejando que sea el Espíritu Santo, a partir de la primacía de la vida interior de oración y su consecuencia, la santidad, quien guíe la acción pastoral y toda otra actividad en la Iglesia.

Juan Pablo II termina aquí con una súplica conmovedora, invitando a hacer un gran acto de fe, que “se expresa en un renovado compromiso de oración”.

La Renovación Carismática Católica no puede sustraerse a la exhortación y al mandato del Papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica “Novo millenio ineunte”, que va dirigida a todos quienes integran la Iglesia Católica.

Deberá necesariamente discernir en qué medida está acompañando esta visión de la Iglesia para el nuevo milenio, y cuál puede ser su aporte en la dirección tan firme que está marcando el Santo Padre.

Es muy interesante el análisis del pensamiento que el Papa Juan Pablo II tenía en cuanto al papel que deberá desempeñar la Renovación Carismática en la amplia visión de su Carta Apostólica.

Esto lo encontramos en una carta que Juan Pablo II dirigió a la Fraternidad Católica de Comunidades y Grupos Carismáticos de Alianza, de fecha 22 de junio de 2001, en oportunidad de la Conferencia que la Fraternidad celebró en Roma del 20 al 27 de junio de ese año.

Vamos a tomar una parte de esa carta:

*“Lo que es verdad para toda la Iglesia es, ciertamente, verdad también para la Fraternidad Católica de Comunidades de Alianza. El tiempo ha llegado de establecer planes para el futuro, y es así que la nueva evangelización a la cual la Iglesia actualmente es convocada, requerirá aún una mayor energía proveniente de la gracia de vuestro llamado. **Gracia es el fundamento de toda vuestra acción** (cf. N° 38); y **santidad es el objetivo al cual apuntan todos nuestros planes.***

***La santidad tiene en su centro la contemplación del Señor Jesús**, y todos nuestros proyectos deben buscar conducir a las personas a una más profunda conciencia de Aquel quien es el único Salvador del mundo. **Esto requiere una oración madura y plena de fe**, y le doy gracias a Dios por la manera en la que vuestras comunidades ayudan a las personas a*

experimentar más profundamente el misterio de la oración, de forma que lleguen a ver “la gloria de Dios en el rostro de Cristo” (2 Cor 4,6).

Pero este es un interminable camino de descubrimiento, y ahora “ha llegado el tiempo de re-proponer a cada uno, con toda convicción, este ‘alto grado’ de la vida cristiana ordinaria” (Novo Millenio Ineunte 31). **¡La Iglesia y el mundo necesitan santos!** Esto es lo que el Concilio Vaticano II significaba cuando hablo de “la llamada universal a la santidad” (Lumen Gentium, 5). Que sean vuestras comunidades, por lo tanto, más y más “auténticas ‘escuelas de oración’, donde el encuentro con Cristo es expresado no sólo en implorar ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y devoción ardiente, hasta que el corazón verdaderamente ‘se enamora’” (Novo Millenio Ineunte, 33). Porque esto es lo que los santos son: personas que se han enamorado de Cristo. Y esta es la razón por la que la renovación Carismática ha sido tal regalo para la Iglesia: ha conducido un gran número de hombres y mujeres, jóvenes y adultos, a esta experiencia de amor que es más fuerte que la muerte...

Ruego muy fervientemente para que vuestras comunidades y la entera Renovación Carismática “remen mar adentro” de la oración, de forma de “remar mar adentro” de la misión. Entonces ustedes estarán ayudando a toda la Iglesia, aún más, a vivir la vida de acción y contemplación que es el seno de la evangelización.”

El Papa se refiere a su Carta Apostólica, donde exhorta a “remar mar adentro”, a vivir con renovada energía, como consecuencia de la gracia recibida en el año Jubilar, las iniciativas concretas de una planificación pastoral para el nuevo siglo y milenio que comienzan. Luego el Santo Padre “baja” entonces lo que es verdad para toda la Iglesia, a la realidad de la Fraternidad, a fin de que pueda incorporarla a la gracia de su propio llamado, frente a la nueva evangelización a la que la Iglesia es convocada.

Para ello parte de unas premisas desarrolladas claramente en *Novo Millenio Ineunte*: “Gracia es el fundamento de toda nuestra acción, y santidad es el objetivo al cual apuntan todos nuestros planes”, y recuerda cual es el centro de la santidad: “la contemplación del Señor Jesús”. Vivir esta contemplación “requiere una oración madura y plena de fe”, dice el Papa, y le da gracias a Dios por “la manera en que vuestras comunidades ayudan a las personas a experimentar más profundamente el misterio de la oración”

Pero el Vicario de Cristo también plantea que hay mucho más para avanzar y descubrir: “este es un interminable camino de descubrimiento, y ahora ha llegado el tiempo de re-proponer a cada uno, con toda convicción, este alto grado de la vida cristiana ordinaria”. Y el objetivo de este avanzar más allá es uno sólo, y resuena como un clarín: “¡La Iglesia y el mundo necesitan santos! ¡Y todos los bautizados sin excepción están llamados a ser santos!”

Debido a esto, el Papa eleva un ruego a Dios: “Ruego muy fervientemente para que vuestras comunidades y la entera Renovación Carismática ‘remen mar adentro’ de la oración, de forma de ‘remar mar adentro’ de la misión”.

¿Qué será lo que quiere significar con este ruego a Dios el Papa? Resulta muy claro en función de lo que él plantea en *Novo Millenio Ineunte*. Significa ir más allá de la actual experiencia de oración de la Renovación Carismática que, si bien va mucho más allá de la vivencia de oración de los católicos “tradicionales”, que no pasan en general del rezo, no deja de ser todavía una *oración de principiantes*, vista en el contexto de los grados de oración que presenta la teología mística.

Además, en muchos casos, la oración en la Renovación Carismática está todavía demasiado centrada en propiciar la manifestación de carismas extraordinarios, como la sanación, olvidando que la oración es el medio más excelente para el crecimiento de la gracia santificante, que se manifestará en la práctica de las virtudes cristianas, en especial de las teologales, y en la apertura cada vez mayor a la acción directa del Espíritu Santo en nuestro entendimiento y voluntad por medio de sus siete preciosos dones.

Así, significa ir decididamente y sin temor hacia la *contemplación infusa*, avanzando sin limitaciones hacia la *unión transformante o matrimonio espiritual*, que es la plena vivencia de Pentecostés, es decir, la transformación en hombre nuevo, en santo, aún sabiendo que habrá que pasar por las dolorosas purificaciones pasivas de la “noche oscura”.

Este desafío implica, en la práctica, algo muy claro y concreto: unir la “nueva” experiencia del Espíritu, conocida como “efusión del Espíritu” en la Renovación Carismática, que es una “gracia inicial” que sirve como impulso para avanzar en la vida espiritual (cf. R. Cantalamessa, “Ungidos por el Espíritu”), con el “viejo” camino hacia la santidad conocido y enseñado por la teología mística, que será así puesto al alcance de hombres y mujeres comunes, insertados en el mundo, precisamente por el fuerte impulso de la “efusión”, y utilizando el auxilio precioso de los carismas del Espíritu, en especial ese más pequeño y todavía poco entendido aún dentro de la Renovación Carismática, que es el “don de lenguas”.

La actual pedagogía del Espíritu Santo, suscitando masivamente la experiencia de la “efusión del Espíritu”, es la que posibilita que no solamente aquellos que se consagran a Dios y se apartan del mundo puedan avanzar hasta el final en la

vida de la perfección cristiana, sino que lo puedan hacer laicos, hombres y mujeres comunes, lo que hasta hace no más de treinta años era algo impensado dentro de la Iglesia Católica.

Este será, sin duda, el gran aporte de la Renovación Carismática Católica a la Iglesia, en este siglo y milenio que comienzan. Y la necesidad imperiosa de este camino la resalta muy bien el Papa en su mensaje a la Fraternidad: “Que esta experiencia, ahora más que nunca, estimule a ustedes hacia la misión. Porque la contemplación que no da origen a la misión eventualmente perderá su vigor; y la misión que no se origina desde la contemplación, está destinada a frustrarse y fallar”.

Por último, el Papa dice cuál espera que sea el fruto de su ruego: “entonces ustedes estarán ayudando a toda la Iglesia, aún más, a vivir la vida de acción y contemplación que es el seno de la evangelización”.

¡Qué compromiso plantea el Papa a la Fraternidad, y, por supuesto, a toda la Renovación Carismática Católica! Pero la respuesta es posible, buscándola no los hombres, sino a través de Dios: “*Para Dios todo es posible*” (Mt. 19,26).

“Novo millenio ineunte” y la experiencia de “Profundización”.

En la primera parte de este capítulo he rescatado algunos de los puntos de la Carta apostólica del Papa Juan Pablo II “Novo Millenio Ineunte”, que tienen relación directa con lo que desde hace muchos años estamos trabajando en los grupos de Oración que comenzaron con la experiencia de “Profundización” y que se prolongan hoy en nuestra “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual”.

Lo más importante es esto, que ya hemos recalado antes: hasta no hace mucho, menos de cincuenta años, se asumía en la Iglesia que este era un camino que se podía recorrer hasta el final solamente por quienes se apartaban del mundo, como los religiosos de órdenes contemplativas o de clausura.

Pero todo cristiano que hoy se deje llevar por ese “nuevo” impulso de la gracia de Dios que es la “Efusión del Espíritu”, tal como se vive en la Renovación Carismática Católica, y que persevere en el camino de la oración, de los sacramentos, en comunidad, insertándose dentro del “viejo” camino de la Teología Mística, de una forma nueva y creativa, puede recorrer este camino hasta el final.

Esta es la gran noticia que en el mundo todavía no se conoce, pero que es una realidad que unos pocos están ya comenzando a vivir en este momento de la historia de la Iglesia, y es la realidad que tratamos de ir viviendo en nuestra “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual – Contempladores del Sagrado Corazón de Jesús”.

Creemos sinceramente que así estamos cumpliendo con lo que el Papa Juan Pablo II pidió a los cristianos en la carta Apostólica “Novo Millenio Ineunte”, de enero del 2001:

“31. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “alto grado” de la vida cristiana ordinaria... Pero también es evidente que los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia.”

¿Cómo renovar la Renovación Carismática?

El camino hacia un verdadero, profundo y permanente crecimiento hacia la santidad de vida está definido y desarrollado en la Iglesia. Sigue, sin duda, siendo hoy el camino válido para todo fiel que desee sinceramente buscar su crecimiento en la vida en el Espíritu Santo, y así vimos que lo expresa con convicción el Papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica “Novo millenio ineunte”, punto 29:

“No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene en cuenta el tiempo y la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz.”

Los medios para este crecimiento que ha puesto la gracia a disposición de los hombres también los recuerda el Papa, y hace hincapié en la importancia fundamental de la oración, o del “arte de la oración” como lo denomina el Santo Padre.

Recuerda también el Papa el gran auxilio que puede dar en el crecimiento en la oración la tradición mística de la Iglesia, para avanzar hacia la contemplación, pasando a través de las purificaciones pasivas de las “noches oscuras”, con la meta final de la “unión transformante” o “matrimonio espiritual”, máximo grado de la unión con Dios y cumbre de la santidad.

Por lo tanto, el gran desafío hoy para la Iglesia en general, y en particular para la Renovación Carismática, es el de aplicar el único programa para enfrentar los desafíos de este tiempo, y poder cumplir con el llamado a la santidad de todos los fieles. Este programa es el de siempre, recogido por la tradición y la doctrina católica, pero teniendo en cuenta la realidad del mundo de hoy.

Frente a esta postura clara del Papa también hay que decidir dejar de lado tantos enfoques “modernos”, dentro de la Iglesia, sobre la vivencia mística, que en general no implican más que intentos más o menos disimulados, aunque bien intencionados, de sincretismo con tradiciones religiosas no católicas, en especial orientales.

Ante este panorama el Espíritu Santo, como siempre, toma la iniciativa y regala a las generaciones de fieles cristianos de hoy un don precioso que viene de Él, que es la experiencia de la “efusión” en el Espíritu Santo.

Pero este don no se agota en sí mismo, ni debe reducirse solamente a la experiencia de la acción de los carismas, o experiencia “pentecostal”, que sí es verdaderamente trascendente, pero no es todo.

Debe servir para canalizar ese formidable impulso espiritual que recibe aquel que se sumerge en la experiencia del Espíritu, sin distinción que sea laico, religioso o sacerdote, para avanzar hacia la plenitud de la verdadera vida cristiana, sin las limitaciones tradicionales que significaban apartarse del mundo.

Este no es un planteo teórico que implique ver si es posible o no llevarlo a la práctica, sino que ha sido verificado por la experiencia.

Yo no conozco en qué otros lugares y circunstancias de la Iglesia se ha avanzado en esta unión de la “nueva” experiencia del Espíritu o experiencia “carismática”, con el “viejo” camino tradicional de la perfección espiritual desarrollado por la Teología Mística.

Supongo que debe haber otras experiencias, pero yo no he encontrado información al respecto; pero sí somos muchos los que conocemos y hemos vivido esta experiencia iniciada en los grupos de oración de “Profundización”, tal como lo he relatado en este estudio y que hoy continúa, abierta a toda la Iglesia en la “Escuela de Oración y Crecimiento Espiritual”

Los que hemos vivido esto, no tenemos duda que implica la apertura de una puerta muy importante para avanzar hacia una verdadera “renovación” de la Renovación Carismática Católica, donde se viva a partir de allí no sólo la experiencia “carismática”, sino también la experiencia “contemplativa”, la inefable vivencia de la oración de contemplación infusa, con la apertura creciente a la acción de los siete preciosos y magníficos dones del Espíritu Santo, con todas las profundas consecuencias que esto trae, que se centran en la transformación de la mente humana, que va dejando de obrar según el modo discursivo, humano, plagado de ideas y pensamientos según la propia razón, y comienza cada vez más a obrar según el modo divino, siguiendo las intuiciones e inspiraciones del Espíritu Santo, recogidas por las “antenas del Espíritu” que constituyen los siete dones.

Como ya he comentado, la experiencia que hemos vivido hasta ahora es sólo el inicio de un camino, donde por no conocerlo y por haber estado sujetos todavía a nuestros propios criterios, han abundado los errores, los desvíos, las contramarchas, y también, por qué no decirlo, ha habido oposiciones de distinto tipo, que han hecho que el avance hasta ahora quizás no haya sido muy grande ni espectacular.

Pero hay algo que es una certeza muy grande que ya ha quedado instalada en forma inamovible en nuestro corazón: es realmente un camino que se puede transitar por todos aquellos que lo quieran hacer, y que va llevando “más allá” de lo conocido y experimentado comúnmente en la Renovación Carismática Católica, y que nos va sumergiendo en el infinito tesoro de la espiritualidad católica, haciendo crecer en nosotros el sentido de pertenencia a la Iglesia, de sentir que nos une un camino común con tantos hombres y mujeres santos que han pasado por ella.

Esta sensación, al menos para los laicos, es algo realmente impactante, y lleva a un crecimiento muy grande en el amor a toda la Iglesia.

En definitiva este escrito tiene como uno de sus objetivos el de dar a conocer la experiencia que estamos realizando, y lo que hemos percibido a través de ella respecto a esta Renovación Carismática Católica a la que tanto queremos, con la esperanza que otros se animen a lanzarse por este camino, pudiendo así seguramente enriquecerlo mucho más, abriendo nuevos rumbos hacia la meta que todos deseamos y buscamos: la santidad.

Los que partan a partir de la corriente de gracia que es la R.C.C. tendrán un grado de avance muy importante, que significa la apertura a la acción del Espíritu Santo a partir de la experiencia de la “efusión” del Espíritu.

Desde ya quiero aclarar para aquellos que se sientan llamados a explorar este fructífero camino, que no es una tarea fácil, no solamente por los problemas que se van presentando ante cosas nuevas que permanentemente obligan a discernirlas bien para tratar de no equivocarse la dirección hacia donde hay que ir, sino porque dentro del ámbito mismo de la Renovación van a encontrar en muchos casos fuerte resistencia y oposición, basadas en general en la acusación de que lo que se quiere hacer “no es carismático”, no pertenece a su “espiritualidad”, por lo que el que está intentando seguir un camino de este tipo puede transformarse muchas veces en una especie de “traidor” dentro de la Renovación Carismática.

Pero hay algo que nadie puede enfrentar, y es el poder del Espíritu. Si realmente todo esto ha sido suscitado por el Espíritu, los hombres no podrán frenarlo ni apagarlo; a lo sumo podrán lograr alguna demora en su realización, pero no mucho más.

Será el transcurso del tiempo, finalmente, el que dará paso a la última palabra para mostrar con claridad la verdad o no de la inspiración del Espíritu en este nuevo camino para la Renovación Carismática.

El signo de los tiempos.

No puedo dejar de escribir, al final de este trabajo, sobre una reflexión o “idea”, que la vivencia en estos últimos años de todo esto que he narrado, me ha ido haciendo ver cada vez con más claridad.

Implica la percepción de tres cosas muy importantes que han aparecido en el firmamento de la Iglesia, y que, de alguna manera, han quedado como aisladas en sí mismas, sin una aparente conexión entre ellas.

Tenemos que mirar un poco más de un siglo hacia atrás en la historia y vida de la Iglesia, para que aparezcan ante nuestra vista estos “fenómenos” modernos.

El primero al que me quiero referir es el de las apariciones de la Virgen María. Desde la segunda mitad del siglo 19, con la aparición de la Virgen de la Medalla Milagrosa en Francia, se han intensificado las apariciones de María Santísima, en especial ya entrando en el siglo 20, encontrando entre las más conocidas las de Lourdes, Fátima, San Nicolás, Medjugorje y tantísimas más que se siguen multiplicando en nuestros días.

No puedo dejar de mencionar en este tema los mensajes de la Virgen al P. Gobbi, que llevaron al nacimiento del Movimiento Sacerdotal Mariano, y que para mí, en lo personal, son de una trascendencia enorme.

Estas apariciones y los mensajes que se reciben de ellas han llevado al crecimiento ininterrumpido de las llamadas “devociones marianas”, que se han extendido en todos los países del mundo, y que congregan a verdaderas multitudes de fieles en los santuarios Marianos, haciendo realidad la conocida expresión: “a Jesús por María”.

No hay duda que la multiplicación de las apariciones y mensajes de la Virgen María, con la consiguiente manifestación de las devociones marianas, constituyen un fenómeno muy importante en la Iglesia contemporánea.

Otro aspecto que quiero rescatar, ya que es quizás muy poco conocido, es el hecho de la “restauración” de las doctrinas de la Teología Ascética y Mística que se produce desde fines del siglo diecinueve.

Al principio del capítulo 4 mencioné brevemente este suceso, que implicó ir volviendo progresivamente hacia las bases sólidas y tradicionales del crecimiento espiritual, con el concepto que todos los fieles están llamados a la perfección espiritual, lo que implica la lucha contra el pecado, la práctica creciente de las virtudes cristianas o virtudes infusas, en especial de las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, y el coronamiento o perfección de esta vida cristiana con la vivencia de la contemplación infusa y la apertura a la acción de los siete dones del Espíritu.

El desvío que se había producido en los dos o tres siglos anteriores, implicaba que el camino del crecimiento espiritual tenía dos ramas: el camino “ordinario”, al que todos los cristianos estaban llamados, y que no comprendía la vivencia de la contemplación y la acción profunda de los dones; y otro camino, extraordinario y reservado para unos pocos que recibían gracias especiales para avanzar hasta las altas cumbres de la vida espiritual.

Con la restauración de la Teología Mística tradicional esta diferenciación se fue dejando de lado, y se fue volviendo al concepto de la llamada universal a la santidad de todos los fieles, sin limitaciones en cuanto a su alcance, que el Concilio Vaticano II llevará de nuevo al primer plano de la doctrina de la Iglesia.

Lo que ocurrió fue que esta restauración teológica no encontró respuesta en una nueva aplicación práctica, por lo menos a nivel masivo de los fieles, para quienes prácticamente pasó desapercibida, quedando su conocimiento y discusión circunscripto a los seminarios de formación de sacerdotes, facultades de teología católicas, órdenes religiosas contemplativas y algunos seglares “cultos” estudiosos de estos temas.

Vemos que hasta el día de hoy esto ha quedado solamente como un tema teórico de estudio para unos pocos que por diversas razones se han interesado en él, habiendo desaparecido de la enseñanza religiosa, como la catequesis, y de la prédica dominical en las misas.

El último “fenómeno” moderno en la Iglesia que voy a mencionar es nada menos que la Renovación Carismática, de la que en este libro hemos recordado su nacimiento, crecimiento y expansión en la Iglesia Católica a partir del año 1967, aunque este “fenómeno” es mucho más amplio, y abarca a todos los llamados “Nuevos Movimientos del Espíritu”.

Lo que muchos ignoran es que el fenómeno religioso llamado “pentecostalismo” tuvo su origen en Estados Unidos, a principios del siglo 19. En Topeka, Kansas, un ministro metodista llamado Charles Parham, descorazonado por su propia vida espiritual, comenzó un estudio intenso de la Escritura, junto a unos alumnos de la escuela bíblica que él había fundado.

Llegaron después de un tiempo a la convicción de que la única señal fehaciente de que se recibía el “bautismo en el Espíritu Santo” era el don de lenguas, y orando unos por otros pronto experimentaron esa manifestación “pentecostal”, a la manera del Pentecostés histórico, según creyeron.

Desde ese momento se fue propagando el llamado “pentecostalismo clásico”, en especial con un discípulo de Parham, William Seymour, un predicador negro.

Pasarían más de sesenta años para que esta experiencia penetrara en la Iglesia Católica, y comenzara un rumbo con muchas diferencias, pero con el mismo punto de partida, que es la experiencia vital de la presencia y acción del Espíritu Santo.

Como hemos visto a lo largo de este trabajo, la experiencia “pentecostal católica” se fue diferenciando de la “pentecostal clásica”, aunque no ha logrado todavía insertarse plenamente en la espiritualidad tradicional católica.

Así tenemos tipificados estos tres fenómenos religiosos, que tienen su aparición y desarrollo casi en forma simultánea, desde fines del siglo 19 a principios del siglo 20: las apariciones marianas, la restauración de la Teología Mística clásica y el surgimiento de la “experiencia pentecostal”.

¿Significará algo esta “coincidencia”.

Yo estoy seguro que sí, ya que si aceptamos que estas tres manifestaciones religiosas vienen de Dios, y se originan por la acción del mismo Espíritu Santo, es bastante cierto que podemos aceptar que si fueron suscitadas con una simultaneidad muy grande, tomando en cuenta el largo camino de veinte siglos de la Iglesia Católica, es posible que esto haya ocurrido porque deben interrelacionarse entre ellas.

Veamos un poco más detalladamente estas tres manifestaciones, enfocándolas especialmente en lo que hace a su relación con la experiencia de la oración cristiana, como el medio más importante en la pedagogía de Dios para llevar a las almas a la santidad, como nos ha recordado el Papa Juan Pablo II en su Carta “Novo millenio ineunte”.

La piedad y devoción marianas basan su experiencia de oración principalmente en el rezo del Rosario, con todas sus variedades de Cenáculos, novenas, coronillas, etc., teniendo claro que la acción e intercesión de la Santísima Virgen María es un elemento de auxilio fundamental en el crecimiento de la vida espiritual del creyente, tal como lo recordábamos en [“La Vida Cristiana Plena, Tercera Parte, Capítulo 4”](#) de esta Página Web, lo que sin duda es muy importante.

Pero podríamos decir que en general no hay un gran avance en la vida de oración, quedándose en los primeros grados de la misma, particularmente en el rezo y la meditación.

Esto no significa decir, de ninguna manera, que se debe reemplazar el rezo del Rosario por otro tipo de oración. Una de las más grandes místicas de la Iglesia, Santa Teresa de Jesús, como la gran mayoría de las almas que llegaron a grados avanzados en la contemplación, nunca dejó de rezar el Rosario.

Lo que se quiere significar es que se debe avanzar mucho más en la profundidad o grados de la oración, que nunca implica dejar de lado los primeros grados, sino agregar otros nuevos.

La restauración de la Teología Mística clásica, como ya notamos, quedó en un nivel prácticamente teórico para los fieles en general, ya que su práctica seguía condicionada a un largo y arduo camino, transitando las vías purgativa, iluminativa y unitiva, lo que muy difícilmente se podía encarar sin apartarse del mundo y dedicarse a la vida consagrada, lo que quedaba entonces restringido a aquellos que podían abrazar este estado de vida.

Fue así que esta restauración no salió en su aspecto práctico y vivencial de los claustros y conventos, y, sin duda, ante la pavorosa desnaturalización y degradación de todo lo referente a la vida espiritual en la actual época, se fue apagando y perdiendo aún en esos ámbitos exclusivos.

En cuanto a la Renovación Carismática Católica y a la experiencia del Espíritu, ya hemos desarrollado extensamente cuál es el actual estado y desarrollo de su vivencia de oración, y los obstáculos, preconceptos e ignorancia que hacen que no se inserte en el camino de crecimiento hacia los grados más elevados de la oración.

Tenemos así que estas tres manifestaciones “modernas” de la acción del Espíritu Santo permanecen hoy sin vasos comunicantes, y, de alguna manera, se observan con desconfianza unas a otras. Los carismáticos se dicen “cristocéntricos” y miran de costado a los que practican las devociones marianas.

Los teólogos que estudian y trabajan la Teología Mística no dedican más de dos o tres páginas en sus voluminosos tratados a los carismas o “gracias dadas gratis”, y la experiencia “carismática” sólo ocupa páginas en los libros que están en la Renovación, aislada casi totalmente de las manifestaciones de la gracia santificante, que prácticamente ni se mencionan en esa literatura.

Podríamos seguir reseñando muchas otras actitudes similares, pero la realidad muestra que estas expresiones actuales de la Iglesia se encuentran así en compartimientos estancos, que de alguna manera evitan las consideradas peligrosas “filtraciones” o “contaminaciones” que pueden darse entre ellos.

¿Debe esto seguir así? Yo creo que no, que no es lo que estaba en los planes de Dios, que a través del Espíritu Santo suscitó en estos tiempos las tres patas de una mesa, que es la mesa del crecimiento en santidad de la Iglesia, para que juntas la sostengan, y no para que esté la mesa desarmada, con sus tres patas sin unir, porque así no tiene firmeza y se tambalea continuamente.

Hace muchos años escuché a un sacerdote de la Renovación decir en una misa lo siguiente: “el mayor problema en la Iglesia de hoy es que ya no hay personas que sueñen los sueños de Dios.” Esta frase me quedó grabada en la memoria para siempre, y realmente nunca supe cuál fue la razón.

Hoy puedo decir, parafraseando a Martín Luther King, que “tengo un sueño”, aunque no sé si es mío o si es inspirado por Dios. Y este sueño implica creer que un día, en mi amada Iglesia Católica, se irán uniendo todas estas manifestaciones del Espíritu.

Creer que en los movimientos marianos se vivirá la experiencia profunda del Espíritu y se avanzará de la mano de la Santísima Virgen María hacia la santidad que Ella está pidiendo continuamente en los mensajes que nos hace llegar.

Creer que en la Renovación Carismática, y en otros de los llamados “nuevos movimientos del Espíritu”, se comprenderá y se aceptará el papel importantísimo de la Virgen en la santificación del cristiano, y se llegará de su mano, como en el Cenáculo, a la transformación de Pentecostés, avanzando por el camino tradicional de la perfección cristiana de una manera renovada, con el poderoso impulso de la “efusión” del Espíritu Santo.

Y creer, finalmente, que los religiosos y sacerdotes, especialmente aquellos que pertenecen a órdenes cuyos fundadores tuvieron ideales profundos de vida espiritual, puedan reverdecernos y vivirlos plenamente, incorporando a sus distintas espiritualidades el impulso renovado del Espíritu Santo.

Si todo esto sucediera, ¿qué ocurriría?: se habría cumplido la visión que tuvo sobre la Renovación Carismática Católica quien fue quizás su máxima figura hasta ahora, el Cardenal Suenens, cuando dijo:

“Entonces la corriente carismática habrá logrado lo más profundo de su vocación: desaparecer como río y perderse en la profundidad del único mar.”

También tendría cumplimiento la oración que elevó a Dios el Papa Juan XXIII cuando convocó al Concilio Vaticano II en el año 1961:

“¡Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés, y concede que la Iglesia santa, reunida en unánime y más intensa oración en torno a María, Madre de Jesús, y guiada por Pedro, propague el reino del Salvador divino, que es reino de verdad, de justicia, de amor y de paz! Así sea”.

Juan Franco Benedetto
Buenos Aires, Argentina
Año 2007